



REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO DE CARACAS



**PARCERO, TAMBIÉN SE PUEDE SER DE TERCIOPELO.
LA CONSTRUCCIÓN DE LA HOMOSEXUALIDAD EN LA VIRGEN DE
LOS SICARIOS DE FERNANDO VALLEJO.**

Tesis presentada como requisito parcial para optar al Grado de Magister en
Educación Mención Literatura Latinoamericana.

Autora: Elinor Correa Rivero
Tutor: Rafael Rondón Narváez

Caracas Octubre, de 2021



REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO DE CARACAS
SUBDIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN Y POSTGRADO
Coordinación de Estudios de Postgrado



Nº _____

PARCERO, TAMBIÉN SE PUEDE SER DE TERCIOPELO.
LA CONSTRUCCIÓN DE LA HOMOSEXUALIDAD EN LA
VIRGEN DE LOS SICARIOS DE FERNANDO VALLEJOS.

POR: ELINOR CORREA RIVERO
C.I. Nº V 9.960.968

Trabajo de Grado de la Maestría Literatura Latinoamericana
aprobado en nombre de la Universidad Pedagógica
Experimental Libertador por el siguiente Jurado, a los 14 días
del mes de mayo de 2021



Rafael Rondón Narváez
C.I.: 7217857



Dulce Santamaría
C.I. 6094291



Luis Alfredo Álvarez Ayesterán
C.I: 10277164

La presente acta se encuentra registrada en la Coordinación de Estudios de Postgrado
del Instituto Pedagógico de Caracas, bajo el Nº de Control



Dedicatoria

A mi amado Juanucho,
Con todo mi amor.

RECONOCIMIENTOS

Ante todo quiero agradecer a Dios, Todopoderoso, por el regalo de la salud y la vida y por colocar en mi camino ángeles que me apoyaron en tan anhelada meta. Agradezco infinitamente a mi madre Elba Rivero por guiarme y amarme durante toda mi existencia, a ti, mi mamábuela por tu amor infinito e incondicional, a mis amados tíos: Oliverio, Pedro-Perucho y Juanucho, nunca los olvidaré. Gracias, amada hermana, por tu amor desinteresado y leal, a mi esposito amado por su constante apoyo, a mis adorados hijos Rubelín y Rubén Darío, por convertirse en mi motivación y orgullo.

Gracias a mi querido y siempre consecuente tutor Rafael Rondón Narváez, a mis queridas profesoras, Norma González por su apoyo y orientación y a Vanessa Hidalgo por la motivación que siempre me trasmitía. A mis bellas amigas: Mirna, Dilcy y Marta por creer en mí. Y por último y no menos importante en mi corazón, a Hachy por acompañarme durante las largas noches, mientras escribía. Mil gracias a todos.

ÍNDICE

Resumen.....	IV
--------------	----

CAPÍTULO I

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.....	8
Literatura y género.....	12
Homosexualidad y literatura.....	12
Novela del sicario.....	14
Objetivo General.....	24
Objetivo específico.....	24
Justificación.....	24
Antecedentes.....	28
Metodología.....	31

CAPÍTULO II

VIOLENCIA, LITERATURA Y SICARIO.....	35
La violencia nuestra de cada día.....	39
La violencia en Colombia.....	47
Violencia y literatura.....	50
Novela colombiana de la violencia.....	51
Fernando Vallejo, un escritor polémico.	57
La virgen de los sicarios y la violencia de los personajes.....	64

CAPÍTULO III

EL SICARIO Y LA NOVELA SICARESCA.....	70
---------------------------------------	----

¿El sicario víctima o victimario?.....	72
La sicaresca, para una definición de género.....	85
CAPÍTULO IV	
HOMOSEXUALIDAD, LITERATURA Y NOVELA DEL SICARIO.....	90
Estereotipos y homosexualidades.....	93
Homosexualidad y literatura.....	97
La novela pionera del género sicaresco.....	102
CAPÍTULO V	
LA HOMOSEXUALIDAD EN LA VIRGEN DE LOS SICARIOS.....	103
El cuarto de las mariposas	124
Pedofilia y amor gay	129
Cuerpo y erotismo.....	134
Homosexualidad y ciudad.....	138
Fernando, el amante maduro.....	140
Alexis, un gay radical.....	141
Wilmar, el amante secundario.....	143
El ñato y la homofobia.....	144
Mujer, reproducción y homosexualidad.....	147
Espacios públicos y espacios privados: crimen y eros.....	151
CONCLUSIONES.....	155
REFERENCIAS.....	159

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL
LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO DE CARACAS
Maestría en Literatura Latinoamericana**

**PARCERO, TAMBIÉN SE PUEDE SER DE TERCIOPELO. LA
CONSTRUCCIÓN DE LA HOMOSEXUALIDAD EN LA VIRGEN DE LOS
SICARIOS DE FERNANDO VALLEJO**

Autora: Elinor Correa Rivero
Tutor: Rafael Rondón Narváez
Fecha: octubre 2020

RESUMEN

La presente investigación tuvo como propósito analizar la construcción del personaje sicario homosexual en la novela *La virgen de los sicarios* (1994) del escritor Fernando Vallejo, desde la perspectiva de la narrativa sicaresca. Todo esto se realizó enmarcado en los estereotipos de hombría del sicario: exacerbación de la masculinidad, actuar violento y peligroso. La metodología utilizada fue la investigación documental dentro del método cualitativo. La revisión de fuentes bibliográficas permitió su análisis e interpretación. Para trabajar en el asunto del género y la homosexualidad se acudió a los siguientes autores Bersani (1998), Foucault (1996) y Butler (1996). Para hacer una revisión del género de la novela sicaresca, entre otros autores sirvieron de guía Schlenker (2012), Osorio (2013) y Jácome (2006). Se intentó demostrar que la novela subvierte el género cuando el personaje sicario experimenta atracción sexual hacia otros hombres y se contraviene lo que Butler (2007) denomina performatividad de género. Sin embargo, el sicario homosexual no responde a patrones socio-culturales de formas afeminadas y se dibuja en una amalgama entre patrones de conducta masculina y el afeminamiento. En el espacio público urbano se exhiben comportamientos enmarcados en estereotipos heterosexuales machistas, en una sociedad que discrimina a los homosexuales y en el espacio privado, en secreto y en ocultamiento, se realizan las relaciones homosexuales. Se cree que en el discurso narrativo no se evidencia la reivindicación del personaje homosexual.

Descriptores: Homosexual, Sicario, Novela Sicaresca, Fernando Vallejo.

Introducción

La literatura es en uno de los medios por excelencia del hombre para captar la realidad y convertirla en el reflejo de una época. La ficción permite construir mundos deseados o temidos, donde la imaginación y la realidad se toman de la mano. Además de ser un medio por excelencia para aproximarse a posturas y/o tendencias ideológicas, sociales, culturales o políticos que conforman nuestra realidad, ya sea para cuestionarla o entenderla.

En especial, en los países latinoamericanos, la producción literaria durante los dos últimos siglos ha girado en torno a la representación de acontecimientos únicos y originales, en donde se encuentran presentes procesos multiculturales derivados de sucesos históricos, relacionados con procesos de dominación como de resistencia donde la violencia en sus diferentes formas ha tomado el papel protagónico unida al proceso de construcción del orden social o en la desarticulación del existente. La ficcionalización de la violencia asume, entonces, distintos matices. En ocasiones se presenta ligada estrechamente con la política, a procesos dictatoriales, invasiones y dominaciones. En otras ocasiones es testimonio o denuncia social.

En este sentido, un caso particular es Colombia convertida en uno de los países con mayor conflictividad durante el siglo XX, causado por problemas internos, por pugnas entre partidos políticos. De este modo, la narrativa se convirtió en uno de las principales representaciones del conflicto. Así, es posible hablar de un género literario conocido como la novela de la Violencia, de la cual deriva posteriormente un corpus de obras narrativas que centra su interés en el fenómeno social del sicario, denominado sicaresca o novela del sicario.

El interés de la presente investigación se centra en analizar la construcción de la homosexualidad en la obra, *La virgen de los sicarios* (1994) del escritor

colombiano Fernando Vallejo. Analizar la homosexualidad en la referida obra narrativa podría resultar un poco desconcertante. Sobre todo, cuando podríamos conjeturar, en alusión al título, que nos remite de inmediato al sicario, cuya identidad característica fue construida entre notas periodísticas, realidad y ficción.

El sicario es un joven que demuestra su hombría desafiando a la muerte, con gallardía y ostentando armas de fuego a bordo de potentes motocicletas. Rasgos que, de acuerdo a patrones sociales, solo podrían encajar dentro del estándar social de un “hombre de verdad.”

Las estructuras sociales fundadas bajo el patriarcado se sustentan en una ancestral organización de tareas, funciones y roles sociales para hombres y mujeres. Mantenido en la perspectiva de una división que emergió de un determinado momento histórico, abalado por un imaginario social y sin respaldo sólido en argumentos biológicos demostrables. De esta manera, se fomentan formas de pensar y actuar fundados en el sexo de las personas y se sostiene en la supremacía masculina, es decir, en la supuesta superioridad del varón sobre la inferioridad de la mujer.

La sexualidad en la mayoría de las sociedades se fundamenta en la confluencia entre la naturaleza y la cultura. Para establecer un conjunto de prácticas y discursos, relativos al género, al deseo, a la afectividad y a la reproducción. Orientado, como lo afirma Butler (1999), hacia el sostenimiento de estructuras sociales, para mantener la hegemonía del poder. Por lo tanto, la búsqueda de la legitimidad del homoerotismo trae consigo una resistencia socio-cultural tendente a reafirmar la supremacía de la heterosexualidad y a considerar “raro” o “anormal” aquellos comportamientos o conductas que no se encuadren dentro de los parámetros de la heteronormatividad y por eso los sujetos diferentes sean percibidos erróneamente como patológicos física o mentalmente.

Por consiguiente, la homosexualidad ocupa un lugar marginado y excluyente

en las concepciones de las sociedades regidas por el patriarcado y el machismo. En especial, cuando las formas de experimentar la sexualidad se encuentran estrechamente regidas por los aparatos ideológicos (Althusser: 1970) en instituciones como: la familia, la iglesia y la escuela.

La heterosexualidad se erige como una fuerza hegemónica que es presentada y percibida como natural y moralmente superior a cualquier otra elección. Esta concepción se arraiga de tal manera, que impone comportamientos específicos que se traducen en formas taxativas de establecer el control social en los individuos. Lo que impone su obediencia en forma coercitiva y genera aprensiones en los que sienten diferente, por temor a la exclusión y crea culpas y/o remordimientos, si no son parte de lo establecido como “normal”. El término homosexual engloba tanto a hombres como a mujeres. Sin embargo, es a la homosexualidad masculina, a la cual se referirá la presente investigación por la conveniencia con la obra seleccionada.

La homosexualidad masculina resulta castigada más duramente, al considerarse que provoca rupturas y desequilibrio del orden social patriarcal, a diferencia de la femenina. Sobre todo, al suponer, como afirma Bersani (1998), que un homosexual renuncia a su masculinidad, al poder que le otorga su sexo biológico y por eso se acerca la feminidad, a la debilidad y la obediencia. No obstante, cabe considerar que no todos los homosexuales se asemejan al modelo femenino.

La palabra “homosexual” tiene una carga peyorativa y se comienza a utilizar la palabra “gay” o “gai” que significa “alegre o pícaro” en lengua inglesa. Según González (2001) la palabra *gay* se usó para borrar el estigma ocasionado por muchas otras de las palabras y sus connotaciones a los homosexuales, las cuales preconcebían la interpretación de los sujetos que se orientaban a sostener relaciones sexuales con individuos de su mismo sexo. Mientras que homosexual es un neologismo, que originalmente en inglés tenía connotaciones negativas relacionadas con una patología, enfermedad o tara.

El discurso narrativo de *La virgen de los sicarios* se divide en dos partes que se desarrollan en forma cíclica. En la primera parte, Fernando, escritor homosexual, regresa a su país natal para morir en él. Conoce a dos jóvenes sicarios, Alexis y Wilmar, ambos de 17 años, con quienes comparte momentos impregnados de violencia y erotismo. Los amantes recorren las calles de Medellín entre templos religiosos y asesinatos

Desde esta perspectiva, el interés por indagar en la construcción de la homosexualidad, en el personaje sicario, presente en la novela *La virgen de los sicarios* (1994), del escritor colombiano Fernando Vallejo, se desprende al advertir la temática homosexual dentro del género sicaresco, en el cual se enmarca la obra. Se ve en ello un elemento novedoso, puesto que subvierte los estereotipos masculinos del sicario en Colombia, enmarcado dentro del contexto violento que rodea la práctica del sicariato.

El fenómeno social relacionado, directamente con el auge del negocio del narcotráfico y la proliferación de bandas criminales, sobre todo en la ciudad de Medellín, en Colombia propició que jóvenes procedentes de familias de escasos recursos, además disfuncionales, incursionaran en la práctica del sicario, como una alternativa inmediata de ganar dinero, respeto y poder, aunque fuese de forma efímera por los riesgos que demandaba tal oficio.

El género de la narrativa sicaresca se inaugura en la década de los ochenta cuando aparece por primera vez la figura del sicario en la literatura latinoamericana, como eje de la construcción ficcional en la obra *Sicario* (1988), del escritor colombiano, Bahamón Dussán. A pesar de no resultar exitosa en el canon narrativo, se da inicio a la inclusión de la figura del asesino a sueldo en la novelística colombiana. El término “sicaresca” fue propuesto por el escritor y periodista, Héctor Abad Faciolince como un juego de palabras, relacionándola con la picaresca del siglo de Oro español. Si bien es cierto que el corpus de la producción literaria en torno al sicario se ha incrementado en los últimos años, con éxitos editoriales de reconocidas novelas, que

tejen sus hilos narrativos en relación al sicario y a sus implicaciones sociales, culturales y familiares, no se conoce hasta el momento el enfoque en torno al sicario que contemple la amalgama de la ferocidad que reclama la figura del sicario al mirar los ojos de la muerte, con las implicaciones del homosexual, dentro de la canon de la narrativa latinoamericana.

Este trabajo se plantea analizar cómo se construye la dicotomía de los personajes sicarios, entre las concepciones y modelos sociales de un sujeto producto de la violencia del barrio y el homoerotismo. Como se sabe, la masculinidad se apoya en estereotipos como: características corporales, fuerza física y valentía en consonancia con los estereotipos heterosexuales. De este modo, se contraponen implícitamente la fuerza proveniente de los patrones machistas, patriarcales en contraposición a la estigmatización de la atracción erótica entre hombres, para recrear personajes sicarios que se encuentran doblemente marginados, excluidos legal y socialmente, al margen de ambas normas.

La investigación se fundamentará en los siguientes postulados teóricos: la conceptualización del sujeto homosexual se apoyará en las premisas de Leo Bersani con su obra *Homos* (1998) texto que permitirá contextualizar al homosexual, en su búsqueda por la reivindicación social. El autor afirma que la homosexualidad condiciona el concepto de género y el género procura dividir un ser originalmente indiviso. Igualmente, se fundamentará en lo expuesto por Michel Foucault en su obra *La vida de los hombres infames* (1996) donde analiza la estigmatización de sujetos condenados a la oscuridad y cuyas acciones no son dignas de ser narradas por trasgredir los patrones sociales y no coadyuvar al sostenimiento de intereses por parte de quienes se sustentan en el poder. Para los estudios de género, se tomarán los planteamientos del texto *Deshacer el género* de Judith Butler (1999) quien rechaza toda categorización sexual binaria, considerando que el género es performativo, ya que es el efecto de un régimen que establece las diferencias en forma coercitiva.

Asimismo, para el estudio del sicariato como fenómeno social partiremos de las consideraciones de Alex Schlenker con el texto *Se busca. Indagaciones sobre la figura del sicario*. (2012) y Oscar Osorio, *La virgen de los sicarios y la novela del sicario colombiana*. (2013) y las consideraciones de Margarita Jácome con *La novela sicaresca: exploraciones ficcionales de la criminalidad juvenil del narcotráfico* (2006) que permitirá abordar la génesis del sicariato en Latinoamérica como resultado de la conflictividad social y política en Colombia.

Las motivaciones que llevan a esta investigación radican en el interés de contribuir a la deconstrucción de los estereotipos homosexuales que encasillan y estigmatizan a los personajes gay en la literatura latinoamericana. Es frecuente la conformación de personajes homosexuales enfrentados en contextos ficcionales donde se observa la culpa, el exilio y el cuestionamiento de sus propias conductas sexuales, lo que resulta en la mayoría de los casos, excluidos, subestimados o marginados. Por consiguiente, está presente el menosprecio al homosexual y la sobrevaloración de lo masculino. A ellos se les coloca en una posición de inferioridad en relación a personajes contruidos dentro de los patrones meramente masculinos,

En el capítulo I se tratará lo atinente al planteamiento del problema, donde se evidenciarán los objetivos que se propone desarrollar la presente investigación, así como estudios previos que permitirán ampliar el panorama para el abordaje y pertinencia del estudio, además de enmarcar el enfoque metodológico a llevar a cabo. En el capítulo II se ofrece una revisión de la violencia en Latinoamérica y la narrativa de la violencia, así como el contexto colombiano a principio del siglo XX y las condiciones socio-políticas que propiciaron la aparición del sicario como un fenómeno social de la violencia colombiana. El surgimiento de la literatura centrada en la figura del sicario y la novedad que señala la obra *La virgen de los sicarios* (1994), de Fernando Vallejo, dentro del género sicaresco. Los capítulos III abordan los aspectos relacionados con la homosexualidad y sus fundamentos teóricos. Así como los postulados teóricos relacionados con el género y se describe el

homoerotismo presente en la obra *La virgen de los sicarios* (1994). El capítulo IV se expondrá cómo la literatura reciente en Latinoamérica ha trabajado el tema de homosexualidad y cómo aparecen algunos rasgos innovadores sobre este asunto en la novela pionera del género sicario. El último capítulo, V, atiende a la construcción de la homosexualidad y al espacio público y al espacio privado como ejes de la acción del erotismo gay y de la criminalidad y también se comenta un aspecto llamativo en la novela la misoginia de los personajes, determinada tal vez por el carácter reproductivo de la mujer.

CAPÍTULO I

*“Y eso sí señor lo pido en tu nombre,
que no me salga marica, que no me salga ladrón”*

-Nació mi niño. Rubén Blades.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

En toda sociedad hay patrones de convivencia que rigen de manera implícita o explícita las formas de relacionarse de los individuos. En cuanto a la clasificación de hombres y mujeres, ella está sustentada en concepciones ideológicas que determinan los roles que se espera desempeñen los sujetos en los contextos donde se desenvuelven. Por tal razón, de manera tradicional, la distinción dicotómica del sexo viene a determinar la configuración del género de modo rígido y parcelado, lo que conlleva a circunscribir a los individuos en sistemas de sexo/género, donde prevalece la concepción del sexo como definitiva para la escogencia de actividades, preferencias sexuales y comportamientos. Cabral (2013) dice que:

La diferenciación de los géneros masculino y femenino, utilizados como criterios de realidad- autoridad-verdad, es una manera básica en que la sociedad ordena, clasifica y jerarquiza las diferencias biológicas y sociales entre varones y mujeres, y que no son más que, casilleros culturales, instancias codificadoras, no biológicas, lo masculino o femenino surgen necesariamente de la experiencia y no de una condición constitutiva esencial, a priori, de ser varón o hembra... de representaciones a posteriori, contingentes. (p.30)

Sin embargo, al enfrentarse con realidades que se escapan de esa clasificación, la visión dualista regida por ideologías preestablecidas socialmente se resquebraja profundamente. Razón por la cual se excluye a aquellos sujetos que no siguen esos parámetros conductuales y rompen con el prototipo de la “normalidad” establecida.

El término homosexual aparece por primera vez en el libro *Psychopathia Sexualis* de Richard Von Krafft-Ebin (1886). Desde entonces, la homosexualidad ha admitido diversas definiciones desde las más fundamentalistas, en donde se presenta como una perversión, hasta las más piadosas que la ven como una “maldición aberrante.” Cabe mencionar que antes de la inclusión de estas categorías diferenciadoras no se concebía un universo polarizado entre heterosexuales y homosexuales. Resulta llamativo observar cómo en la antigua Grecia no se pensaba la existencia de una división clara entre la heterosexualidad y la homosexualidad, debido a que los individuos no eran categorizados por sus deseos eróticos. Por consiguiente, la asimilación social no se correspondía a la prosecución de una norma o estándar sexual.

Hay sujetos que rechazan la clasificación en categorías universales de género. Ned (1990) observa que, para su categorización, los términos homosexualidad y heterosexualidad parten principalmente de la consideración del patrón procreador del individuo.

Las discusiones y debates sobre la consideración de diversas categorías sexuales suscitan gran interés desde diferentes perspectivas sociales, religiosas y científicas en busca de posibles dilucidaciones sobre las probables causas de las preferencias sexual entre los individuos. Dentro de la gama de estudios e indagaciones uno de los aportes más significativos sobre el comportamiento sexual en el hombre, que definitivamente abre un candente debate es el realizado por el estadounidense y sexólogo pionero en la investigación sexual humana Alfred Kinsey, con su obra *El comportamiento sexual en el hombre* (1953). Este trabajo se sustentó en la aplicación de encuestas a 12.000 personas entre hombres y mujeres de diferentes edades y estratos sociales. A pesar de ser polémicos por los procedimientos estadísticos y de la validación del instrumento, los resultados representan un referente en los estudios en este ámbito.

Valenzuela (s.f) muestra que, según los resultados obtenidos a través de la conocida Escala de Kinsey, los individuos pueden ser catalogados en cuatro grupos: asexuados, bisexuales, heterosexuales y homosexuales, siempre con matices intermedios. La investigación pone en evidencia categorías sexuales que reflejan gran

flexibilidad en cuanto a las preferencias absolutas sexuales, puesto que la mayoría de los individuos encuestados expresaron haber tenido experiencias sexuales con personas de su mismo sexo durante su vida. De este modo, el estudio cuestiona la rigidez de la absoluta heterosexualidad al demostrar que todos, de base, tienen una tendencia bisexual, o sea a mantener contacto sexual con personas de su mismo sexo en algún momento de su vida. Lo que invalida la idea de que la heterosexualidad es rígida y absoluta.

Si bien en el estudio abona el terreno para la reivindicación de estas minorías sexuales, la figura del homosexual para los años sesenta y setenta se torna cada vez más enmarcada en las líneas de desviaciones sexuales y anomalías, lo que ocasiona que las personas homosexuales se mantengan rezagados ante el temor del rechazo público y a ser condenados socialmente. Sin embargo, Pollak (1987) señala que:

La decisión adoptada en 1974 por la Asociación Psiquiátrica Norteamericana de no considerar la homosexualidad como una perturbación mental (mental disease) es un acto simbólico que marca la inversión de las relaciones de fuerza ... esa inversión se ha operado en favor de una visión que ha neutralizado el fenómeno homosexual...” (p.72).

A pesar de la visibilidad alcanzada por la población homosexual, las discriminaciones y repudios no menguan en los años ochenta, por el contrario, se agudizan los prejuicios, en franco detrimento de estos individuos. Principalmente, al surgir el sida como una enfermedad estigmatizada y constituirse la población homosexual como una de las de mayor factor de riesgo, lo que es entendido por muchos como un escarmiento divino, resultado de las desviaciones del hombre como ser sexual. Esta visión fue apoyada principalmente por la iglesia católica quien vio la homosexualidad como alejamiento de los principios cristianos y de la doctrina propagada por la fe católica y los preceptos establecidos de la unión heterosexual, cuyo fin es la procreación y prolongación de la especie humana.

Desde el año 2000 La Organización Mundial de la Salud retiró a la homosexualidad de la lista de enfermedades mentales y reconoce “que la

homosexualidad es una variación natural de la sexualidad humana y se rechazaron las “terapias” de cambio de orientación sexual, pero persiste el estigma y la discriminación en los servicios de salud.

No obstante, la lucha por el reconocimiento y reivindicaciones de los individuos gais se mantiene. Considerados como disidentes que caen fuera de las normas socioculturales de la sexualidad y que se identifican dentro de las minorías sexuales oprimidas. González (2001) afirma que:

.... es en la segunda mitad del siglo XX cuando se reformulan serios cuestionamientos a los tabúes sexuales y a la sexualidad. Asimismo, se puede afirmar que es en esta etapa, dentro de las esferas de la sexualidad cuando hubo un reposicionamiento de las ciencias, especialmente un replanteamiento de la forma en que se concebía la homosexualidad. Hubo un alejamiento progresivo de los valores sexuales respecto a los religiosos. (p.101)

Dentro de este marco de ideas, la heterosexualidad impuesta como norma se convierte en una camisa de fuerza que debe ajustarse a todos por igual, bajo el temor de la exclusión y el rechazo social. En muchos casos, la homofobia se convierte en una visión castradora de los individuos en su esencia personal y cercena la libertad de cada individuo. En consecuencia, el género se constituye en una forma restrictiva que se apropia de los valores culturales de los sexos.

A comienzos de los años noventa en Estado Unidos surge una corriente que aborda la rigidez de las categorizaciones sexuales. Se conforma así la teoría queer, la cual centra su interés en el vínculo entre el sexo biológico – el rol social del género y el deseo sexual y analiza las diferentes formas de identidades sexuales alejadas de los patrones normativos. Al respecto, Posada (2014) refiere que la teoría queer parte, como el constructivismo feminista contemporáneo, de la tesis según la cual la identidad genérica y sexual no constituye un dato natural, sino que ambas son construidas por procesos culturales y sociales. El enfoque que plantea esta teoría ha generado controversias y críticas, posturas en favor y en contra, pero lo que sí resulta innegable es que se han desencadenado polémicas que visibilizan y reconstruyen referentes sociales existentes.

Literatura y género

A pesar de partir de un componente ficcional, la literatura se convierte, en una de las formas por excelencia del hombre para abordar el mundo y su realidad. Además de propiciar modos de aproximarse a los componentes ideológicos, sociales, culturales o políticos que la conforman para entenderlos o cuestionarlos. Ella se convierte en un vehículo valioso para dar a conocer concepciones de vida, modelos o patrones ideológicos, sean estos admitidos o no. Al detenernos en especial en el género novelesco, advertiremos la gran versatilidad que ofrece, al constituirse en un vínculo directo entre el individuo, su época, su realidad y la forma de representarla, valiéndose de la palabra y la imaginación como bases fundamentales para la configuración del mundo ficcional que se desea construir a partir de estrategias narrativas.

En *Teoría y estética de la novela* Bajtín (1974), realiza la siguiente consideración: “La novela se ha convertido en la actualidad en el estudio del alma humana y de las relaciones sociales, en reflexión filosófica, en reportaje o en testimonio polémico”. Del mismo modo, resulta interesante considerar que la novela ofrece un amplio espectro de valores concurrentes en las sociedades. Esto demuestra su carácter plural y representativo.

Homosexualidad y literatura

Desde sus orígenes, las sociedades latinoamericanas se caracterizan por las fuertes influencias socio-culturales de concepciones machistas y patriarcales, lo que ha limitado en gran medida la producción y divulgación de obras narrativas relacionadas con la homosexualidad. Sin embargo, paulatinamente se han comenzado a abordar esta temática. En este sentido, Torres (2015) expone que:

La literatura homosexual surge como una necesidad reivindicadora de normalizar la heterogeneidad del deseo sexual y una lucha política por alcanzar la igualdad social y cultural; en otros términos, el discurso literario homosexual ha contado con escritores fundamentales de la literatura universal y siempre ha

estado presente a lo largo de la tradición literaria, pero solo de forma paralela a esta. (p.54)

Aunque tímidamente, la temática homosexual se ha ido posesionando en la narrativa actual como nudo generador de tramas ficcionales donde se le da voz a seres marginados socialmente. Al respecto, Sánchez (2018) afirma que:

La novela de temática homosexual va más allá del registro narrativo de las prácticas sexuales intermasculinas y de las teorías de identidad que la categorizan hasta llegar a una reproducción de los argumentos del discurso heterosexista. Esta reproducción se lleva a cabo de diversas maneras, entre las cuales destacan la promoción de los estereotipos del hombre superior, de la mujer inferior y del homosexual negativo. (p.45)

La producción de literatura de temática homosexual en Hispanoamérica parte tanto de escritores homosexuales como de heterosexuales. Hasta hace poco, la construcción de la diégesis en muchas de las obras narrativas se circunscribía a la construcción de personajes homosexuales como seres patológicos dignos de atenciones médicas-siquiátricas. Sin embargo, la perspectiva del personaje homosexual masculino se ha ido transformando para mostrarse de diversos modos, dando lugar a la desconstrucción progresiva de ese estereotipo ficcional. En este sentido Billard (2006) afirma que:

Ahora encontramos retratos más verídicos de los personajes gais en los cuales el narrador-protagonista da por sentado que el lector conoce su orientación sexual y, por lo tanto, comparte con éste sus vivencias, sus contradicciones y sus deseos con absoluta naturalidad. Esta “humanización” se cristaliza mediante la representación de un espacio en el cual el personaje gay vive situaciones de la vida cotidiana como cualquier otro ser humano.

Los escritores han comenzado a deconstruir el estereotipo de la homosexualidad vista como una anomalía o enfermedad. No obstante, sigue latente la marcada tendencia hacia la consideración del homosexual asociado a patrones femeninos de conducta. Como se sabe, la masculinidad se apoya en estereotipos como: características corporales,

comportamientos, formas de vestir, demostración de fuerza física y valentía, en consonancia con los patrones heterosexuales.

En la literatura es frecuente la conformación de personajes homosexuales enfrentados en contextos ficcionales donde, en la mayoría de los casos, son excluidos, subestimados o marginados. Por consiguiente, en ellos está presente el menosprecio al homosexual y la sobrevaloración de lo masculino. En este sentido, Sánchez (2018) refiere que la caracterización del personaje homosexual se enfoca, sobre todo, en los siguientes aspectos: “Énfasis frecuentes de los narradores y/o personajes en una especie de angustia existencial como trazo común a la personalidad del homosexual” “Los protagonistas de las novelas aparecen como sujetos infelices sacrificados y atormentados.” (p.45). Lo que pone en evidencia que los homosexuales no logran deslastrarse de las estigmatizaciones sociales que los convierte en un foco de amenaza de la cohesión social y moral.

Novela del sicario

Otro tema que nos interesa para nuestra tesis es la violencia. En Latinoamérica, la relación de la literatura con la violencia persiste casi desde su fundación, cuando se establecieron los primeros contactos entre europeos e indígenas y los cronistas dejaron testimonios de ello. En la actualidad, los índices delincuenciales y la violencia urbana colocan al continente como una de las zonas más peligrosas del mundo. Varias ciudades latinoamericanas encabezan la lista de homicidios, atracos, violaciones etc. Asimismo, resulta evidente que los actos de violencia no atienden a una “esencia” única. Por el contrario, son resultado de múltiples factores interrelacionados. No obstante, lo que sí parece lucir muy evidente es su omnipresencia en estas latitudes donde se manifiesta con diversos matices y contundencia.

Por su parte, Colombia desde finales del siglo XX hasta la actualidad ha estado política y socialmente involucrada en circunstancias generadoras de violencia, enfrentamientos políticos que han favorecido la presencia de grupos “paramilitares”

“guerrillas”, carteles de droga, pobreza, prostitución y sicariatos. En este sentido Hylton (2008) refiere que:

Hacia finales del siglo XX, las guerras civiles, frecuentes, pero de pequeña escala, hicieron a Colombia representativa dentro de Latinoamérica. Pero a partir de la Violencia de la década de 1940 y 1950 -un conflicto que dejó al menos 200.000 personas muertas- su curso histórico ha sido más violento que el de sus vecinos. (p. 319)

Los constantes enfrentamientos entre partidos políticos tradicionales de Colombia, los Liberales y los Conservadores han propiciado continuos conflictos por el poder que han desatado diversos hechos de violencia en la historia del país. Cabe destacar el fenómeno de El Bogotazo ocurrido el 09 de abril de 1948, marcado por violentas protestas en el centro de Bogotá, en cuyo marco fue asesinado el candidato a la presidencia por el partido liberal Jorge Eliecer Gaitán. Esta muerte desató episodios de violencia contra el gobierno conservador de Mariano Ospina Pérez, a quien le exigían la renuncia, desencadenando saqueos y revueltas en todo el país.

Posteriormente a estos acontecimientos, se establecieron y organizaron grupos armados dentro de las cuales destaca la conformación de la hoy llamada Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (las FARC). Hylton (2008) afirma que: “Las FARC infunden el temor al país por sus atentados, secuestros y trabajan en gran parte con financiamiento del narcotráfico” (p. 62). La historia colombiana continúa escribiendo episodios de crueldad y sangre en los que sus habitantes sufren las inclemencias de la violencia en todas las esferas sociales: campesinos, terratenientes, partidos políticos, pueblos indígenas, etc. En torno a la sucesión de hechos truculentos no tarda en desencadenarse otro acontecimiento sociopolítico denominado la Violencia, sobre el cual Sánchez (2013) refiere que:

La Violencia fue una mezcla de terror oficial, sectarismo partidario y políticas de tierra quemada que resultaron de la crisis de la república del café, la debilidad del Estado Central y de la competencia por los derechos de propiedad, se distinguió por el terror sembrado que usó para suprimir las políticas radicales

populares y confirmar los crecientes conflictos radicales étnicos y de clases entre canales bipartidarios (p. 21)

Los episodios desarrollados en el contexto colombiano van propiciando un sinfín de transformaciones que redundan directamente en las convivencias y condiciones de vida de la sociedad colombiana y promueven, en muchos casos, patrones y modelos de liderazgos desvirtuados sobre todo en los más jóvenes, quienes buscan formas de subsistir equívocas asociadas con la ejecución de delitos y el narcotráfico, en medio de condiciones de pobreza, marginalidad. A estas circunstancias se suma la indiferencia de las instituciones gubernamentales, encargadas de velar por el bienestar de la población. Estas parecieran permanecer indiferentes, lo que propicia el aumento de jóvenes que se incorporan a bandas delincuenciales en busca de acceder a posiciones y objetos culturalmente deseables. En este sentido, Jácome (2006) señala que:

La guerra civil originada por la lucha entre los dos partidos políticos liberales y conservadores, dio paso a la llamada Violencia. En estos años emerge “el pájaro”, un personaje nacido en las zonas cafeteras del Valle del Cauca y Caldas, como antecedente de la actividad delictiva del sicario, integrante de una cofradía de desconcertante eficacia letal (p. 13)

El surgimiento de la figura de “El pájaro” en medio de las condiciones de violencia agrega un nuevo *modus operandi* para la ejecución de hechos delictivos que presenta características innovadoras, ya que consistía en la ejecución de asesinatos por encargo, de manera privada y remunerada en la mayoría de los casos. Estos eran ejecutados por jóvenes entre 16 a 20 años. De este modo, aunado con la pasividad del Estado, de la iglesia y otras entidades de la sociedad, florecían organizaciones delictivas constituidas con el apoyo de traficantes de drogas, ex convictos y delincuentes especializados, configuran la base para la organización de las bandas de jóvenes que aparecieron en la década de los 80, dando paso así a la subcultura del “sicario”.

Ante las condiciones de vulnerabilidad de la sociedad colombiana, aparece una novela que entreteje lo cotidiano con lo ficcional para radiografiar el fenómeno de la violencia. De este escenario surgió un corpus narrativo enmarcado dentro de la

novelística colombiana con diversas temáticas tales como: la violencia, el sicario, el amor, el sexo, la homosexualidad, el narcotráfico, la droga, entre otros. Es así como va a representarse la realidad latente que vive Colombia en la década de los 90, impregnada de violencia, de carteles de droga, marginalidad, pobreza y prostitución.

El tema de la violencia no puede ser ignorado por la literatura y específicamente por la novela. De esta forma, la narrativa actual aborda la temática y la plasma a través de sus diferentes dimensiones. Presenta temáticas relacionadas con las bandas delictivas, crimen organizado, guerrillas, dictaduras, carteles de drogas, violencia de géneros, entre otros. Uno de los enfoques de la violencia se concreta en la incursión de los jóvenes al mundo delincucional y sus actividades violentas. En estas novelas aparecen adolescentes provenientes de sectores de bajos recursos, originariamente de Medellín en la ejecución de crímenes a sueldo.

Se establece un vínculo estrecho entre las transformaciones sociales plasmadas en los comportamientos y manera de pensar de los individuos y las representaciones ficcionales. Emerge así la figura del sicario, jovencito (casi niño) que asesina por encargo y encuentra en el sicariato una fuente de ingresos fáciles y generalmente bien remunerados. Para llevar adelante sus actos criminales los jóvenes requieren del uso de armas blancas y/o de fuego y de una motocicleta para el ataque y la rápida huida. Generalmente, ellos provienen de familias disfuncionales sin un adulto significativo que los oriente y los forme en valores. Sin embargo, encuentran acogida y aceptación en ambientes delictivos, dentro de las bandas organizadas para el crimen, donde son manipulados bajo la quimera de la camaradería

Del reconocimiento de esa realidad germina en Colombia el fenómeno literario conocido como “la novela sicaresca” género que emerge de los posibles puntos de contacto con la picaresca española del siglo XVI. La conexión más relevante entre la sicaresca y la picaresca es la recreación de un personaje muy joven socialmente marginado. A este respecto, Osorio (1994) observa que “la variación mordaz del término “picaresca” a la sicaresca se centra en una nueva y extensa versión del pícaro, el sicario

es un joven asesino de los barrios” (p.52). El protagonista de la novela picaresca española aspira mejorar su condición social y para ello recurre a la astucia y procedimientos ilegítimos, o conductas delictivas para obtener beneficios, aunque finalmente resulta castigado de una u otra manera. Mientras que el sicario se convierte en víctima y victimario de su dura realidad, ya que el contexto lo arrastra a una casi inevitable forma de vida que le proporciona una corta pero intensa existencia, en contaste riesgo y despliegue de osadía y valentía.

Ante las condiciones de vulnerabilidad aparecen novelas que entreteje lo cotidiano con lo ficcional para radiografiar el fenómeno de la violencia, que abarca todo el espacio de la sociedad. Surge así un corpus narrativo enmarcado en el contexto de la sociedad colombiana de las décadas de los 80 y 90, con temáticas como: la violencia, la marginalidad, el amor, el sexo, el narcotráfico, la droga, entre otros. El personaje central de estas novelas será “el sicario”. Al respecto *Jácome* (2006) puntualiza que:

El término “sicaresca” fue acuñado por el escritor colombiano Héctor Abad Faciolince en 1995. En un artículo titulado “Estética y Narcotráfico”, explica cómo se empieza a difundir en Colombia una estética mafiosa, mezcla del nuevorrnico estadounidense del montañero adinerado colombiano, que permeó la literatura de las últimas dos décadas del siglo XX. En la dinámica de dicha estética, surgen narraciones de Antioquia, región profundamente afectada por el tráfico de drogas ilegales, en las que se registra la aparición del joven asesino a sueldo o sicario. (p. 71)

Las obras narrativas surgidas bajo la referida denominación “sicaresca” se convirtieron en punto de análisis y reflexión entre escritores y expertos sobre la materia. La controversia surge al reflexionar sobre la pertinencia o no de dicho término. Como ya se refirió fue el escritor Héctor Abad Faciolince el primero en utilizarlo al establecer un vínculo estrecho ente la novela picaresca y la sicaresca. Entre ellos la narración en primera persona y la condescendencia al referir las razones que empujan al joven sicarios a cometer delitos. El término se enmarca en la producción literaria desarrollada en torno a la temática de la violencia, el sicario y el narcotráfico en el contexto de los años 80- 90, en Medellín.

Por su parte El-Kadi (2007) registra el uso que la crítica hace de tres denominaciones para la literatura que se ocupa del tema. 1) La sicaresca colombiana según (Van Der Linde) 2) La novela sicarial colombiana. (Camila Bonnet) 3) La narco-novela (Chole Rutter) Por su parte Osorio (2013) refiere la posición de Jácome quien solo reconoce dentro del canon de la sicaresca cuatro obras narrativas por considerarlas la únicas que responden a dicho canon.

A pesar de las variadas divergencias en cuanto a su contextualización, la figura central de las obras es la figura del sicario en torno al cual se construyen la diégesis narrativa. En este sentido, Osorio (2013) explica que: “La palabra sicario viene del latín *sicarius* (que designaba al asesino en la antigua Roma) que a su vez deriva de *sica* un puñal curvo de punta afilada que usaban estos asesinos para ultimar a sus víctimas”. La asimilación del término al castellano ha sido incorporada, recientemente en el habla latinoamericana.

De acuerdo con Schlenker (2012), el término apareció “apenas en la segunda mitad del siglo XX a través del uso inicial en las crónicas periodísticas”. De esta manera, estos sujetos alcanzan rápidamente visibilidad, al convertirse en blancos de atención pública, al ser reseñados en artículos periodísticos por la ejecución de diversos delitos y a las habilidades y destrezas que exhibían estos jóvenes procedentes principalmente de zonas muy humildes o “comunales”. Esto condujo a que se incrementaran las prácticas delincuenciales y se convirtiera en un oficio y/o en negocio cobrar altas sumas de dinero al perpetrar asesinatos por encargo, ya fueran ejecutados por particulares o por parte de bandas delictivas organizadas.

De esta manera la figura del sicario se constituye como un prototipo adolescente que proviene generalmente de familias disfuncionales en ambientes donde impera la violencia, la miseria, el desempleo y la desesperanza. Estos jóvenes dentro de mundo delincencial deben esforzarse por demostrar constantemente caracteres de masculinidad, empuje y osadía que les permitan sobrevivir en el mundo del más fuerte mediante la promoción y la ejecución de actos violentos, a cambio de ascenso social, beneficio económico y hegemonía temporal. En el contexto antes descrito, aparece la

novela *La virgen de los sicarios* (1994) del autor colombiano Fernando Vallejo, objeto de nuestro interés.

Nuestra investigación se propone analizar la construcción del personaje sicario-homosexual. La obra de Vallejo es considerada por muchos críticos como pionera del género del sicario. En este sentido, Von Der Walde (2000) afirma que esta obra “inaugura un nuevo género de la literatura popular, la sicaresca colombiana”. La diégesis de la obra, se construye en torno a un escritor llamado Fernando, quien toma la voz narrativa en primera persona. En la obra él narra su regreso a su ciudad natal Medellín, donde desea morir. Fernando es homosexual y mantiene relaciones con dos jóvenes sicarios. En primer lugar, conoce a Alexis, un joven sicario de 17 años, perteneciente a una banda delictiva que terminan por separarse al perder a su líder, lo que ocasiona que este lleve a cabo su oficio de manera independiente.

Durante el desarrollo argumental Fernando y Alexis luego de conocerse en el apartamento del amigo en común, José Antonio Vásquez, sitio de encuentros entre homosexuales, experimentan atracción mutua y se consuma el primero de muchos encuentros homoeróticos. “Alexis empezó a desvestirme y yo a él; él con una espontaneidad candorosa, como si me conociera desde siempre, como si fuera mi ángel de la guarda.” (Vallejo, 1994: 12). A partir de ese momento ambos personajes emprenden una relación que transcurre entre el apartamento de Fernando y las calles y avenidas de Medellín. Con la misma vehemencia con la cual mantienen encuentros sexuales, transitan por la ciudad, donde Alexis da rienda suelta a su ira y a su ímpetu, para ejecutar una serie de asesinatos sin razones ideológicas precisas, ni discriminación alguna de sexo, edad o condición, mientras Fernando lo acompaña en medio de una actitud de expectación, pasividad y complicidad.

¡Ahí va!, ¡Ahí va! exclamó Alexis cuando lo vio en la calle. Ni tiempo tuve de detenerlo. Corrió hacia el hippie, se adelantó, dio media vuelta, sacó el revólver y a pocos palmos le chantó un tiro en la frente, en el puro centro, donde el miércoles de ceniza te ponen la santa cruz. ¡Tas! Un solo tiro, seco, ineluctable, rotundo, que mandó a la gonorrea esa con su ruido a la profundidad de los infiernos. (Vallejo (1994) p.26)

A lo largo del argumento narrativo se van desplegando acciones que envuelven la representación ficcional de Alexis, en medio de la dicotomía de la masculinidad y la homosexual, hasta que ocurre su muerte en manos del hermano de una de sus víctimas. No transcurre mucho tiempo hasta que Fernando conoce a su segundo amante Wilmar, otro sicario juvenil, que asesina a Alexis movido por venganza ante la muerte de su hermano. De esta manera, se establece entre ellos una relación que se desenvuelve en forma similar a la anterior, la convivencia en el apartamento de Fernando, en medio de encuentros sexuales en los cuales Wilmar se entrega en los brazos de Fernando, los recorridos frecuentes por la ciudad desde prácticas violentas y las visitas a distintas iglesias. Muchos de los patrones de Alexis se replican en Wilmar, como llevar a cabo acciones truculentas, en contra de niños, mujeres embrazadas, entre muchas otras víctimas que finalmente lo conduce inexorablemente al igual que a su antecesor a morir a corta edad y dejar a Fernando tal como llegó a su ciudad natal, solo.

Durante el desarrollo argumentativo, se observa la construcción del personaje sicario- homosexual configurado desde varias perspectivas homosexuales que coexisten en el mundo ficcional. Por una parte, encontramos a Alexis sicario cuya preferencia sexual es exclusivamente homosexual, ya que las mujeres no despiertan en él deseo sexual alguno;

Después, sabiendo que me iba contestar que sí, le devolví la pregunta si a él le gustaban las mujeres. “No”, contestó, con un “no” tan rotundo, tan inesperado que me dejó perplejo. Y era un “no” para siempre: para el presente, para el pasado, para el futuro y para toda la eternidad de Dios: ni se había acostado con ninguna ni se pensaba acostar. (P.18-19)

Por otra parte, Wilmar excluye pormenores sobre otros encuentros sexuales y no precisa datos sobre su condición sexual. Seguidamente se hallan la Plaga y el Difunto, ambos sicarios de oficio, con quienes Fernando igualmente sostuvo encuentros sexuales antes de conocer a sus dos últimos amantes. Sin embargo, el primero se relaciona con una novia y el segundo pronto se convertiría en papá. Como resulta evidente, a diferencia de Alexis, mantienen encuentros sexuales con mujeres, paralelas a las

experiencias eróticas masculinas. Cabe considerar que los sicarios se representan como personajes planos ya que se no se describen detalles relacionados a sus vidas antes de conocer a Fernando ni se profundiza en su mundo interior. Las relaciones sexuales apasionadas entre Fernando y sus amantes solo se realizan en espacios privados, como en el prostíbulo homosexual antes mencionado o en la intimidad de su apartamento. Esto nos hace suponer que en el marco de la novela la práctica homosexual es socialmente discriminada al considerarse como una condición extranormativa.

Asimismo, cabe considerar que, en la conformación del hilo narrativo, la representación del personaje “sicario” se configura atendiendo a estereotipos masculinos propios de la novela del sicario, entre ellas la exacerbación de la virilidad, el coraje, el arrojo y las habilidades en el manejo de armas, capacidad para sobrellevar el dolor físico y valor para enfrentar riesgos.

Para el presente estudio, resulta de gran interés destacar cómo el autor logra resquebrajar los elementos característicos del género sicaresco. ¿De qué manera? Con la inclusión de un personaje homosexual, que va a propiciar una ruptura particular en la configuración del personaje sicario, al deslindarse de los patrones propios de la conducta masculina- viril, como modelo de hombría en su referente en la realidad. Por consiguiente, se quebrantan las fronteras del género mediante la configuración de personajes homosexuales. Asimismo, en la obra se deconstruyen los estereotipos del género desde el discurso narrativo, al desmarcarse de modelos rígidos y absolutos, encasilladas en las categorías sexuales predeterminadas socialmente, en especial la del homosexual.

Desde esta perspectiva narrativa, y dentro del corpus de la literatura Latinoamérica, se trasfigura una visión novedosa dentro del canon narrativo. Razón por la se constituye en el centro de nuestro interés para la presente investigación. De allí se derivan las siguientes interrogantes: ¿Cómo se construye el personaje homosexual dentro de la novela sicaresca *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo?, ¿Cómo aparece el personaje sicario- homosexual en la novela sicaresca en donde los patrones de conducta se relacionan fundamentalmente con el estereotipo masculino? ¿Cómo se

configura dicotómicamente el personaje sicario-homosexual en las fronteras de las categorías genéricas?

Objetivos

Objetivo general

Analizar la construcción del personaje homosexual en la novela *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo.

Objetivo específicos

1. Identificar características de la homosexualidad masculina en el contexto de la literatura latinoamericana actual.
2. Definir las características fundamentales de los personajes homosexuales presentes en la novela *La Virgen de los Sicarios* de Fernando Vallejo.
3. Describir la actitud de la voz narrativa hacia la homosexualidad.

Justificación

En la literatura Latinoamérica, la temática de la homosexualidad se ha visto influida en gran medida por el predominio de concepciones machistas y patriarcales. Esto ha limitado significativamente la receptividad y producción del canon narrativo relacionado con esta temática, aun en aquellas obras que lo abordan en forma tangencial. Los estereotipos heterosexistas promueven la concepción del universo simbólico a través de rasgos, atributos y características que funcionan como referentes para asimilar el comportamiento de hombres y mujeres. Gómez (2018) dice que:

La presencia y reproducción de las diversas categorías históricas relacionadas con la definición de la identidad homosexual acaban contribuyendo no a la denuncia sino a la ratificación de los prejuicios que favorecen la discriminación de los homosexuales dentro de un corpus de novelas latinoamericanas escritas y publicadas a lo largo de un siglo. (p.38).

Asimismo, cabe considerar que el discurso homosexual dentro del corpus narrativo latinoamericano, lejos de deslastrar los prejuicios homofóbicos ya existentes, ha favorecido la consolidación de tratamientos *excluyentes* y discriminatorios, además de estimarlo como practicas eróticas periféricas, que ubican a los personajes gais en planos ficcionales donde se condicionan su valoración según la orientación y comportamiento sexual normativo. De este modo, se sobrevalora el rol social masculino heterosexual en menoscabo del homosexual, al presentar aquel como modelo de masculinidad. Los homosexuales son representados como seres infelices, angustiados y/o atormentados dentro de estructuras sociales que los discriminan, los atropellan o lo compadecen.

Además del tema homosexual, también en nuestro trabajo nos enfrentaremos a otro personaje marginal. Nos referimos al sicario. Este surge como resultado de acontecimientos políticos-sociales y económicos ocurridos en especial en Colombia-Antioquía a finales del siglo XX. El sicario se entrevé en la sociedad colombiana como un joven proveniente de zonas de bajos recursos o “comunales”. Tiene como oficio “matar por encargo” a cambio de altas sumas de dinero. Llevan a cabo asesinatos a bordo de ágiles motocicletas para huir con la mayor prontitud. La mayoría de ellos tienen corta pero intensa vida, ya que en mucho de los casos no alcanzaban a cumplir los veinte años de existencia. Dentro de esta perspectiva, se inicia el género literario de la novela sicarésca, derivado de la cultura del narcotráfico en Colombia. Se designa con este nombre el corpus de novelas cuyo eje central lo constituye el personaje sicario. Las novelas de este género se definen fundamentalmente porque las tramas ficcionales se estructuran sobre las acciones llevadas a cabo por un referente real, el sicario.

Para nuestra investigación tomaremos la novela *La virgen de los sicarios* (1994) del escritor colombiano Fernando Vallejo quien ha sido merecedor de importantes reconocimientos por parte de la crítica por su destacada producción y por su extraordinaria visión de la realidad colombiana. Dentro del canon de la literatura Latinoamérica, Vallejo aborda diversas temáticas, algunas relacionadas con el tema homosexual, aunque no se enmarca exclusivamente en este género del sicario. Entre sus

obras destaca su producción autobiográfica: *El fuego secreto* (1987) donde explora los caminos de la droga y la homosexualidad en Medellín y Bogotá.

La virgen de los sicarios (1994) es una de sus obras más aplaudidas y con mejor acogida por la crítica literaria y punto de partida de diversas polémicas. Por consiguiente, se ha convertido en motivo de interés y análisis desde diferentes perspectivas. Sin embargo, es inédito el estudio de la construcción del personaje sicario-homosexual hasta el momento, razón por la cual se convierte en el objeto de interés para nuestra investigación.

Se podría considerar igualmente que la construcción de un personaje homosexual dentro de un argumento narrativo no representa por sí mismo novedad alguna, pero cuando el personaje responde a estereotipos dicotómicos sí, puesto que, por una parte, la figura del sicario se construye en un mundo machista, audaz, donde la demostración de fuerza y de poder que se ostenta a través del uso de armas de fuego. En los personajes de la novela se conjugan dos estereotipos con gran arraigo social, sicario (machismo) – homosexual (afeminamiento). Es necesario recalcar que el oficio del sicario requiere demostración de fuerza, ser intrépido, seguro, agresivo, disposición constante para el riesgo, además de valentía, osadía varonil, agresividad y hombría para sobrevivir en un mundo adverso. Estos entornos y prácticas contravienen, evidentemente la caracterización del estereotipo homosexual, determinado fundamentalmente por la ausencia de virilidad, pasividad, delicadeza, ingenuidad, coquetería y complacencia. Estos factores agregan marcado interés a la presente investigación, al deconstruir prototipos sociales desde el imaginario literario dentro del canon de la literatura Latinoamericana, en la conformación del personaje del sicario.

La trama narrativa de la obra gira en torno a los acontecimientos ocurridos alrededor de la relación que sostiene Fernando, un escritor maduro y homosexual, luego de regresar a Medellín su tierra natal, con dos jóvenes sicarios Alexis y Wilmar, ambos de diecisiete años de edad.

La obra se estructura en dos partes, en la primera la relación amorosa se establece entre Fernando y Alexis, este último termina asesinado por su sucesor Wilmar. En la

segunda parte, el argumento narrativo se centra en la relación homoerótica de Fernando y Wilmar. En ambas relaciones, los amantes chocan con el mismo destino trágico: morir asesinados como consecuencia directa del mundo delincriminal que los absorbió y los entrenó en el

En ambos casos los personajes responden a los prototipos de sicarios: matan por encargo, desplegando grandes dosis de valentía y coraje ya que en la exacerbación de esos rasgos se fundamenta en su pretensión de ser respetado y temido para acceder fácilmente a las organizaciones delictivas. Luego, ambos sicarios se sienten atraídos por Fernando. Se conocen, se atraen y sostienen igualmente encuentros homoeróticos. Primero sucede con Alexis y luego con Wilmar, convertidos en sus ángeles guardianes. Al respecto, el narrador refiere que:

Vuelvo y repito: no hay que contar plata delante del pobre. Por eso no les pienso contar lo que esa noche antes de dormirnos pasó. Bástele saber dos cosas: Que su desnuda belleza se realza por el escapulario de la Virgen que le colgaba del pecho. Y que al desvestirse se le cayó un revolver. “¿Y ese revolver para qué?” le pregunté yo de ingenuo. Que para lo que se ofreciera. Pues sí, pregunta tonta la mía, un revólver es para lo que se pueda ofrecer. Y abrazado a mi ángel de la guarda me dormí, no sin antes de que me desconectara el sueño me entrara el futurismo, el fatalismo y me diera por pensar en los titulares amarillistas del día de mañana: “Gramático Ilustre Asesinado por su Ángel de la Guarda”, en letras rojas enormes, que se salían de la primera plana. (1994) p.94)

De esta forma, Vallejo construye un personaje sicario por duplicado en la diégesis de la obra que desafía el mundo de violencia en medio de bandas armadas delincuenciales, carteles de droga y narcotráfico. El personaje sicario- homosexual, por lo tanto, es doblemente marginado, periférico tanto en su condición sexual (homosexual) como en su condición social (sicario). En un contexto social que lo penaliza y castiga, por una parte, es víctima y victimario de una sociedad desarticuladora de valores que reduce el valor de la vida humana y por la otra parte lo excluye y discrimina por no calzar dentro de los parámetros rígidos de una heterosexualidad coercitiva.

En la obra *La virgen de los sicarios*, la masculinidad es definida básicamente por un universo simbólico viril, demostración de valentía, fuerza, destrezas con el manejo de

armas de fuego, demostración de temple, coraje, entre otros, en consonancia con los estereotipos de hombre-masculino. Lo anterior nos lleva a plantear la pertinencia de la presente investigación por no existir estudios que profundicen sobre la temática homosexual como centro medular en la construcción del personaje sicario desde esta perspectiva de análisis en la obra. Desde el imaginario literario, se abre el canon para la discusión de este tipo de enfoque como un aporte en la deconstrucción de ideas o posiciones preconcebidas que promueven discriminaciones, estigmas y prejuicios sobre la figura del homosexual.

Desde las diversas perspectivas de recepción, desde (jóvenes) lectores menos expertos hasta los experimentados existe la reflexión en torno a la violencia urbana y sus implicaciones en la concepción y valoración de la vida. Además, contribuye a arruinar el prototipo de personaje homosexual como individuo atormentado en medio de angustias existenciales en un mundo en el cual no hay espacio posible para alcanzar su reivindicación. En este sentido Gómez (2018) afirma que: “el discurso de la heterosexualidad tiene un estatus socio-comportamental de superioridad” lo que su vez da solidez a prejuicios existentes.

Antecedentes

Como género literario, la novela se erige como una de las formas más complejas de representación de la realidad. Esto lo decimos si tomamos en cuenta la diversidad de elementos que en ella confluyen, el sinfín de ejes temáticos que aborda, la variedad de personajes que representan y la contextualización de determinadas épocas: En fin, por la amplia diversidad en la representación del mundo en íntima relación con el individuo, sus ideologías, valores y modelos a seguir.

Resulta interesante observar que la literatura de temática homosexual ha contado con una progresiva receptividad en Latinoamérica. Recientemente, han surgido obras narrativas que abordan el tema de la homosexualidad masculina en cualquiera de sus matices y formas. Se han producido en sociedades con predominio de estereotipos

heterosexista – machistas, donde se privilegia la masculinidad sobre otras orientaciones sexuales; donde, lamentablemente, lejos de llamar a la inclusión de la pluralidad de las categorías de género, se propician, a través de la construcción de discursos narrativos, la exclusión y discriminación de los homosexuales, colocándolos a la sombra.

Tomaremos, entonces, la obra narrativa *La virgen de los sicarios* (1994) del escritor colombiano Fernando Vallejo, como centro de nuestra indagación, con el propósito de analizar la construcción del personaje sicario, derivación de la literatura del narcotráfico, dentro del contexto colombiano de finales del siglo XX. La diégesis narrativa es representada por el personaje sicario- homosexual en medio de un contexto violento y hostil. Para el logro de nuestra investigación, realizaremos la revisión de estudios previos relacionados con la temática propuesta, llevados a cabo por autores que puedan contribuir a enriquecer nuestro trabajo.

Dentro del marco de revisión de antecedentes relacionado con el objeto de nuestro estudio, hallamos el trabajo de grado titulado *Escamoteando la vigilancia del discurso: Transgresión y homosexualidad en el Fuego secreto de Fernando Vallejo y Loco Afán: Crónicas de sedario de Pedro Lemebel*, cuyo autor es Patricio Torres (2015) de la Universidad Concepción de Chile. Esta investigación examina como se representa la homosexualidad y relaciona con el mal en las obras de estos controvertidos escritores latinoamericanos. Ambas novelas presentan una política de la heterogeneidad sexual y transgrede los límites impuestos por la sociedad. Es decir, el propósito del trabajo es contrastar y evidenciar la forma como se materializa el mal y la homosexualidad en la obra. Dicha investigación aporta gran interés para nuestro estudio, ya que aborda el tema de la homosexualidad desde la perspectiva del mismo autor que nos ocupa: Fernando Vallejo. Además, toca el tema de la homosexualidad masculina y ofrece una visión de la literatura homosexual latinoamericana y la situación de discriminación y persecución de la cual ha sido víctima la población homosexual. Igualmente, se constituirá en un referente importante para nuestro estudio ya que otorga una visión más del canon literario latinoamericano dentro de la temática homosexual.

Seguidamente, en estrecha concordancia con nuestro tema de interés, se encuentra la tesis *Subversión discursiva y sexual en La virgen de los sicarios de Fernando Vallejo* de Daniel Giraldo (2010) Tesis de doctorado ´presentada en la Universidad de Montreal, Canadá. Ella tiene como finalidad determinar cómo, a través de sus personajes, la sexualidad extranormativa potencia el carácter subversivo del discurso de Fernando Vallejo y aportan una nueva perspectiva de entendimiento de la sexualidad de los colombianos en un contexto social con gran influencia religiosa, en medio de discursos gubernamentales y científicos que juegan un papel determinante. En gran medida, los aportes del estudio contribuyen a la investigación planteada, para analizar y comprender el contexto socio-cultural de la sociedad colombiana y cómo se asimilan las sexualidades extranormativas que esboza la novela en interés en común.

Continuando en esta línea de trabajos de grado, encontramos *El personaje gay en seis cuentos mexicanos. Un acercamiento crítico desde la perspectiva de género, los estudios gay y la teoría Queer* de Víctor Villegas, (2011). Su propósito es evidenciar los elementos que conforman y revisten al personaje gay en el contexto de la literatura mexicana y ver cómo ha sido su proceso de evolución desde de una masculinidad un tanto feminizada hasta la declaración directa de su sexualidad. Se realiza un recorrido por las estrategias narrativas para la construcción del personaje gay en los seis cuentos y la resistencia socio-cultural de la condición homosexual. El aporte a nuestra investigación es que nos permite analizar la construcción de personajes homosexuales ubicados en diferentes contextos narrativos pero representados como marginados y periféricos producto de la hegemonía heterosexual y del cuestionamiento social.

Prosiguiendo con algunas investigaciones, nos encontramos con *Historia literaria de las representaciones del sicario a partir de novelas colombianas (1988-2012)*, de Carlos Van der Linde. (2012). Su intención es cartografiar la narrativa colombiana del sicariato, delimitando el objeto de estudio de los procesos de constitución de la imagen del sicario. El estudio representa un valioso aporte por cuanto contribuye a conocer la caracterización del sicario a través del constructo narrativo colombiano.

En cuanto a los estudios monográficos, es importante referir *El sicario en la novela colombiana*, de Óscar Osorio (2008) de la Universidad del Valle, Colombia. Ella, contextualiza al sicario como objeto de estudio de la siguiente manera: “El sicario aparece como una de las expresiones del narcotráfico”. “Las novelas asocian narcotráfico y sicariato como expresiones de una sociedad cínica que impone la idea del dinero fácil a cualquier precio y que, por ende, es producto de una desarticulación de valores que reduce el valor de la vida humana”. Las novelas articulan al sicario a organizaciones criminales más complejas algunas de ellas involucran al Estado a organizaciones extranjeras. Este estudio al igual que el anterior nos permite fotografiar más de cerca la figura del sicario y su complejidad desde variadas perspectivas de análisis.

El presente recorrido ha permitido ampliar y contextualizar la investigación propuesta en el marco de antecedentes que permitan abordar su análisis de forma crítica y proponer enfoques novedosos que puedan contribuir a dar un nuevo matiz a este tipo de narrativa.

Metodología

El desarrollo del presente estudio se llevará a cabo mediante el tipo de investigación documental, encuadrado en el método cualitativo. Se fundamenta en la recopilación de antecedentes provenientes de fuentes bibliográficas u otros tipos de materiales impresos que permitirán apoyar el análisis e interpretación en lo que se desea indagar.

De acuerdo a lo establecido en el *Manual de Trabajos de Grado y Especialización y Maestría y Tesis Doctorales de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador* (2014) “Se entiende por Investigación Documental, el estudio de problemas con el propósito de ampliar y profundizar el conocimiento de su naturaleza, con apoyo, principalmente, en trabajos previos, información y datos divulgados por medios impresos, audiovisuales o electrónicos. (p.20).

En relación al corpus de se enfocará en la obra narrativa *La virgen de los sicarios* (1994) del escritor colombiano Fernando Vallejo. El estudio está orientado primordialmente al análisis de la construcción del personaje el sicario, al quebrantarse los patrones de masculinidad propios de la novela sicarésca como son la virilidad y la hombría, y con la incorporación de atributos homosexuales. Se delinea de esta forma una línea muy tenue entre la frontera de lo masculino y lo femenino. De ese modo se pone en juego, los contornos rígidos de lo genérico que lo convierte en un sujeto marginado, excluido, en la periferia.

Para el análisis del sujeto homosexual, tomaremos como referente teórico los postulados de Foucault, plasmados en su obra *La vida de los hombres infames* (1996) donde expone cómo la sociedad penaliza a través del sistema de transgresión social, a aquellos individuos que quebrantan los parámetros de la norma establecida y no responden a los intereses de las cúpulas del poder. De esta manera, se constituye la dicotomía del sujeto normal y anormal lo que promueve la exclusión y el castigo de individuos que no se ajusten a lo establecido y pasan a ser estigmatizados bajos los linderos de la anormalidad. Esto se sustenta en creencias de anomalías humanas por el alejamiento de los mandatos de Dios, como anomalías humanas o por el daño causado por una fuerza desconocida o sobrenatural.

Para conceptualizar al sujeto homosexual tomaremos los fundamentos teóricos de Bersani con su obra *Homos* (1998) en la cual expone la concepción de la homosexualidad como una construcción cultural y política para el control y la opresión social. Afirma que la homosexualidad es tan natural y espontánea como la heterosexualidad por lo que esta última no debe ser coercitiva. Además, sostiene que la homosexualidad se instaura como una amenaza para el ordenamiento social y la forma de ejercer el poder, pues propicia desajuste en el ordenamiento social al generar relaciones no procreativas, es decir, relaciones sexuales poco convencionales que promuevan nuevas formas de relaciones entre los individuos. Asimismo, tomaremos las consideraciones de Didier (1999) plasmadas en su trabajo *Reflexiones sobre la cuestión gay*, en la que analiza la condición del “sujeto” homosexual como una creación directa

del sistema social y cultural, lo que lo coloca en una condición de subordinación e inferioridad. Realiza un recorrido crítico de la homosexualidad a través de autores iconos de dicha temática como Oscar Wilde y los planteamientos de Foucault, asumiendo posiciones controversiales que llaman la reflexión y consideración de nuevos planteamientos.

Asimismo, para el análisis del género y consideración de las categorías sexuales como referentes sociales, se tomará la obra de Butler, *El género en disputa* (1999). Nos interesan sus postulados sobre la concepción de las categorías sexuales binarias como paradigmas coercitivos para el control social, partiendo de la matriz de la heterosexualidad como forma de amenaza de exclusión y castigo. Butler cuestiona toda clasificación clausurada de género o práctica sexual y promueve la inclusión y el respeto a la diversidad y a la libertad de preferencias sexuales.

Para la interpretación y comprensión de la figura del sicario tomaremos los resultados de las indagaciones sobre el sicario propuestas por Schlenker, en su obra *Se busca. Indagaciones sobre la figura del sicario*. (2012) donde analiza la aparición de figura del sicario en Latinoamérica como producto de contextos socio-políticos ocurridos especialmente en Colombia, como producto de las condiciones extremas de pobreza, hogares disfuncionales y falta de oportunidades. Además, añade la peligrosa mezcla de carteles de la droga que reclutan a jóvenes para seducirlo con imaginarios de poder y dinero donde adquieren y portan el rol de sujeto violento y peligroso que la sociedad le ha impuesto. Cuestiona la responsabilidad del Estado en el deterioro social, al no tomar medidas contundentes que frenen su auge y eviten que estos jóvenes sean reclutados y entrenados en el oficio de asesinar.

Asimismo, tomaremos las consideraciones realizadas por Jácome en su trabajo de tesis doctoral *La novela sicaresca: exploraciones ficcionales de la criminalidad juvenil del narcotráfico* (2006) donde conceptualiza la figura del sicario como una identidad híbrida con características rurales y urbanas. Ella señala los principales rasgos característicos del género de la novela sicaresca, tomando en cuenta los contenidos temáticos que incluyen nexos entre los traficantes de droga y los jóvenes asesinos, en los

cuales el sicario aparece como objeto de las prácticas culturales heredadas del narcotráfico. Establece que en las novelas sicaresca la oralidad ayuda a representar el presente fugaz del sicario y a hacer crítica de la cultura desde la cultura misma.

A través de la revisión teórica – metodológica se aspira llegar a los objetivos propuestos a fin de realizar aportes significativos que contribuyan a ampliar el corpus de la narrativa Latinoamérica.

CAPÍTULO II

VIOLENCIA, SICARIOS Y LITERATURA

*“Yo no sé si el tipo es bueno, o malo;
solo sé que hoy le tocó perder.
En el cielo está Dios, soberano:
en la tierra, la orden del cartel”*

-Sicarios. Rubén Blades.

La violencia nuestra de cada día

La obra *La virgen de los sicarios* (1994), del escritor colombiano Fernando Vallejo, se erige como una de sus obras más polémicas. El lenguaje de la obra denota gran fuerza ya que además de la violencia, propia del personaje que representa, la voz del sicario, está cargada de un corpus significativo del léxico usado por los sicarios de Medellín en la década de los 80. Coloca como escenario central la ciudad colombiana, Medellín, donde se representa la conflictividad sociopolítica de Colombia y las consecuencias sociales que han causado a su población. Vallejo recrea su diégesis en torno al sicario como figura central. Personaje, que emerge del referente real, de las condiciones de la conflictividad colombiana ocurrida durante el siglo XX y caracterizada por el caos y la anomia.

De este modo, la violencia emerge como consecuencia directa de la conflictividad colombiana que se manifiesta como un fenómeno complejo y multicausal. Desde esta perspectiva, Vallejo se enmarca en ella para la construcción ficcional de su obra, y da visibilidad a las condiciones de conflictividad social que atravesaba Colombia durante ese momento. Todo enmarcado en un contexto de crimen múltiple y caracterizado por la violencia, la cual es definida así por Eastman (2000):

La violencia es una acción intencional del uso de la fuerza o del poder y por la cual una o más personas producen daño físico, mental (psicológico), sexual o en su libertad de movimiento o la muerte a otra u otras personas, o a sí mismas, con un fin determinado. (p. 22)

Asimismo, se podría afirmar que la mayoría de países latinoamericanos, han estado signados por prácticas violentas en diferentes formas y dimensiones. Como consecuencia de los múltiples acontecimientos acaecidos en el transcurso de sus historias, lo que derivaron en resultados irreversibles y deplorables, producto de guerras civiles, dictaduras, paramilitarismos y grupos armados. Lo que ha redundado negativamente, en profundas transformaciones en los individuos y en sus formas de relacionarse y convivir, además del debilitamiento de valores éticos y morales. Este contexto promueve acciones violentas que derivan en: homicidios, violaciones, secuestros, robos, sicariato, torturas, entre muchos otros.

A esta situación, se suma la desconfianza de los ciudadanos en la administración de justicia de los organismos del estado. La impunidad crea condiciones que incentivan la ejecución de delitos, ante la ausencia total o parcial del control, al no aplicarse sanciones justas. Así que los ciudadanos optan por ejecutar la justicia por cuenta propia, violando los principios legales que corresponden a los procedimientos oficiales y a una equitativa administración de la justicia.

De este modo, la violencia despliega sus diversos rostros y manifestaciones. Algunas de ellas emanan entes reguladores, disciplinarios o represivos, que ignoran otras manifestaciones de violencias menos visibles pero existentes, como la violencia verbal, de género, animal, intelectual, institucional, económica, psicológica, escolar, sexual e intrafamiliar. Al respecto Briceño León (2005) explica que la: “Violencia no solo significa “hechos” que podemos ver, cuantificar, ubicar en contextos y determinar actores, sino también lo que acarrea en cuanto a juicio, dolor, sufrimiento, tragedia, angustia, miedo... (p.55). El fenómeno de la violencia representa una amenaza latente en todos los ámbitos de la convivencia humana y de la estructura social. En muchas

ocasiones no muestra sus verdaderas dimensiones y puede pasar desapercibida, pero al cuantificarlas pueden sorprender.

Basado en el estudio presentado por la Organización Mundial de la Salud (OMS) (2002) se estima que cada año, más de 1.6 millones de personas en todo el mundo pierden la vida violentamente. Es una de las principales causas de muerte en la población de edad comprendida entre los 15 y 44 años, y la responsable del 14% de las defunciones de la población masculina y del 7 % de la femenina aproximadamente.

Según estudios recientes, entre los países latinoamericanos con mayor índice de violencia destacan: Colombia, El Salvador, México, Brasil, Perú, Venezuela, etc. Se podría decir que la violencia ha calado de tal forma en los pueblos latinoamericanos, que ha contribuido a promover crisis sociales, económicas, políticas y culturales, favoreciendo la conformación de grupos armados, migraciones, carteles de droga, enfrentamientos, pobreza y marginalidad que impactan directa o indirectamente en la población. Así se transfigura la dinámica de vida en sus habitantes tanto en los pequeños poblados como en las grandes ciudades, incitando el consumo de bienes materiales, de poder, dinero, confort a toda costa, a riesgos, incluso, de su propia vida.

En relación a lo anterior, se plantean las siguientes interrogantes: ¿Quién está llamado a promover y garantizar la justa convivencia?, ¿A quién le corresponde velar por la seguridad y la justicia social? Todo apunta a señalar al Estado, a sus instituciones y organismos en la responsabilidad formal en la atención, control, prevención o castigo de los hechos de violencia e inseguridad. ¿El rol de estos entes oficiales realmente alcanzan los objetivos propuestos? Se pone en evidencia la desconfianza de la colectividad, al analizar la recurrencia de actos delictivos, además del afianzamiento e incremento de la pobreza, marginalidad, inseguridad, desempleo en la mayoría de los pueblos de América Latina. La actuación del Estado y de sus instituciones demuestran claramente ser ineficientes o no poseer una intención verdadera de actuar como ente regulador de la acción social para evitar el caos y la anarquía entre los ciudadanos. Resulta evidente observar que la violencia y sus efectos desbastadores no son exclusivos

para ciertas personas, ámbitos sociales o regionales, por el contrario, está presente en todas las latitudes. De este modo se registran cifras reveladoras. De acuerdo con Briceño León (2005)

El 28,7 % del total de homicidios que ocurren en las Américas son contra jóvenes entre 15 y 24 años de edad. En 10 países de la región con población mayor a un millón de habitantes, el homicidio (por 100.000 habitantes) entre jóvenes tiene las siguientes dimensiones; Colombia (264), Puerto Rico (93), Ecuador (26) y Trinidad y Tobago (21). (p. 39)

Al analizar el comportamiento de la población juvenil, se revelan condiciones familiares y sociales que contribuyen a su participación en hechos delictivos ya sea como víctimas o victimarios, al incrementarse el abuso y consumo de alcohol, drogas, deserción escolar, prostitución, violaciones, abandono de los padres y en muchos casos la posesión y manejo de armas de fuego, en desconocimiento total o parcial de padres y/o representantes. Uno de los factores más determinantes que han incidido significativamente en el incremento de la violencia es el crecimiento desmedido de las grandes ciudades en América Latina, sin planificación alguna, lo que ocasiona un gran conglomerado de personas concentradas en determinados espacios. En la mayoría de los casos, estas provienen de las inmigraciones del campo a la ciudad y se trasladan en busca de mejores condiciones de vida o huyendo de persecuciones o guerrillas. En este sentido Bobemer (2003) refiere que:

A comienzos del siglo XXI más del 75% de la población latinoamericana vive en ciudades. Dada la persistencia de profundas desigualdades, en las áreas urbanas, se observa una concentración de la pobreza, lo cual genera problemas tales como un fuerte peso de la población inactiva sobre la activa y una creciente demanda de empleo de bienes y servicio colectivos (salud, educación, deportes, cultura), la cual debe ser atendida por las instituciones gubernamentales. (p. 13)

El no ordenamiento urbanístico y la ausencia de planificación de los asentamientos humanos acarrea múltiples desafíos para el sostenimiento del equilibrio ecológico armónico, debido a que propicia la conformación de cinturones de miseria y marginalidad que se constituyen en hervideros de delincuencia y prostitución, drogas y

alcohol. Por otra parte, todo podría agravarse si se considera la disfuncionalidad familiar, pérdida de normas, desempleo, ocio, influencia nociva de medios de comunicación (violencia, promiscuidad), pobreza y corrupción.

A finales del siglo XX y durante el XXI, en América surgieron conflictos y movimientos armados que han empobrecido aún más las condiciones de la región, en nombre de ideales políticos o de libertad y para desarticular sistemas dictatoriales o en búsqueda del poder, se entretajan ideas y preceptos políticos en pro o en contra de gobiernos de izquierda o derecha. Entre los países más afectados por estos flagelos destacan: Colombia con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), México con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), EL Salvador con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), Perú con el Sendero Luminoso, Venezuela con las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) y Bolivia recordada por ser el país donde murió asesinado el militar revolucionario Ernesto “Che” Guevara. Al respecto, García (2015) expone que:

Las guerrillas en América Latina, en su mayoría han surgido casi por situaciones similares. Debido a la implementación de políticas neo-liberales que traen consigo el modelo económico capitalista el cual genera más brechas en las clases, haciendo a las poblaciones más vulnerables...

La presencia de guerrillas, movimientos armados y acciones militares en América Latina impregnan intensamente a la región de más violencia y deterioro de la calidad de vida de los ciudadanos, sumiéndolos en ambientes hostiles, de zozobras, decadentes, conducidos por ideales sociales y políticos de algunos sectores de la sociedad.

La violencia representa un concepto complejo y controvertido que admite posturas y matices diversos, considerando múltiples perspectivas, bastaría con contextualizar su aplicación y derivaciones. Por otra parte, cabe reflexionar sobre las acciones y roles que debería ejercer el Estado en función de mermar y/o palear los niveles de violencia conocidos y alarmantes, apuntando hacia el desarrollo e implementación de políticas

fundamentadas en virtud de la paz social que incorpore a los ciudadanos en convivencias sanas y productivas.

La violencia en Colombia

*“Un Smith Wesson del espacial,
que carga encima
pa’ que lo libre de todo mal”.*

Pedro navaja. Rubén Blades.

Al volver la mirada hacia los países latinoamericanos con mayor índice de violencia encontramos que Colombia está en los primeros lugares. Es uno de los pueblos con más episodios marcados por el sufrimiento de la gran mayoría de sus habitantes. Además de enfrentar la insurrección armada más extendida de toda América latina y la más antigua del continente. Pulido (2010) afirma que:

Colombia se caracteriza también por lo que puede denominarse una cultura de la guerra. Cultura que esconde una lucha entre bandos de terratenientes, de grandes latifundistas, que se disputan el derecho de controlar modos de producción y de territorios con todo lo que haya dentro de ellos, sean cultivos de alimentos, sembradíos de coca, minas de oro, ganado o personas. (p.17)

A principios de los años 90, Colombia era uno de los países con mayor índice de violencia del mundo. Se caracterizaba por constantes enfrentamientos y transformaciones, como resultado de la más extrema violencia, desde mediados del siglo XX. Así surgieron guerrillas, grupos paramilitares, carteles de la droga y bandas criminales. Muchos de estas organizaciones centran sus blancos de ataques en la

población civil. Producto del financiamiento de las actividades derivadas del narcotráfico. En este sentido, Walde (2000) refiere que:

En las páginas de los diarios de todo el mundo aparecen periódicamente las noticias sobre asaltos de grupos guerrilleros y para militares a poblaciones de inofensivos campesinos, atentados, masacres, asesinatos en plena calle, secuestros, desapariciones forzadas, torturas, mutilaciones, bombas. Cada año se registran más de 25.000 muertes por violencia, más de mil personas secuestradas, lo que constituye el 50 % de los secuestros en el mundo, y unas 400 masacres, en su mayoría realizada por grupos paramilitares. En el año 1999, más de 3.500 personas fueron víctimas de atentados con trasfondos políticos. Aproximadamente, 250.000 fueron obligadas a abandonar sus casas y tierras y a desplazarse a los centros urbanos, donde entran a formar parte de gigantescos cinturones de miseria. (p. 39)

La violencia representa un fenómeno latente en la realidad colombiana que permea a todos sus ámbitos y contextos. Además, de afectar a numerosas generaciones, surgidas en medio de vicisitudes y dificultades. Desde esta expectativa, centraremos nuestro interés en el escenario de la novela *La virgen de los sicarios* (1994), la cual desarrolla su trama narrativa a mediados de la década de los años noventa, del pasado siglo. La obra nos muestra la violencia de la ciudad de Medellín, en una época en que transitaba por sus más altos índices de violencia producto de la criminalidad y las mafias del narcotráfico. Uno de sus rasgos característicos es la emergente figura del sicario, como producto de fuertes tensiones entre los que ostentaban el poder. Es importante resaltar, que durante el siglo XX en Colombia se daría inicio a una época tristemente célebre, conocida como “La Violencia”. Dicho período, estuvo marcado por las tensiones políticas existentes entre los partidos tradicionales de aquel momento, entre el partido liberal y el conservador, quienes se debatían de manera abierta e inescrupulosa sobre cómo y quién debía sostener el poder y el destino del país.

Los continuos enfrentamientos por el dominio del país propiciaron el desenlace de diversos hechos violentos. Cabe destacar el fenómeno de El Bogotazo ocurrido el 09 de abril de 1948, marcado por violentas protestas en el centro de Bogotá, cuyo detonante fue el asesinato del candidato a la presidencia por el partido liberal, Jorge Eliecer Gaitán

para el periodo constitucional 1946-1948. Esta muerte desató una etapa que, caracterizada por su carácter destructivo, ya que dejó una cifra de muertos incalculable, destrucción de edificaciones y saqueos. Al igual que una buena cantidad de desplazamientos forzados del campo a la ciudad y un potente desarraigo social. Además de episodios de violencia contra el gobierno conservador de Mariano Ospina Pérez, a quien le exigía la renuncia. Al respecto Terao (2005) refiere que:

Con Gaitán muerto, los líderes rurales del Partido Liberal, asediados por paramilitares, creyeron que no habría opciones políticas. Así empezó a gestarse la guerrilla: miles de hombres se agrupaban en zonas liberadas de Boyacá, Tolima, Huila, etc. a quienes también se sumaban fracciones del Partido Comunista Colombiano. Empezó a crecer ⁴⁰ a de Pedro Antonio Marín, alias Marulanda, quien logró hacerse líder de un territorio sin control del departamento de Tolima. Allí “Tirofijo” (llamado así por su puntería) intentaba formar con los perseguidos un ejército para defender a toda costa sus ideales. escenario que gesta la conformación de guerrillas políticas, levantando las banderas de la revolución social, llegaron a ocupar y controlar extensas zonas del país. Los campesinos, asediados por la represión, emigraron a las montañas y allí organizaron el trabajo agrícola y la autodefensa (p. 169).

Posteriormente, a estos acontecimientos, se establecieron y organizaron grupos armados dentro de las cuales destaca la conformación de la hoy llamada Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Hylton (2008) refiere que: “Las FARC infunden el temor al país por sus atentados, secuestros y trabajan en gran parte con financiamiento del narcotráfico” (p. 62). Nacieron como un grupo de campesinos autodefensa, de tendencia liberal, que más tarde adoptaron la ideología comunista. Se ubicaron en el centro de Colombia, en una zona denominada Marquetalia. Cosoy (2016) afirma que “A la cabeza de este grupo estaba Manuel Marulanda Vélez,”Tirofijo”, un combatiente formado en las guerrillas liberales de inicio de los 50, quien se convertiría en el primer jefe de las FARC.” Esta agrupación combatió contra el ejército de Colombia pero también contra grupos paramilitares, se enfrentaron con la guerrilla, asesinaron a campesinos y a dirigentes sociales, desarrollando métodos violentos de guerra. Durante la década de los 80, las establecen como uno de sus principales

objetivos la conquista de las ciudades de Colombia en colaboración de los grupos de narcotráfico. La expansión militar guerrillera lleva al surgimiento de grupos de autodefensa como ejércitos de carácter privado para narcotraficantes.

La historia colombiana continúa escribiendo episodios de crueldad y sangre, en los cuales sus habitantes sufren las inclemencias de la violencia en todas las esferas sociales: campesinos, terratenientes, partidos políticos, pueblos indígenas, etc. La guerrilla invade en forma progresiva espacios públicos y privados para convertirse en factor desestabilizador de la sociedad colombiana. En torno a la sucesión de hechos truculentos no tarda en desencadenarse otro acontecimiento sociopolítico denominado la Violencia, sobre el cual Sánchez (2013) refiere que:

La Violencia fue una mezcla de terror oficial, sectarismo partidario y políticas de tierra quemada que resultaron de la crisis de la república del café, la debilidad del Estado Central y de la competencia por los derechos de propiedad, se distinguió por el terror sembrado que usó para suprimir las políticas radicales populares y confirmar los crecientes conflictos radicales étnicos y de clases entre canales bipartidarios (p. 21)

Los episodios desarrollados en el contexto colombiano van propiciando un sinnúmero de transformaciones que redundan directamente dentro de las convivencias y condiciones de vida de la sociedad colombiana, promoviendo en muchos casos, patrones y modelos de liderazgos desvirtuados sobre todo en los más jóvenes.

De este modo, la violencia en Colombia, abrió paso al desarrollo de la Violentología, lo que Jácome (2006) refiere como un campo de investigación en Colombia para ayudar a explicar y entender las múltiples violencias que se tejen en el país.

En esta situación, en medio de condiciones de pobreza y marginalidad, hay quienes buscan subsistir, eligiendo formas equívocas, asociadas con la ejecución de delitos con el narcotráfico, como formas inmediatas de aliviar sus necesidades básicas. Estas circunstancias se suman a la indiferencia de las instituciones gubernamentales, encargadas de velar por el bienestar de la población. Permanecen indiferentes lo que propicia aún más el aumento de jóvenes que se incorporan a bandas delincuenciales en

busca de acceder a posiciones y objetos culturalmente deseables. En este sentido Jácome (2006) señala que:

La guerra civil originada por la lucha entre los dos partidos políticos liberales y conservadores, dio paso a la llamada Violencia. En estos años emerge “el pájaro” un personaje nacido en las zonas cafeteras del Valle del Cauca y Caldas, como antecedente de la actividad delictiva del sicario, integrante de una cofradía desconcertante eficacia letal (p. 13)

De este modo, este periodo es catalogado como el de mayor sectarismo y de fuerza destructiva del país, pues aparecieron vigorizados grupos armados, denominados como los “bandoleros” y los “pájaros” grupos de sicarios pagados por los dirigentes políticos que azotaron a las regiones y localidades. El surgimiento de la figura de “El pájaro” en medio de las condiciones de violencia agrega un nuevo *modus operandi* para la ejecución de hechos delictivos que presenta características innovadoras ya que consistía en la ejecución de asesinatos por encargo. Los “pájaros” se diferencian de la forma de actuar de otros grupos al margen de la ley. En este sentido, Rodríguez (2018) agrega que debido a que los pájaros, no tuvieron asideros en regiones montañosas e inhóspitas; estos actuaron siempre en zonas urbanas o semi-urbanas y su movilización la hacían por medio de vehículos a través de carretera a pleno día. (p.252). De manera privada y remunerada en la mayoría de los casos, los asesinatos eran ejecutados por jóvenes entre 16 a 20 años, en medio de la crisis política, económica, social y política que atravesaba Colombia. De este modo, aunado con la pasividad del Estado, de la iglesia y otras entidades de la sociedad, florecían organizaciones delictivas con el apoyo de traficantes de drogas, ex convictos y delincuentes especializados. Esto configura la base para la organización de las bandas de jóvenes que aparecieron en la década de los 80 y da paso así a la subcultura del “sicario”. Para Jácome (2006)

Casi todos los barrios bajos de Medellín fueron construidos por familias campesinas expulsadas de sus casas luego del asesinato de Jorge Eliecer...Existe entonces una violencia anterior, si no acaso originaria que auspició esa significativa migración del campo a la ciudad. (p. 46)

El éxodo masivo de los habitantes de las zonas rurales a los centros urbanos, producto de la violencia desatada luego del “Bogotazo”, debido a los constantes enfrentamientos de grupos armados y de violaciones a la propiedad privada, trajo como consecuencia el crecimiento de la población citadina en forma desmedida y sin planificación alguna, lo que propició el incremento de la pobreza, el hacinamiento y la marginalidad.

Producto de las referidas condiciones se conforman barriadas populares, conocidas como comunas, lugar donde habitarían los más desposeídos que se debatían entre el hambre y miseria. De este modo, las condiciones de vida de los nuevos ciudadanos se hacían más precarias para la sobrevivencia de las humildes familias, lo que contribuyó en gran medida al auge de la miseria y la delincuencia.

El Estado intentó frenar la expansión de los nuevos territorios, negándole los servicios públicos a los barrios en construcción para detener y negar el proceso mediante el cual en la ciudad aparecía un grupo social dispuesto a luchar por su supervivencia. Sin embargo, depone la resistencia motivado por los intereses de determinados grupos económicos, propietarios de medios de producción de la naciente industria local ya que garantizaba la fuerza de trabajo necesaria para el desarrollo de la industria de la región y por otro lado incorporaba este grupo marginal al obligatorio pago de impuestos, seguro social y servicios públicos, además de mano de obra barata. Lo que se traducía en el aumento de la producción a menor costo y jugosas ganancias.

Por otra parte, durante la presidencia de Julio Cesar Turbay se crea el Estatuto de Seguridad que buscaba a través de las competencias de las Fuerzas Armadas tomar acciones para controlar la guerrilla y la represión de la penetración cubano-soviética. Durante la década de los años 70 surge el Movimiento 19 de abril o mejor conocido por su acrónimo M-19 conformado por ex militares de la FARC y de la Anapo. Realizaban

acciones vandálicas al asaltar camiones con suministros alimenticios que luego distribuían entre los más desposeídos. Su objetivo era instaurar una democracia comunista en Colombia. Cometieron robos cuantiosos, secuestros a políticos, diplomáticos y periodistas. Además dieron muerte a magistrados, guerrilleros y civiles. Este grupo no prosperó por sus conflictos con el cartel de Medellín y se desmovilizó en 1991.

Luego ocurre el asesinato del candidato del partido liberal Luis Carlos Galán en 1989. Del cual fueron responsables los dos narcotraficantes más peligrosos de la época, Pablo Emilio Escobar y Gonzalo Rodríguez alias el Mexicano quienes lideraban el cartel de Medellín. Habían declarado la guerra contra el Estado y sobre todo contra las figuras públicas que promocionaran la extradición que ya había sido aprobada en 1988. Razón por la cual encargaron el asesinato del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla y de su amigo más cercano, Carlos Galán. Estos últimos representantes de partidos de izquierda más radical a fines a los movimientos insurgentes”. (p.68) Tras la denuncia de Bonilla de su vinculación de Escobar con los carteles de la droga. Bello (2008) en este sentido a firma que

Por esta época truculenta Galán no fue el único candidato presidencial asesinado. También lo fueron Carlos Pizarro León y Bernardo Jaramillo y a sus amigos más cercanos a Galán estos últimos representantes de partidos de izquierda más radical a fines a los movimientos insurgentes.”. (p.81)

Luego del asesinato de Galán, César Gaviria asume la presidencia (1990-1994). Se evidencia la expansión de la guerrilla acorde con sus mayores ingresos provenientes del mercado del narcotráfico. La violencia aumentó considerablemente, no solo por los enfrentamientos entre el Estado y los grupos guerrilleros sino por la guerra contra la droga.

La estructura social con grandes desigualdades en la sociedad colombiana, origina un fuerte contraste de condiciones para la adquisición de bienes y calidad de

vida. Lo que favoreció al narcotráfico para lucir, en especial para los más jóvenes una opción atractiva para incursionar en el negocio. Bello (2008) afirma que “Algunos estudios demuestran que la concentración de la pobreza tiene un rol central en la relación de entre fuerza de trabajo y el crimen “. (p.79). Esto se observa en zonas marginales prósperas para el negocio de la venta y distribución de droga en áreas más deprimidas y vulnerables en términos socioeconómicos de la población. Propiciando así mismo el aumento de la violencia como consecuencia de los procesos de negociación, mercados, venganzas personales, desertores o denunciantes. Goodbody (2008) afirma que “ En Medellín de los años ochenta y noventa, organizaciones de narcotraficantes-“ bandas de la pesada”- se asociaban con pandillas de adolescentes-“galladas”- y jóvenes asesinos-“ sicarios”-.Con la entrada del “basuco”... en barrios pobres surgieron las pandillas...(p.445). De este modo, el narcotráfico estimuló comportamientos nocivos en la sociedad como el enriquecimiento fácil. La presencia de una cultura de consumo, que impulsa el éxito en términos económicos y de adquisición de bienes se convirtió en un incentivo para el ingreso de los jóvenes a bandas delincuenciales .Por otro lado, la crisis de representación política, los altos niveles de impunidad e inequidad han sido elementos que sustentaron la reproducción y el sostenimiento del narcotráfico.

Escenario favorecedor para los carteles de la droga y de las bandas delictivas para coquetear con los más jóvenes y alistarlos en sus organizaciones delictivas. Esto dio paso al florecimiento de figuras delincuenciales, entre ellos, la que ocupa nuestro interés: el sicario.

Violencia y literatura

Al ahondar en la novela como género literario el cual ocupa la presente investigación y al enmarcarla dentro de diversos aspectos que la caracteriza, resulta pertinente comprender la interrelación de sus elementos constitutivos como un todo. Según Bajtín (1989) en el capítulo “La palabra en la novela” de su texto *Teoría y Estética de la novela*: “El estudio de la novela como género se encuentra con una serie de dificultades especiales, que vienen determinadas por la especificidad misma del objeto: la novela es el único género en proceso de formación todavía no cristalizado” (p.283)

En relación con lo afirmado por Bajtín, la novela presenta gran complejidad. Desde su visión, la novela se convierte en un despliegue un sinnúmero de perspectivas y voces. Así (op.cit) puntualiza que:

La novela es la diversidad social, organizada artísticamente , del lenguaje ,y a veces de lenguas y voces individuales .La estratificación interna de una lengua nacional en dialectos, en grupos ,argots profesionales, lenguajes de géneros , lenguaje de generaciones... así como la estratificación interna de una lengua en cada momento de su existencia histórica constituye la premisa necesaria para el género novelesco a través del plurilingüismo social y del plurifonismo individual ,que tiene su origen en sí mismo , orquesta la novela todos sus temas ,todo su universo semántico concreto representado y expresado. (p.81)

Para Bajtín, la novela se convierte en esa recepción de múltiples voces, lenguas, estilos y matices que conforman la convergencia del mundo en una creación artística en la cual cada individuo en distintas épocas puede encontrar un eco particular y social. Igualmente, es de resaltar que a pesar de todo lo dicho y lo escrito sobre la novela resulta aún un género inacabado, como lo evidencia Bajtín, en sus diversos escritos. Pero lo que

importa, en definitiva, es el navegar del narrador, abriendo caminos por los que viajarán los lectores, a través de personajes ficticios y lugares desconocidos.

Resulta asimismo interesante considerar que el género novelesco presenta un infinito espectro a través del cual se obtiene multiplicidad de perspectivas, pero todas relacionadas con el individuo, su entorno y su realidad. Igualmente, Bajtín (1989) expresa que:

La novela se ha convertido en héroe principal de trama de la evolución literaria en los tiempos modernos, precisamente porque expresa mejor que otros géneros producidos por ese mundo nuevo y emparentado en él. (p. 453)

Es así como el género novelesco se transfigura en un vínculo directo entre el hombre, su época, su realidad y la forma de este plasmarla, de esbozarla, contando con las herramientas de la retórica, la palabra, la imaginación, como bases fundamentales, en la exhaustiva conformación del mundo ficcional que desea construir.

Por su parte, el crítico literario Georg Lukács (1963) en su obra titulada *Teoría de la novela* expone que: “La novela es la epopeya de una época en que la totalidad extensiva de la vida no está determinada, en que la inmanencia del sentido tampoco está directamente determinada, pero que busca la totalidad” (p.44) La novela adquiere en este sentido el valor universal, humano. La visión de Lukács (1963) en relación a la novela es expresada como un producto, que no escapa de una visión de la realidad, y que esta se construye y edifica desde la visión del autor y su época. Para el autor existe una relación directa entre el protagonista novelesco que demuestra su pequeñez en relación con las fuerzas que se oponen y la sociedad: “en la epopeya, existe una comunidad entre la sociedad y el héroe que la expresa. La novela es un género intermedio entre los dos. (p. 222). En este sentido, se establece una visión interna de esa realidad, la cual lleva impresa la mirada ideológica que se contrapone dentro de una sociedad absolutamente determinada por convicciones sociales, políticas, económicas y culturales que las determina. Asimismo, Lukács (1963) expresa que:

La novela debe tratar de la vida de un individuo problemático en un mundo contradictorio, contingente. El núcleo de la novela moderna es la búsqueda de una sociedad que los ha perdido, realizada por un héroe problemático. Pero esa búsqueda es también impura, degradada. (p.76).

La novela para Lukács contempla la auténtica realidad desde un punto de vista crítico. Considera al hombre como un ser social e histórico, presenta la realidad concreta en un mundo que también lo es. Por su parte, el crítico francés Lucien Goldman (1999) estudia la novela desde una perspectiva socio-histórico e ideológica, y sostiene que:

Una sociedad como la actual, orientada hacia los valores de cambio, donde se crean individuos problemáticos (los héroes de las novelas) que buscan valores de uso en un mundo en que tales valores han sucumbido bajo la lógica del mercado. Entre la estructura de la novela y de la sociedad se establece una relación. (p. 214).

De modo similar Lukács y Goldman convienen en considerar los valores presentes en la sociedad, como referentes directos en la constitución y transformación del género novelesco, al identificar su heterogeneidad y representatividad ante una realidad que la produce. Goldman por su parte enfatiza los valores presentes dentro de la sociedad, distinguiéndola en valores de uso y no cambia lo que desde su visión considera que es la base de una convivencia problemática de individuos infelices. Al respecto, agrega que: “la novela es el género más amenazado que ha sido definido como una forma artística incompleta por aquellas que no pueden diferenciar entre problemática del objeto y ser problemático”. (p.52)

La novela, para Goldman, representa todo un escenario social en el cual el mundo ficcional se entreteje y el hombre se relaciona con su realidad y mantiene una íntima relación al punto de interrelacionarse y considerar que se condicionan una en función de la otra. En este sentido expresa que:

La forma novelesca es, en efecto, la transposición al plano literario de la cotidianidad en la sociedad individualista nacida de la producción para el mercado. Por lo tanto, estas dos estructuras, la de un importante al género de la novela. (p.24).

Al concebir la novela como un hecho de marcado predominio social, Goldmann la relaciona directamente en su interacción con la sociedad. Plantea que el hombre, que de ella forma parte, se recrea primero en su realidad de manera individual y luego colectiva, en grupos con los que interactúa directamente, en diferentes estratos, ámbitos y formas sociales. Por consiguiente, la novela es reflejo de esa realidad que se construye en función de intereses y valores económicos, sociales y políticos. La novela, en definitiva, se erige como un género literario de múltiples cristales, que ha sido objeto de interés por diversos críticos y estudiosos para su abordaje y análisis en diferente épocas y lugares ya que representa un inmenso imaginario inacabable.

Novela colombiana de la violencia

“Sobreviviendo en una realidad de la cual yo no podía ni escapar.”

-El día de mi suerte. Héctor Lavoe y Willie Colón.

El panorama cultural y literario de Colombia desde mediados del siglo XIX se vio impregnado por diferentes temáticas. Sin embargo, el foco álgido que va a determinar en gran medida la producción cultural y literaria colombiana va a estar relacionada con los acontecimientos acaecidos en el país, conocidos como el periodo de La Violencia y el Bogotazo, ocurridos durante la primera mitad del siglo XX. Sucesos que marcaron significativamente al país y a sus habitantes, al producirse un drástico cambio de su historia. La literatura se convirtió en uno de los principales catalizadores del conflicto, al punto que, en la actualidad, es posible hablar de un género literario conocido como Novela de la Violencia. En este sentido, Musitano (2015) dice que:

La literatura de la Violencia colombiana surge sin una narrativa de tradición anterior, es decir, los escritores que aportaron con sus novelas a la tradición de la violencia

como Gabriel García Márquez, Manuel Mejía Vallejo o Álvarez Gardeazábal, son los que comienzan a fundar una narrativa nacional, o mejor, un relato de la propia nación. (p.165)

De este modo, el episodio de “La Violencia”, se desencadena a partir del asesinato del candidato presidencial Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948. Suceso que desata enfrentamientos desbastadores entre conservadores y liberales. Una vez ocurrido el asesinato, estalla la revuelta popular conocida como El Bogotazo. Lo que da inicio a una ola de violencia entre partidos que produjo el saldo lamentable de miles de muertos, desplazados y desaparecidos. Estos enfrentamientos y persecuciones propiciaron la formación de grupos guerrilleros como las FARC y el M-19, en un principio compuestos por liberales campesinos que intentaban resistir los ataques del ejército nacional al mando de un estado conservador. El período siguiente a la violencia bipartidista y guerrillera es la originada por el surgimiento del narcotráfico y los paramilitares.

Asimismo, la literatura producida durante los siglos XX y XXI, denota una notable influencia de temáticas caracterizada por la crueldad. Se comenzaron a publicar numerosas obras que presentaban sucesos violentos en el pleno momento en que las luchas entre liberales y conservadores se intensificaban. Si bien la violencia fue plasmada en: cuentos, ensayos y poesías, el aporte mayor lo constituye sin duda alguna, la novela. En este sentido, Terao (2005) agrega que:

La proliferación de las novelas de la violencia, que comienza Colombia a principios de la década de 1950... no es sino la consecuencia natural de la irrupción de sacudimientos políticos al campo novelístico que todavía no ha superado su vulnerabilidad inicial. Lo que favoreció una producción, nunca antes vista, de obras novelísticas que se quedaban en el marco del realismo ingenuo. (p.105)

Así, las publicaciones literarias colombianas comenzaron a incrementarse rápidamente, debido a que muchas obras presentaban los sucesos violentos en pleno

momento que en que las luchas entre liberales y conservadores se intensificaban. Los textos fueron tomados para reflejar el sectarismo y la polarización en la que se encontraba Colombia.

Robledo, Osorio, y Jaramillo, M (1995) exponen que muchos de los relatos sobre la violencia han sido considerados como pseudo literatura por su cercanía al documento sociológico y al testimonio. De este modo, la novela no se tomó como ficción, sino como medio de transcripción de los acontecimientos históricos y medio de expresar la verdad histórica. Es decir, en esta etapa, la frontera de la novela con géneros colindantes fue ambigua o, mejor dicho, casi inexistente.

Los problemas en torno al concepto de la verdad novelística se agudizan, al utilizar la ficcionalización como un modo para modificar el hecho histórico a fin de que aparezca su sentido histórico, en especial para el autor. Muchos de los escritores de la violencia insistían en el valor testimonial de sus obras, afirmando que los hechos relatados eran verdaderos, aun cuando lo modificaran. De esta manera, se generó confusión entre la verdad subjetiva y la verdad objetiva. Partiendo de la idea de decir la verdad en sus novelas y tratando de imponer al lector, por medio de una narración, un punto de vista que se debía aplicar al interpretar el acontecimiento tratado; es decir, no nos muestra el hecho tal como sucedió en realidad, sino que nos obliga a ver lo sucedido según el planteamiento ideológico, subjetivo desde el autor.

En este sentido, la idea de qué en realidad era la novela, qué debía contener y qué no, no estaba delineada con claridad. Cobra aún más vigencia, la teoría planteada por Bajtín, cuando expone que el estudio de la novela como género se encuentra con una serie de dificultades especiales, que vienen determinadas por la especificidad misma del objeto: la novela es el único género en proceso de formación, todavía no cristalizado. (1989:449).

Desde este punto de vista, concretar los linderos en la novela de la Violencia, de la noción de la verdad o de la mentira resultaba una quimera, al disolverse todo en el

argumento novelístico. Troncoso(s/f) afirma que “El término de “novela de la violencia” fue acuñado, en primer lugar, por el crítico Hernando Téllez... a raíz de la respuesta de Téllez al artículo de García Márquez “Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia... le daba una carga semántica hacia el futuro que hacia el pasado...” (p.30). En la novela de la Violencia, si algo queda claro es su enorme interés por tratar de reproducir fielmente y con la misma crueldad los hechos verídicos que se desataron. Para el escritor Terao (2005) una de las primeras obras que caracterizó la Violencia en Colombia es *Los olvidados*, de Lara Santos, publicada por la editorial Santafé en 1949. De la misma forma, Osorio (2006) le concede gran valor literario a la obra *El 9 de abril* (1951) del escritor Pedro Gómez, por considerarla como iniciadora del canon.

Sobre la violencia generada a partir del Bogotazo y la influencia que tuvo en la sociedad (sobre todo rural) derivó el corpus de novela de la Violencia, que de acuerdo a Osorio (2006) oscila entre los años 1946-1967. Presenta obras narrativas, representativas de este periodo atendiendo al equilibrio entre lo literario y lo histórico. Además de considerar que son “novelas con grandes virtudes literarias y con un gran valor documental, que vuelven directamente sobre el fenómeno histórico y sus expresiones cruentas, pero desde una concepción estética”. (p.106). Considerando que muchas de ellas son publicadas posterior al periodo enmarcado del auge de dicha novelística.

Entre ellas se encuentran las obras del escritor Gustavo Álvarez Gardeazabal y sus libros *Cóndores no entierran todos los días* (1971). En esta obra se cuenta la historia de León María Valencia, un sicario al servicio de los conservadores que estaban en el poder hacía 1950, que se hizo famoso por su mano dura y por la violencia de los asesinatos que cometía y *El último gamonal* (1987). Además se encuentran; *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* (1975) de la escritora Albalucía Ángel, *Noche de pájaros* (1984) de Arturo Alape y *Una y muchas guerras* (1985) de Alonso Aristizábal. De este modo, la época de los enfrentamientos más voraces entre la guerrilla y el ejército aparecen en un sinnúmero de novelas. Aunque estas novelas no tengan como eje central el conflicto armado, parten de este para el desarrollo de sus personajes e historias.

Asimismo, resulta interesante resaltar que la vertiginosa producción literaria que desencadenó el boom de la literatura de la Violencia, propició un enfoque academicista en el cual se consideraban que las primeras novelas producidas durante los años 1946 a 1959, contaban con muy poco valor literario en comparación a las que fueron escritas posteriormente. No obstante, dichas obras se rescatan por su valor testimonial. Si bien, no existe un consenso claro en cuanto a las categorías de análisis de las novelas producidas después de 1960, los estudiosos de la literatura de la época sí reconocen en ellas, valores estéticos además de desmarcarse de posiciones radicales partidista, ideológicas de lo anecdótico e informativo. En torno a dichas consideraciones, Nieves (2014) “puntualiza que en la actualidad existen dos cánones que conforman el género conocido como la novela de la Violencia: el canon testimonial y el canon literario”. (p.17). En relación a los relatos de corte testimonial, en su mayoría centran excesivamente su interés en aspectos descriptivos, sobre todo en los episodios relacionados con las luchas armadas, la narcoviolenencia, masacres, asesinados y torturas.

Por consiguiente, las novelas de corte testimonial, surgen fundamentalmente como producto del choque emocional causado por las experiencias de sus autores, durante los acontecimientos ocurridos en el periodo de la violencia colombiana. Razón por la cual los textos narrativos van a carecer de valor estético, valorando excesivamente las descripciones relacionadas con la crueldad, la muerte y lo sanguinario. Asimismo, muchas de ellas fueron escritas al calor del odio, del dolor o la rabia, lo que permite observar claramente el sectarismo ideológico. Dentro de las obras más resaltantes en el canon testimonial se encuentran: *Marea de ratas* de Arturo Echeverri, *Lo que el cielo no perdona* de Ernesto León, *Los cuervos tienen hambre* de Carlos Esquerri, *Tierra sin Dios* de José Ortiz, entre muchos otros títulos.

Por otra parte, en cuanto al canon académico- literario se consideran en este reglón aquellas obras narrativas que además de recrear escenarios de la violencia, cuentan con un valor estético y literario. Además de manejar elementos propios del género novelístico. Que permita, ofrecer la construcción de la memoria colectiva y a la

vez brindar al lector un contexto del imaginario ario de la violencia con una visión más amplia y compleja. Cabe mencionar algunas de ellas: *La casa grande* de Álvaro Cepeda, *Rebusque mayor* de Alfredo Molano, *El cadáver insepulto* y *El Bogotazo* de Arturo Álape, *La lectora* de Sergio Álvarez, *El cristo de espalda* de Eduardo Caballero, son solo algunas de las obras narrativas consideradas por lo la academia por su valor estético.

Desde la perspectiva literaria, es importante mencionar que en Colombia la novela de la Violencia, abre el camino hacia el inicio y consolidación de la novela urbana como otra manera de concebir el mundo y por ende en la literatura. En este sentido Robledo et al. (1995) comenta que la novela urbana se articula a la narrativa de la Violencia porque en la mayoría de los casos, alude al desplazamiento de los campesinos; estos huyeron del terror para enfrentarse con extrañeza al nuevo entorno (p.14). A pesar que el término “novela urbana” ha desatado controversia sobre su uso frente a “novela de la ciudad”, entre críticos y escritores, lo cierto es que logra desmontarse el contexto narrativo en el cual se venían produciendo un número significativo de novelas. Se estima que en este periodo se hayan producido aproximadamente más de cien novelas de la Violencia. Los contextos rurales, hasta ese período eran los más trabajados literariamente.

De este modo, la principal característica de este periodo de violencia en la literatura en Colombia, es la aparición del aspecto urbano. Hasta ese momento, la guerra era vista como un problema rural; la guerrilla solía esconderse y combatir en las montañas.

Cabe considerar, por otra parte que la proliferación y consolidación del narcotráfico hace que los jóvenes provenientes se familias de escasos recursos económicos se vieran tentados a formar parte de estas organizaciones que se manejaban en el negocio ilícito pero lucrativo del cartel. Por la facilidad de obtener dinero en forma inmediata a cambio de realizar acciones delictivas como asesinar o secuestrar. Esto aunado a los requerimientos económicos que establece el imaginario del valor social del sujeto, al

poseer determinados bienes de consumo como calzados, ropas y prendas de marcas específicas, motocicletas, entre otros. Fue una oportunidad que no desaprovecharon para convertirlo en una de las estrategias más efectivas de las que se sirvieron los narcotraficantes para la contratación de jóvenes de las zonas marginales para quienes era más difícil cumplir con el imperativo de poseer determinados bienes de consumo, para identificarse con estándares sociales, además de identificarse con grupos sociales y ser acepados y reconocidos.

. De esta manera, se origina la profundización de lo ficcional en torno a la figura del sicario a partir de la configuración del entorno urbano, el abandono familiar y desde prácticas violentas derivadas de hechos concretos del país. Lo que propicia la narrativa sicaresca, género que ya cuenta con un considerado corpus de novelas que permiten comenzar a establecer sus rasgos característicos como derivación inmediata de las transformaciones sociales en Colombia y como reflejo emergente de esta realidad. Donde la violencia transitada en Colombia permea a la población más vulnerable, niños y jóvenes para arrastrarlos a prácticas delincuenciales. Reflejada en la obra sicaresca de Vallejo, *La virgen de los sicarios*, objeto de estudio de la presente investigación.

Fernando Vallejo, un escritor polémico.

En el marco de la producción literaria latinoamericana, Luis Fernando Vallejo Rendón, escritor y cineasta colombiano, nacionalizado mexicano, es considerado como uno de los escritores más controversiales del periodo Post- Boom por su estilo literario. Lo que ha despertado un marcado interés por analizar su escritura desde diversas tribunas literarias, en busca de escudriñar en interpretaciones y atajos de la mirada vallejana.

Enmarca su producción narrativa dentro de un contexto histórico y social común a muchos países hispanoamericanos, ligado al crecimiento de grandes ciudades que tienen

como lugar común la marginalidad, la corrupción, la violencia y la decadencia. Su escritura es un arma de combate de los poderes dominantes, contra la autoridad y las costumbres establecidas para resignificarlas. Como lo explica Díaz (2007) “Vallejo rechaza todo aquello que le venga impuesto por los demás (leyes, impuestos, creencias, sacramentos, heterosexualidad) aunque ello le cueste ser visto como un loco, enfermo o malvado siendo estigmatizado. (p.237). Lo que pone al descubierto su forma tenaz y directa de enmarcarse en postura radicalizada que desatan polémicas por manifestarse abiertamente y marcar posturas que no siempre generan complacencia en colectivo imaginario.

En este sentido, García (2007) observa que “Fernando expresa en sus obras un divorcio manifiesto en la << incompatibilidad >> del escritor con sus conciudadanos, lo que, unido a su carácter indomable le impide aceptar las convicciones, normas y actitudes que la sociedad que le rodea trata violentamente de imponerle.”(p.245). Vallejo desde esta óptica rebelde, alejado de convencionalismos huecos y doctrinas reguladoras, deconstruye normas y fachadas ideológicas que provienen desde instituciones de poder desde su lenguaje crudo y espontáneo. Por su parte, Giraldo (2006) considera que

Vallejo cultiva en su narrativa el gusto por el escándalo y la diatriba para mostrar el mundo invadido por la miseria: el vértigo de la palabra entrelazada con amarga ironía, anécdotas que revelan en la ausencia de paraísos de ángeles redentores una enorme distancia con la fantasía de lo real-maravilloso, así como la pérdida de los arquetipos que sustentan lo sagrado. (p.128)

De este modo, Vallejo descarga todo su pensamiento demoledor hacia la institucionalidad que instauran las naciones latinoamericanas. Su narrativa se funde en contra de la moralidad establecida y su desobediencia absoluta de las normas impuestas por la sociedad colombiana. Desobediencia, palpable en la evidente y provocadora trasgresión de su producción literaria.

Vallejo en su corriente temática aborda como eje central sin lugar a dudas temas recurrentes de su país natal, por lo cual establece un cambio palpable en la narrativa

colombiana. Asimismo, aborda a seres marginales, excluidos, así presenta como personajes recurrentes, enfermos de sida, drogadictos, sicarios, como forma de representar el mal, visibilizando a los seres excluidos, periférico. Para Torres (2015) se “Materializa el mal a través de diferentes figuraciones y devela lo abyecto al iluminar siempre las zonas más oscuras y periféricas.”(p.4). Así muestra en su narrativa, lo que Michel Foucault, denominó” hombres oscuros” sujetos marginados, en la periferia. Sin embargo, otras visiones consideran a Vallejo excluyente o racistas, en la forma de juzgar y/o condenar, se observa que el escritor no trata de dar protagonismo a los pobres y marginados, sino que a través de ellos reflexiona sobre problemas que afectan a las grandes ciudades latinoamericanas.

En este sentido Gómez (2011) considera que “Quizá el aspecto más notable de sus novelas sea la crítica generalizada, extendida a todos los estamentos de la sociedad colombiana... los gobernantes, los personajes destacados, imaginario colectivo y la mentalidad de los pobres.” (p.3). Lo que enfatiza el estilo narrativo de Vallejo caracterizado por una profunda actitud crítica..

Díaz (2007) considera que “Fernando intenta demostrar la falsedad e ignominia de los héroes y personajes más alabados mediante la conversión en santos y héroes de los trasgresores o agentes del mal más variados (homosexuales, asesinos, o pederastas). (p.238). Vallejo se centra a dar visibilidad a los antihéroes a través de la representación de personajes que emergen de sociedades marcadas por rupturas en el sentido de racionalidad. Sumergidos en estereotipos sociales y culturales que pretenden determinar su valía humana. Así, se propone desarraigarlo de preceptos y paradigmas instaurados en el imaginario colectivo como inmovibles de la moral y de la estructura social, como instituciones, costumbres, prácticas y preceptos que no hacen más que esclavizar al hombre.

Así, en el nuevo orden impuesto por Vallejo, Díaz (2007) expresa que “los héroes más sagrados para los hispanoamericanos como Simón Bolívar, iconos religiosos como Domingo Savio... o científicos laureados como Darwin o Newton, van a ser convertidos

en impostores, siendo sustituidos por personas del entorno cercano del narrador como pederastas, sicarios o prostitutas.”. (p.238). Desacraliza los iconos universales de veneración universal al reflexionar sobre ellos y colocar en tela de juicios las acciones o los aportes científicos y paradigmas establecidos a partir de ellos como verdades absolutas e irrevocables, considerados como modelos a seguir.

En las obras de Vallejo existe un fuerte carácter autobiográfico y una férrea conexión con la realidad social de Colombia, resultando casi imposible la tarea de separar la figura del escritor a la del narrador, entidades que funden en la escritura del autor. De este modo, se desdibujan los linderos entre lo real y lo ficcional. Dentro de la prolífica producción literaria Vallejo, se encuentra una serie de cinco libros de temáticas autobiográficas titulada: el *Rio del tiempo: Los días azules* (1985) donde relata episodios de su infancia. Son sistemáticamente evocados en las novelas posteriores al mencionar lugares, personas o instituciones que intervinieron grata o ingratamente en el proceso de aprendizaje y educación del personaje narrador: el abuelo, los tíos, los hermanos y aquellos que en Antioquia y sus pueblos, Medellín, sus barrios y colegios, construyeron los afectos y las raíces.

El fuego secreto (1987) explora como adolescente los caminos de la droga y la homosexualidad en Medellín y Bogotá. Expone asuntos de su propia vida y no se somete a las convenciones habituales. La historia se centra en sus experiencias con los jóvenes amantes que conquistó y sus irreflexivas y casi suicidas aventuras en la ciudad, *Los caminos a Roma* (1988) donde narra sus experiencias en Europa, a donde viaja para estudiar en el Centro Experimental de Cinecitta en Roma, muestra a un joven perdido, insatisfecho con su propia vida. Presenta un estilo bastante comedido lo que en Vallejo no es habitual. No expone sus aventuras amorosas ni recrea la violencia en Colombia, ni la arrogancia de los males causados por la iglesia católica. *Años de indulgencia* (1989) se relata su viaje a Nueva York tras pasar tiempo en ciudades europeas. La voz que narra es el mismo irrespetuoso, inteligente y apasionado que critica y fustiga, *Entre fantasmas*

(1993) relata los años que ha residido en México, la obra no se ajusta a las características de la novela, pues no consta de un argumento, una trama o un tema central, no hay construcción de personajes que evolucionan en el trayecto de la historia o de vida narrada, no existe una unidad de tiempo o espacio.

La voz narrativa de Vallejo, con preferencia en primera persona en sus novelas, se acerca a un estilo confesional y testimonial donde se distinguen rasgos autobiográficos, impregnados de melancolía de un tiempo pasado, que rememora. En este aspecto Gómez (2011) afirma que “Vallejo resalta constantemente el uso de la primera persona en sus novelas mientras critica la narración en tercera persona, omnisciente de uso común en la novela realista del siglo XIX. (p.13).

Otra novela que sigue ciclo autobiográfico se encuentran *La virgen de los sicarios* (1994) hará su desdoblamiento en Fernando su voz narrativa e irreverente aborda diversos temas entre los que destaca la violencia, la pobreza y la homosexualidad. El lenguaje que ofrece denota fuerza, que además de la violencia que expresa propia del personaje que representa la voz del sicario, también está cargada de un corpus significativo del léxico utilizado por los sicarios de Medellín en la década de los 80. Destaca por la reiteración de la oralidad en la escritura lo que representa los cambios socioculturales y políticos producidos en Colombia. En este sentido, Ferrer (2020) expresa que “... el lenguaje de la voz paisa y arrabalera mezclada con la adjetivación prominente de la muerte en el parlache – permite reconocer... una violencia social que dejó secuelas irrecuperables....” (p.82). En particular, esta obra representa el objeto de nuestra investigación.

El desbarrancadero (2003), en ella se describe la enfermedad y muerte de su hermano Darío. Presenta reflexiones sobre temas, como la enfermedad (sida), la crisis de la familia, la violencia cotidiana y la iglesia católica como mal social. La violencia es un elemento que constante que despliega la escritura de Fernando Vallejo. La historia

terrorista su patria y el odio por su madre se perciben como una huella imborrable de sus textos. Los cuales narran acontecimientos que se construyen como consecuencia inmediata de una época criminal y destructora.

En el año 2002, publica *La Rambla Paralela* donde relata la historia de los últimos días de un reconocido escritor quien pone en escena su propia muerte. Vallejo se permite juicios, recriminaciones y pronunciamientos en contra de intelectuales y políticos, sobre todos aquellos que considera se debe hacer justicia. En el 2004, escribe *Mi hermano el alcalde*, historia inspirada tanto en la figura de su hermano Carlos, alcalde, como rituales electorales sudamericanos. Igualmente encontramos *El don de la vida* (2010) se enfoca en un dialogo entre dos compadres que se reúnen en la banca de un céntrico parque de Medellín y hablan sobre la vejez, la muerte y el don de la vida, *Casablanca la bella* (2013) crónica de una mudanza directa al desastre, referida a una casa en ruinas en la ciudad de Medellín. La casa naufraga y al mismo tiempo el narrador está naufragando, *Llegaron* (2015) se trata de un relato de infancia, una especie de autoficción en la que un viejo escritor colombiano recuerda sus años más felices mientras regresa en avión de México a Colombia a morir repleto de añoranzas de sus juventud.

Vallejo también ha cultivado el ensayo, en 1983 publicó *Logoi*, una gramática del lenguaje literario, en el que se resalta puntos de vistas originales y críticos sobre el lenguaje, sus usos y sus límites, *La puta de Babilonia*, un ensayo histórico, extenso y prolijo en el que Vallejo expone sus críticas al cristianismo y a la iglesia católica. *Tautología darwinista* (1998) intenta refutar la teoría darwinista de la selección y adaptación como causas de evolución.

La búsqueda de la oralidad es una constante en todas las obras de Vallejo. De forma consciente y con argumentos academicista busca el enriquecimiento del lenguaje literario a través del habla. Para Giraldo (2006) “La vivificación del lenguaje literario a través del habla no solamente se reduce a sus procedimientos sintácticos sino también a la incorporación de los localismos de la tierra de la es quien nos habla “(p119). De este

modo, Vallejo mediante recursos estilísticos incorpora gran espontaneidad y oralidad que termina haciendo de la literatura una verdad.

Su actividad como director cinematográfico, anterior a toda a toda su creación literaria, dio como resultado la producción de tres películas, *Crónica roja* (1977) y *En la tormenta* (1980) ambas sobre la violencia en Colombia, a las que seguiría en 1983 *Barrios de Campeones* que relata la vida de un boxeador y sus dueños de triunfo.

No obstante, en cuanto a la prolífera producción literaria del escritor antioqueño, es interesante observar que Vallejo no mantiene una linealidad y temática constante en toda su obra. Ferrer (2020) afirma que “La novelística de Vallejo no se estructura a través de capítulos o guías reconocibles para el lector.”(p.100). Asimismo, hay novelas en las cuales no se observa una propuesta narrativa concreta y en donde apenas si ocurre algo. Para Díaz (2007) “Vallejo no propone al igual que los malditos que le precedieron, no propone alternativas reales sino que se limita a dejarse corromper por el fanatismo (de ahí que se hable de la <<educación del mal>>), destapando las verdaderas de Colombia, sus políticos, su iglesia,” (p.246)

La narrativa vallejana subvierte los límites de la ficción y la realidad, en un juego de verosimilitud. Destaca por la crítica directa sin circunloquios, reaccionaria. La autoficción está latente en su escritura, el “yo” y su madre patria sus constates en su producción literaria. Refleja una gran ausencia de futuro, de Dios y de esperanza. Es un escritor anacrónico que no cree en la humanidad, deposita una emocionalidad profunda por los animales, a quienes considera “su prójimo”.

La virgen de los sicarios y la violencia de los personajes

Enmarcada dentro de la instancia narrativa del sicario, se encuentra la obra *La virgen de los sicarios*, desarrolla su diégesis en la ciudad de Medellín, durante los años ochenta. Torres (2015) señala que la historia de Colombia ha sido atravesada por la violencia, la que se textualiza de manera hiperbólica en *La virgen de los sicarios*. Presenta un país que sucumbió ante la violencia producida por el narcotráfico y que transformó a Vallejo en uno de los escritores más reconocidos del fenómeno editorial que ingresó la figura del sicario a la esfera de acción de la narrativa colombiana, siendo *La virgen de los sicarios* una de las novelas más exitosas de este fenómeno literario. (p.33)

Explica que las causas de esta violencia responden a la corrupción de las instituciones gubernamentales y la pésima influencia moral de la iglesia católica. Ellas contribuyen a propiciar el desorden social y la presencia permanente de la violencia. Exacerbada por las migraciones de los campesinos pobres y violentos a la ciudad.

Uno en las comunas sube hacia el cielo, pero bajando hacia los infiernos. ¿Por qué llamaron al conjunto de los barrios comunas? Tal vez porque alguna calle o alcantarilla hicieron los fundadores por acción comunal. Sacando fuerzas de pereza. (Vallejo, 1994: 29)

Fernando deja clara su posición en cuanto a la realidad con la cual se encuentra después su larga ausencia, atribuyendo gran responsabilidad de la pobreza y la marginalidad reinante en su ciudad natal a los campesinos que emigraron a la ciudad, huyendo de los enfrentamientos encarnizados en la provincia, trayendo con ellos también la violencia. Así lo considera Fernando,” Los fundadores, ya saben, eran campesinos: gentecita humilde que traía del campo sus costumbres...robarle al vecino y matarse por chichiguas con el prójimo en peleas a machete”. (Vallejo: 1994:29).De este modo, explica los cambios más significativos encontrados, en especial el aumento de zonas humildes conocidas como comunas, espacios que fortalecieron la delincuencia,

desde su perspectiva, y de donde derivaron nuevas formas de delinquir, propiciado fundamentalmente por los acontecimientos sociopolíticos ocurridos en Colombia, durante su ausencia.

Durante el desarrollo de las acciones violentas que se comenten durante el desarrollo argumentativo, Fernando acompaña por la ciudad a los jóvenes en la ejecución de los homicidios sin mostrar rechazo alguno. Algunos críticos coinciden en señalar que los jóvenes sicarios representan el alter ego de Fernando, el gramático: “Para eso están aquí los sicarios, para que sirvan, como las putas, y los contraten los que puedan pagar. Ellos son los cobradores de las deudas incobrables o no...Es la última ventaja que nos queda en este cuadro de desastres. (p.88).

Para el narrador las condiciones críticas de miseria y marginalidad se resuelven con el exterminio de los colombianos. Asoma así una visión genocida, apocalíptica, extrema para acabar con una de las causas que a su juicio es uno de los grandes males de su país natal. Por otra parte, cabe considerar que las acciones violentas de los sicarios durante el desarrollo narrativo no obedecen a ninguna posición ideológica al igual que los sicarios en el referente real. Lo que nos hace suponer que sus acciones se ejecutan sin un patrón definido de víctimas.

Durante el desarrollo narrativo no se aclaran las razones que motivan el accionar violento de los sicarios. Sin embargo, se observa la influencia que juega Fernando, en la violencia, cuando usa sus palabras para marcar a las siguientes víctimas de sus amantes. El narrador, Fernando, propone el crimen como salida, ante las condiciones indeseable de su lugar natal. Osorio (2013) considera que la obra *La virgen de los sicarios*, ofrece:

Una explicación fundamentada en las condiciones sociales y los desarrollos históricos de la violencia, la idea de una malformación genética, un dispositivo étnico, que transmite a los colombianos una orientación violenta y es la causa primera de la violencia y el caos social a que está condenada la sociedad colombiana. (p.161)

De este modo, la novela se construye como una apología de la violencia, de la cual resulta imposible escapar, por ser una predisposición con la cual los colombianos nacen y no tienen salvación alguna. La única solución es el exterminio de los colombianos. Opción que toma durante el desarrollo de la historia al no reparar los sicarios en asesinar mujeres, niños, taxistas, policías. Es así como Alexis, el primer amante de Fernando, asesina en los siete meses que tienen juntos a 250 personas. (p.76). Para Schlender (2012) estas formas de representación de la violencia son consumidas al mismo tiempo por los sicarios y por quienes los representan en sus obras de ficción. (p.105)

De este modo, como el oficio desempeñado por los jóvenes sicarios encuentra cobijo en las metrópolis y se convierte en el escenario perfecto para la pasión y la violencia. Es precisamente la ciudad el medio de la violencia urbana, donde los sicarios Alexis y Wilmar dan rienda suelta a su ira y a su ímpetu, y ejecutan acciones truculentas, sin discriminación alguna de sexo, edad o condición; mientras Fernando los acompaña en medio de una actitud de expectación, pasividad y complicidad:

Hombre vea, yo le digo, vivir en Medellín es ir uno rebotando esta vida de muerto. Yo no inventé esta realidad, es ella la que me ha inventado a mí. Y así vamos por sus calles los muertos vivos hablando de robos, de atracos, de otros muertos, fantasmas a la deriva arrastrando nuestras precarias existencias, nuestras inútiles vidas, sumidos en el desastre. (Vallejo, 1994:76)

Precisamente, es en el ambiente ciudadano donde los jóvenes sicarios se desplazan temerariamente y de forma repetida (primero Alexis, luego Wilmar) por las calles de esta urbe colombiana, en compañía de Fernando, su amante

Cuando al maduro amante le incomoda la actitud o la mera presencia de alguien en las calles, sus amantes, actúan prontamente para aliviar su malestar y desatan todo su ímpetu sobre su víctima. Sin el menor remordimiento ni vacilación, la ejecutan. Dentro de las víctimas marcadas por Fernando, destaca de la un punkero, a quien Alexis asesina sin piedad alguna, con la complicidad implícita del maduro escritor.

No obstante, dentro de la diégesis de la obra, la violencia es presentada como un mal necesario, al que hay que acudir, para lograr el orden. De este modo, Fernando,

reflexiona ante el hecho ¿De quién es el pecado de la muerte del hippie? ¿De Alexis? ¿Mío? De Alexis no porque no lo odiaba así le hubiera visto los ojos. ¿Mío entonces? Tampoco. Que no lo quería, confieso. (Vallejo, 1994:32). En esta ocasión, Fernando trata de analizar lo ocurrido, después de manifestar a Alexis la molestia que le ocasionaba su vecino, el punkero, con su estruendosa música. Al comentárselo, Alexis le respondió “Yo te lo mato” lo que le causa remordimientos y sentimiento de culpa, al este cumplir su palabra de asesinarlo. Sin embargo, Fernando en los siguientes cientos de asesinatos que llevan a cabo no le ocurre lo mismo, por el contrario, se adapta y hasta justifica las muertes que causan Alexis y Wilmar.

Primero con Alexis y después de su asesinato, Fernando con ambos sicarios va transitando por la ciudad y considerando el exterminio y la violencia como las opciones más eficaces ante el inmenso caos de impunidad que vive Colombia. En este sentido Fernando reflexiona “¿Estuvo bien este último “cascado” de Alexis, el transeúnte boquisucio? ¡Claro que sí, yo lo apruebo! (Vallejo: 1994: 41). Fernando, justifica el proceder violento de Alexis, el joven sicario y de forma “casi inocente” marca a sus víctimas, considera que no posee responsabilidad alguna.

Asimismo, ve en los sicarios, mesías que restablecerán el orden y la justicia para él decadente y ausente en su país natal. En este sentido, Fernando percibe en “Wilmar estaba radiante...Mi niño era el enviado de Satanás que había venido a poner orden en este mundo en que Dios no puede.” (Vallejo: 1994: 99). Y en cuanto a Alexis, lo refiere como “Sin alias, sin apellido, con su solo nombre, Alexis era el Ángel Exterminador que había descendido sobre Medellín a acabar su raza perversa.”. (Vallejo: 1994:55).De este modo los sicarios son idealizados en la óptica de Fernando, su amante maduro. Podría además considerarse que las acciones de los sicarios, las justifica fundamentado en la impunidad reinante en las instituciones del Estado al no promover ni establecer el orden y la cordura necesaria en el contexto social colombiano, decadente.

En este sentido, Fernando refiere “La ley debe castigar el delito. ¡Pero cuál ley, cuál delito! Delito el mío por... no andar instalado en el gobierno.... El que no está en el

gobierno no existe y el que no existe no habla. ¡A callar! (Vallejo: 1994: 21). Ante esta realidad, colombiana, se considera a sí mismo con la fuerza moral, el justiciero que puede reconducir con sus amantes sicarios los males sociales y el destino de los ciudadanos en la gran ciudad de Medellín, condenando a su país natal y a sí mismo. Igualmente declara que en “Colombia hay leyes pero no hay ley” (Vallejo: 1994: 83). En este sentido, Fernando da a entender que ante el vacío jurídico en la aplicación de la ley colombiana, toca entonces asumirla individualmente. Igualmente a lo largo de la diégesis señala las causas de la violencia irracional que atraviesa Colombia como producto de la descomposición social.

Señala como responsables a la totalidad de los actores sociales. Jueces, policías, gobernantes, punkeros, transeúntes, madres y muchos otros, quienes en realidad resultan víctimas y victimarios del destino de la violencia, la injusticia y la impunidad. Así lo describe Fernando “Basuqueros, buseros, mendigos, policías, ladrones, médicos y abogados, evangélicos y católicos, niños y niñas, hombres y mujeres, públicas y privadas, de todo probó el Ángel todos fueron cayendo fulminados por la su mano bendita, por la espada de fuego. Mediante el discurso narrativo de Fernando, voz narrativa, justifica los actos de crueldad mediante los asesinatos improvisados e injustificados de los sicarios que no responden a ideología ni reivindicación alguna, lo muestra en medio de la fascinación y la justificación, imprimiéndole grandiosidad.

Así lo representa Fernando “...sacó el Ángel Exterminador su espada de fuego, su “tote”, su “fierro”, su juguete, y de un relámpago para cada uno en la frente los fulminó.” (Vallejo: 1994: 55). En cuanto a las acciones de Wilmar “sacó el revólver y le propinó un frutazo en el corazón. El hombre-cerdo con vocación de pájaro se desplomó dando su ultimo silbido, desinflándose...” (Vallejo: 1994: 99). Se observa de este modo, el estilo del héroe épico, semejante a Aquiles a Odiseo, grandioso, emulado en el accionar de Alexis y Wilmar. Configurándose el sicario entre una fina línea de heroísmo e idealización, al conjugar cualidades características de seres sobrehumanos como valentía, sagacidad, arrogo y virilidad. Dignas de emular, ya que logran superar

cualquier tipo de obstáculo para alcanzar sus objetivos, mediante el ímpetu y la audacia. Para Pobustsky (2010) “El carácter apasionado y volátil del sicario, su oficio aterrador, su vida breve y trágica... y su constante proximidad con la muerte lo han elevado más allá del dominio de la experiencia humana en la literatura reciente.”(p.568). Resulta entonces evidente la conjugación de horror y fascinación de Fernando frente a los acontecimientos que van sucediendo ante la violencia de la gran ciudad. No obstante, se observa la distancia social e intelectual que establece Fernando con sus jóvenes amantes, mundo subalterno enlazado solo por la pasión que les despierta.

CAPÍTULO III

EL SICARIO Y LA NOVELA SICARESCA

*“Son cinco, tres atrás, dos adelante, nuestro hombre
está en la foto que le acabo de enseñar.”*

-Sicarios. Rubén Blades

El sicario colombiano

El sicario es producto de la transformación social y cultural ocurrida en Colombia, en especial en Medellín como consecuencia de la sucesión de acontecimientos políticos y sociales desencadenados a partir del siglo XX, para luego se extenderse a otros centros urbanos del país.

Debido a los niveles de conflictividad y violencia desatada en el interior del país, entre partidos políticos por la sed de poder. Lo que produce migraciones de campesinos a la ciudad y propicia condiciones de marginalidad, hacinamiento y pobreza. Además de favorecer el surgimiento de actividades delictivas relacionadas con el negocio de drogas y bandas criminales. Jácome (2006) afirma que:

En Antioquia, los traficantes se rodeaban de ex convictos y delincuentes adultos que protegían sus intereses. Los llamados “pistolocos” o “asesinos de la moto” cometieron cuantiosos asesinatos como ajustadores de cuentas en la zona antioqueña y constituyeron las bandas de jóvenes que aparecieron en la década de los ochenta. (p. 18)

Los “pistolocos” resguardaban y protegían el accionar de las organizaciones delictivas para proteger tanto la distribución de la mercancía que comercializaban como a sus líderes, ejecutando asesinatos, secuestros, violaciones y todo tipo de acto, que pudiera vulnerar o poner en riesgo o amenaza el funcionamiento de la organización de la cual formaran parte. Sin embargo, la particularidad de estos sujetos, era que no la

llevaban a cabo bajo una remuneración especial sino como parte de su accionar delictivo. Jácome (2002) refiere que las figuras de los llamados “pájaros” y el “camaján”, eran individuos que del mismo modo que los “pistolocos” cometían asesinatos. Ambos tenían una marcada influencia rural, provenientes de la lamentable época de la Violencia, colombiana.

Los referidos “pájaros”, se caracterizaron por ser grupos armados, (paramilitares) conformados mayoritariamente por habitantes y campesinos pertenecientes al partido conservador. Eran llamados de ese modo debido al nombre de su líder, Laureano Gómez, alias El cóndor, quien resulta depuesto de la presidencia del país por Gustavo Rojas Pinilla. Además, reciben ese apelativo, por sus habilidades en asesinar y huir rápidamente, “pájaros que vuelan”. No obstante, los sujetos que fungían como “pájaros”, no se dedicaban exclusivamente a esas prácticas como modo de subsistencia, ya que muchos de ellos, se desempeñaban en otros oficios y algunos inclusive ocupaban cargos públicos. En este aspecto, Rodríguez (2018) expresa que:

Dentro del periodo de 1946-1960, se destacaron grupos armados, como los “Pájaros” y los “Chulavistas”, quienes defendieron a ultranza las proclamas del Partido conservador, incluso, dándose a la tarea de eliminar sistemáticamente a sus adversarios políticos, en el contexto de un indeseable reconocimiento público de su saña, servicia y crueldad, presente en su modo de actuar (p. 6)

De este modo, se evidencia que la figura del “Pájaro” como delincuente ágil y habilidoso para cometer asesinatos se convierte en el antecesor más cercano a lo que es conocemos como sicario. Del mismo modo, Rodríguez (2018) afirma que los “Pájaros” son reconocidos, tanto por la historiografía de las disciplinas sociales, así como por las aportaciones literarias, en ser los pioneros en llevar a cabo acciones violentas. Igualmente, se afirma que la denominación “pájaro” habría surgido de la idea de hacer las cosas con rapidez, volando en el acto. En este sentido Jácome (2006) expone que la violencia impuesta por la mano asesina de los pájaros generó un drástico desplazamiento de las zonas rurales a la urbana con la consiguiente conflictividad social y la emergencia de los sesenta de zonas “subnormales” o “cinturones de miseria” en ciudades como

Bogotá, Medellín y Cali. (p.14). Lo que posteriormente fueron denominadas como comunas que albergaron gran cantidad de pobladores proveniente de las provincias que se establecieron en lugares no acondicionados.

¿El sicario víctima o victimario?

”... te voy a decir qué es un sicario: un muchachito, a veces un niño que mata por encargo... aquí los sicarios son niños o muchachitos, de doce, quince, diecisiete años, como Alexis, mi amor.”

Vallejo. (p.9).

Según lo afirma Schlenker (2012), el vocablo sicario:

Proviene del imperio romano donde se desarrolló una afilada daga llamada en latín sica, provista del tamaño ideal, para matar... Esta arma blanca dio lugar a llamar sicarius al oficio y sicarium a la persona encargada de asesinar a otra persona por orden o contrato. El sicario solía dirigir estos asesinatos contra los enemigos políticos de su amo. (p.14)

Posteriormente, el término fue acuñado en lengua italiana en el siglo XIV, mientras que al Castellano ha sido incorporado fundamentalmente en el habla latinoamericana, apenas en la segunda mitad del siglo XX a través del uso inicial en crónicas periodísticas.

Así, la figura del sicario resulta reciente en la historia de Colombia y de Latinoamérica. Para Schlenker (2012), el sicario es inseparable de un violento proceso de descomposición social y política del Estado-Nación, colombiana. (p.41). Por lo tanto, la acción del sicario está enmarcada en la violencia y en sus dimensiones social y política de naturaleza urbana. Van Der Linde (2016) agrega que un sicario es un asesino a sueldo que dispara con gran precisión desde una motocicleta de alta cilindrada en movimiento” (p.2). De esta forma ejecuta los asesinatos demostrando gran agilidad y precisión en su maniobrar, lo que le permitió alcanzar rápidamente visibilidad social, y adquirir, de esta manera, numerosos titulares en la prensa diaria en materia de sucesos y reportajes.

Vargas (1999) agrega que, al disparar desde la moto en marcha, el sicario mantiene el equilibrio apretando los talones contra la máquina, como los ijares de una montura. Lo que hace de su acción una demostración de agilidad y temeridad. Schlenker (2012) destaca también que el término “sicario” obedece ante todo a una intención periodística de diferenciar este tipo de práctica criminal de otras relacionadas con el mundo delincuencia. Jácome (2006) señala que los sicarios alcanzan visibilidad durante los años ochenta a través de los medios de comunicación que llamaron la atención sobre la juventud, del nuevo actor social inmerso en un proceso de desorden cultural, caos público y crisis de valores. (p.12).

Osorio (2013) por su parte señala que el sicario se define en esta acción: asesinar bajo estímulo de una remuneración económica. La violencia del sicario no se reduce solo a la acción violenta de asesinar, la dinámica del crimen se vuelve parte de su entendimiento del mundo... (p. 13). El sicariato entonces no se reduce solo a una acción, se convierte en una forma particular de relacionarse con su entorno social y familiar, se transforma en una cultura, en una forma de vida, guiada por comportamientos, formas de vestir y accionar. Schlenker (2012) afirma que lo que se sabe de la figura del “sicario real”, está estrechamente relacionada con lo que en los distintos productos culturales se dice del “sicario de ficción”. Confluyen así, fácilmente descripción y relato, análisis y narración. Lo que indica que la figura del sicario como referente real estará concebida por una gran porción del imaginario colectivo, de la ficción y viceversa, pues ambos se determinan.

El sicario surge como resultado del abandono sistemático de sectores de la sociedad colombiana y de la creciente corrupción de gran parte de la clase política, aunado con la marginalización social y económica. De este modo, se facilita el terreno para el surgimiento de una violencia instaurada al servicio de los carteles y de grupos armados.

Asimismo, la figura del sicario como nuevo actor social, despierta el interés para su estudio y sus implicaciones como nuevo actor social para la dinámica social. Para

Rengifo (2008) la figura del sicario es estudiada con verdadera seriedad sobre todo a partir de finales de los años ochenta, principio de los noventa como un fenómeno emergente. Lo que lleva a considerar una multiplicidad de factores que convergen en su estudio, entre ellos, las condiciones socio económicas, el contexto socio cultural en el que se desenvuelve y el perfil psicosocial, todo ello con la finalidad de entender el comportamiento humano del sicario, también conocido como el asesino de la moto o asesino a sueldo. Áreas como la sociológica, la psicológica, y la criminalística se abocaron a su investigación.

Por su parte, Musitano (2015) agrega que el sicario, en su interpretación sociológica es un hombre, en general menor de 25 años, heterosexual, drogadicto, marginado socialmente, que proviene de las comunas de Medellín y trabaja como asesino para ganarse la vida. Por su parte, Schlenker (2012) establece, las siguientes categorías motivacionales del sicariato: (a) Emotivo: guiado por impulsos como el deseo de venganza, el miedo, el resentimiento y el odio que debe aplacarse con el asesinato. (b) Didáctico: se asesina para dar un escarmiento o un aviso, a quien pudiera tener la intención de traicionar de palabra o de acto al poder, o incluso quien tuviera la intención de desafiar al poder. (c) Transformativo: es un crimen que altera el panorama político, jurídico y económico. De este modo, el sicariato se convierte rápidamente en un asesinato a la carta. Se establece un contrato implícito, entre el sicario, quien recibe el pago, y el autor intelectual, para perpetrar el homicidio. Resulta interesante concebir cómo, el sicario a pesar de ser quien perpetra el crimen, no siente remordimiento alguno. Para él, el remordimiento moral es de quien lo encarga, puesto que él solo da cumplimiento al trabajo ejecuta sin detenerse a analizar las motivaciones que impulsan su ejecución, que pueden oscilar entre razones pasionales, móviles políticos o rencillas personales.

Colombia es un país latinoamericano que ha estado política y socialmente involucrado en circunstancias generadoras de violentos enfrentamientos que han favorecido el incremento de grupos paramilitares, guerrillas, carteles de droga, pobreza,

prostitución, sicariato, entre otros. Los conflictos internos y el auge del negocio del narcotráfico abonaron el terreno para la práctica del sicariato. Aunado a las migraciones forzada de numerosos campesinos a la ciudad, debido a los constantes y sangrientos enfrentamientos entre los partidos conservadores y liberales, en disputas por el poder. En consecuencia, los espacios urbanos resultaron insuficientes para albergar a sus nuevos habitantes, ante la ausencia de una planificación urbanística, surgen las comunas o barriadas que se convirtieron rápidamente, en cinturones de pobreza y marginalidad donde imperaba el hacinamiento, la ineficiencia de los servicios públicos y la delincuencia. Propició el surgiendo de nuevas generaciones que crecían en hogares disfuncionales por la ausencia total o parcial de los padres o de un adulto significativo, debido al tiempo que debían dedicar a actividades laborales para la subsistencia. Por tales razones, muchos niños y adolescentes se hallaban carentes de orientación, de valores, de proyectos de vida y afecto. Frecuentemente, esto redundaba en la deserción escolar, reduciéndose en forma significativa las oportunidades de superación académica y/o profesional. Con opciones laborales solo a oficios básicos de poca paga que limitaba las posibilidades de cubrir las necesidades fundamentales para la subsistencia.

No obstante, el negocio de narcotráfico florecía y se nutría de la influencia de modelos violentos, que dominaban los barrios mediante la imposición de patrones de conducta, donde prevalecía la fuerza y la superioridad sobre el más débil o indefenso, sin consecuencia punitiva alguna. De este modo, la mayoría de estos jóvenes crecían en medio de la impunidad y carencias afectivas y materiales, esenciales para su formación y subsistencia como: alimentación, ropa, calzados, hogar y ausencia de atenciones, orientaciones y cuidados familiares.

El sicariato se convierte en una alternativa atractiva para muchos de los adolescentes colombianos, sobre todo para los provenientes de sectores de bajos recursos económicos de Medellín, como una forma de obtener dinero, además de estatus y reconocimiento en el barrio donde habitaban y deberían sobrevivir. En estas condiciones los líderes de los carteles de la droga y las bandas delictivas convertían estas

circunstancias a su favor para ofrecer opciones tentadoras a los jóvenes, seduciéndolos con imaginarios de poder, dinero y placer, a través de la ejecución de acciones criminales. Schlenker (2012) agrega que:

Para la gran mayoría de los habitantes de las comunas de Medellín, la presencia del Estado se desdibujaba bajo la gigantesca sombra del poder económico y armado del cartel. La comunidad no percibirá los escasos esfuerzos del Estado como intento real por desarrollar determinadas zonas marginales: el Estado volvió a desentenderse de las comunas, sin hospitales, centros recreativos y suficientes cupos escolares. ”. (p.49)

Los habitantes, en su mayoría provenientes del campo, no hallaron suficientes oportunidades en la ciudad, debido en gran parte al colapso urbanístico y a la ausencia de políticas de Estado para subsanar el caos urbanístico y social existente, lo que provocó aglomeraciones de personas en espacio que no contaban con las condiciones mínimas para facilitar la calidad de vida de sus habitantes. Esto favoreció el surgimiento de la pobreza extrema, la delincuencia y el auge de la prostitución. En este sentido, Jácome (2006) refiere que, a través de la violencia, algunos jóvenes de sectores populares buscan el reconocimiento de un estado excluyente que no les proporcionaba oportunidades de inserción en campos laborales y/o académicos acordes con sus realidades. Asimismo, Schlenker (2012) señala que el joven sicario es un excluido de las oportunidades de realización personal (educación, cultura, arte, deporte) y además de los espacios de consumo o de entretenimiento como factores primordiales para su consolidación, lo que hace que se constituya en figura marginal de la sociedad colombiana.

Este panorama propicia las condiciones para que los jóvenes opten por caminos que le podían resultar más inmediatos en respuestas a sus necesidades y deseos de disfrute. Ante las condiciones anteriores Jácome (2006) considera que por esto las bandas reemplazaron a instituciones como la familia, la Iglesia y la escuela, y es en las bandas donde el joven sicario encuentra un mundo en el cual insertarse y configurar su personalidad: son ellas las que dictan las normas que siguen la mayoría de jóvenes de las comunas. Así, dentro de esta subcultura surgen los prototipos morales y los héroes a

imitar, especialmente los personajes de las películas de guerra, los ídolos deportivos y los capos de los carteles... (p24). Estos últimos acogían a los muchachos desorientados, sin objetivos claros de superación profesional y personal y albergaban en ellos sentimientos ilusorios de pertenencia a un colectivo que supuestamente los acobijaba, pero realmente los utilizaba. En este sentido Osorio (2003) refiere: “Los jefes narcos entraron a reemplazar la figura del padre en los hogares monoparentales” (p.85)

Schlenker (2012) sostiene que la práctica del sicariato no puede considerarse como una expresión propia de las culturas juveniles sino como una forma de violencia que remite directamente a intereses económicos de carteles y grupos armados. (p.77). Jácome(2006), por su parte, igualmente afirma que la figura del sicario, no emerge como resultado de una lucha nacida de clases ni enraizada en un deseo de reivindicación social, más bien en medio de una violencia en las que los jóvenes destruyen a sus coetáneos...(p.). Como una forma de sobrevivencia, que no genera en ellos culpa alguna ya que solo lo conciben como una forma de subsistir, de mantenerse en un medio que le es hostil, ausente de conciencia para entender lo determinante de su proceder. Ante el abandono total o parcial de la familia y del Estado, en ofrecerles otras alternativas que lo insertara en opciones deportivas, formación en oficios que le permitirán asimilarse en campos laborales, talleres de formación artística o cultural. Lo anterior nos permite advertir que las acciones delictivas que llevan a cabo los sicarios no obedecen a componentes ideológicos o reivindicatorios. No obstante, para mantenerse en el mundo sicarial requieren exhibir gallardía, astucia y valentía para conquistar la aceptación, respeto y admiración, de otros sicarios y de sus adversarios.

Por su parte Osorio (2013) del mismo modo, señala que las principales causas de la conformación de estos nuevos actores sociales, giran en torno al deterioro de la familia y la sociedad, la primera por el profundo relajamiento moral que diluye valores fundamentales como lealtad, el respeto, la honestidad, la dignidad y la vida humana y segundo lugar la sociedad por ofrecer a través de las políticas de Estado un sistema escolar deficiente y violento, así como corrupción, desorden y descomposición social.

Lo que promueve la formación de sujetos que conciben la violencia como un remedio a la injusticia social de la cual se consideran producto. De este modo, se convierten en jóvenes que no visualizan opciones de superación ni proyectos de vida en otros ambientes.

Jácome (2006) afirma que los rasgos fundamentales que giran en torno a la construcción del sicario son: la religiosidad, lo lingüístico y lo grupal como parte de su cultura sicarial.

La religiosidad, efectivamente va a representar uno de los rasgos esenciales de la concepción del sicario colombiano y por consiguiente de los personajes sicarios en la obra. Pulido (2010) por su parte, considera que a través de su discurso, la Iglesia ha venido autorizando ciertos comportamientos y desautorizando otros. Es más, sin que la misma Iglesia se pronuncie en cada momento de la cotidianidad colombiana, los individuos apelan al discurso religioso para legitimar o deslegitimar comportamientos (p.28). Es de este modo, como en el desarrollo del hilo narrativo, el sicariato se muestra como una cultura, definida por un conjunto de prácticas, rituales y creencias.

La devoción religiosa se propagó de tal manera en Colombia que seguidores de la iglesia católica elevaban sus plegarias y oraciones por diferentes causas, unos en busca de socorro ante los peligros, otros en especial los sicarios en la búsqueda de la protección divina para asesinar y huir. Paulatinamente se fueron instaurando prácticas y/o rituales como formas de alcanzar la protección divina. Algunos consistían en que los sicarios antes de salir a trabajar, debían hervir las balas en agua bendita y rezarlas para no fallar al momento de disparar. Otro en portar tres escapularios, en el cuello, en la muñeca y en el tobillo. Igualmente tomar café con pólvora para calentar los nervios o injertar en la piel de los brazos un Cristo de oro con la creencia de que las balas no le van a entrar. De este modo, en medio del riesgo de su oficio confiaban que estas prácticas podrían protegerlos para escapar con bien de la mano de la ley y de los

carteles enemigos, es decir, que los reguardaba de venganzas y ejecuciones por bandas contrarias.

De acuerdo al diario El Imparcial, de abril 2009 Pablo Escobar Gavidia, el cabecilla del sangriento Cártel de Cali fue uno de los más fervientes seguidos de la Virgen María Auxiliadora . Él a lo largo de su vida, al igual que sus colegas narcotraficantes, demostraron fe incondicional de buen creyente que contrastaba con su historial delictivo [m.elimparcial.es>noticia>américa]. Jácome (2006) por su parte afirma que gracias a una labor realizada no por la iglesia católica sino por narcotraficantes hubo un florecimiento de la religiosidad popular, visible en cultos a la Virgen y a varios santos, peregrinaciones y uso de amuletos. (p.16) Este escenario permitió que la iglesia sirviera indirectamente de medio para hacer llegar dádivas de parte de los narcotraficantes a los de más escasos recursos y la vez intensificar la devoción religiosa.

Lo que desencadena en el colectivo de la sociedad colombiana, una ambivalencia moral y ética entre los modelos a seguir, en especial por parte de los más jóvenes y necesitados, al constituirse Pablo Escobar, “El patrón”, como una de las figuras más controversiales de la cultura colombiana. Por una parte, aliviaba las necesidades de los habitantes de las comunas haciendo obras de caridad como: canchas de fútbol, iglesias, casas para personas de bajos recursos, repartición de dinero para los pobres, patrocinó equipos de fútbol, etc. Con recursos económicos provenientes del mercado ilegal de la comercialización de droga. Por otra parte, los abofeteaba reclutando jóvenes humildes para alinearlos en las filas del narcotráfico, de las bandas delictivas y el sicariato. En este sentido, Osorio (2013) afirma que los narcotraficantes, incluso establecieron y financiaron escuelas para la formación y entrenamiento de sicarios en Colombia, y algunos sicarios se convirtieron en narcotraficantes. (p.14). En esos espacios hallaban refugio, alimentos y entrenamientos, en muchos casos por parte personas que formaron parte de cuerpos de seguridad del estado como: policías, guardias, escoltas, miliares, etc. Quienes comenzaron a organizar las primeras bandas a las cuales luego se sumaron

jóvenes de Medellín, cuyas primeras misiones era eliminar funcionarios estatales y gubernamentales que interferían en los propósitos de los capos del narcotráfico.

Todo ocurría ante la indiferencia o anuencia del Estado colombiano al no propiciar planes sociales que palearan las necesidades de la población más necesitada y desatendida. Aunado con las condiciones de desprotección y abandono familiar, social y estatal, el delito se constituye en el único camino que encuentran los jóvenes para sobrevivir. Tal situación favoreció que el negocio del narcotráfico debilitara cada vez más a las instituciones del Estado y se consolidara más en el rol de la Iglesia católica en la sociedad colombiana. Jácome (2006), señala que:

Los escapularios, especialmente los de La Virgen del Carmen, San Judas Tadeo y el Divino Niño, adquirieron la función de talismanes: uno en el cuello para protegerse de la muerte; otro el de la muñeca para mantener la puntería; otro en el tobillo para escapar de la justicia. (p.22)

La iglesia católica alcanzaba mayor visibilidad, al acercarse a gran parte de la población colombiana que buscaban refugio y esperanza. Así, a muchos creyentes le resultaba más sensato encomendarse a la espiritualidad católica que seguir confiando en instituciones sociales terrenales que no les brindaran respuestas a sus necesidades inmediatas. De este modo, muchos capos y sicarios, comenzaron a identificarse y a participar en actividades litúrgicas. Estableciendo de manera implícita la vinculación benefactora de la iglesia con el amparo y protección, sin discriminación ni cuestionamiento de la intención de los favores solicitados. Lo que favoreció la vinculación estrecha con la cultura del sicariato mediante, símbolos, imágenes, rituales y ceremonias. En este sentido, Osorio (2003) señala

El sicario ve la religión como algo que lo protege más no como una forma de regulación moral. Ya los traficantes habían discriminado esta idea al encomendar sus grandes embarques de droga a María Auxiliadora o al Señor Caído, el éxito de estas empresas elevó el prestigio de las figuras religiosas en los estratos sociales populares. (p.20).

Queda de este modo claro, que el discurso religioso cuenta con una enorme persuasión sobre los colombianos. La religiosidad se conforma como una de las devociones más populares para la búsqueda de la fe y la confianza espiritual. La veneración a la Virgen María Auxiliadora se conforma como parte de la cultura del sicariato y de las organizaciones al servicio del narcotráfico y de grupos armados.

Aspecto, que se pone de manifiesto en el desarrollo del hilo narrativo de la obra, *La virgen de los sicarios*, (1994) por parte de Vallejo, en la construcción de los personajes sicarios ya que tanto Alexis como Wilmar, portaban escapularios, según la creencia sicarial para librarlos de los peligros, en el cuello, en la muñeca y el tobillo como formas de protección celestial. Vallejo (1994) "... quedó desnudo con tres escapularios, que son los que llevan los sicarios: uno en el cuello, otro en el antebrazo, otro en el tobillo y son: para que se les den el negocio, para que no le falle la puntería y para que le paguen". (p.16). Los sicarios amantes de Fernando, participan igualmente de las otras prácticas religiosas al realizar los recorridos por los templos al lado de su maduro compañero, quien poseía vastos conocimientos sobre las iglesias, además asisten a las procesiones, piden la protección a la Virgen aunque, Fernando por otro lado realiza una crítica implacable a la iglesia y a Dios.

Por otra parte, la cultura sicarial propicia a su vez, transformaciones socioculturales reflejadas en los modos de abordar la realidad emergente a través del uso del lenguaje. Jácome (2006) afirma que un oficio constante de las bandas es crear y recrear el lenguaje. De esta forma, los jóvenes sicarios han hecho acopio del lenguaje heredado del "camaján" y en su idiolecto llamado parlache. (p.25). De allí surge el "parlache" como forma de habla popular, en ciertas zonas de Medellín, en especial en las barriadas o comunas asociado al contexto hamponil, derivando así, en una modalidad lingüística. Por su parte Medina (2009) considera que el llamado parlache se ha visto emerger de la popularidad de un lenguaje diseminado en las

clases populares por la admiración de que han gozado los narcotraficantes, el cual, a su vez, es reflejo de una nueva estructura del poder económico, político y social que pone al descubierto la ineficiencia del poder central. (p.66). Por consiguiente, se podría considerar que el surgimiento del parlache como dialecto expresa los valores surgidos en las comunas de Medellín en relación a la vida, la muerte, la violencia, lo religioso y las relaciones entre los individuos.

Vallejo desde su voz narrativa, muestra un corpus significativo del léxico utilizado por los sicarios de Medellín durante los años ochenta. Aunque marca una separación discursiva, entre su lengua académica e intelecto y el casi analfabetismo de sus jóvenes amantes. Esto se observa en la voz de Fernando cuando expone: “No habla español, habla en jerga argot o jerga. En la jerga de las comunas o argot comunero que está formado... de una serie de vocablos y giros, feos, para designar ciertos conceptos viejos: matar, morir, el muerto, el revólver, la policía...” (Vallejo: 1994: 23). De este modo el autor enfatiza el argot de las comunas. Asimismo, Schlenker (2012) afirma que:

“El parlache reproduce las maneras de hablar de los jóvenes de los barrios populares de las comunas de Medellín de los cuales ha salido una cantidad considerable de sicarios al servicio de los grandes carteles, los grupos paramilitares, las mafias locales o los grupos de delincuencia común.”(p.15)

Efectivamente, Alexis y Wilmar hablan la jerga de las comunas, constituida por la creación de nuevas palabras que en muchos casos hacían referencia a nuevos insultos y marcados errores gramaticales. Para Musitano (2015) “la degradación que sufre el español equivale directamente al derrumbe de la nación. (p.164). De este modo, Vallejo integra no solo las costumbres y expresiones propias de los jóvenes habitantes de Medellín, a finales del siglo XX sino el lenguaje derivado de la cultura del sicario. Osorio (2013) por su parte considera que en la obra *La virgen de los sicarios*, la presencia del parlache se reduce a algunas expresiones con las cuales el narrador entra

en conflicto y que están al servicio de demostrar, por la vía de la exhibición de la degradación del idioma, la descomposición social de las comunas y las consecuentes superioridad del narrador. (p.10). Asimismo, Osorio (2013) afirma que “Este idiolecto también se ha nutrido de vocablos del lenguaje carcelario y de expresiones del lunfardo que habían mantenido vivas en la cultura popular gracias al tango y al culto a Gardel que por años se ha profesado en Antioquia.”(p.58).Lo que se evidencia que el parlache guarda una estrecha relación con la violencia, con la vida en los barrios, las armas, y la fugacidad de la vida de los sujetos marginados. Considerado su uso entre los jóvenes sicarios para fortalecer los lazos de pertenencia a las comunas y ser aceptados en el contexto de la cultura sicarial.

Fernando trasgrede los límites de su condición intelectual, academicista para acercarse a su amantes sicarios, como una forma de salvar el umbral que los separa. Sin embargo, desde su posición academicista lo acoge, para traducir la voz marginal y sugerir la oralidad.

El derroche de juventud, ímpetu y sexualidad se convierte en la motivación para cruzar ese puente que le permite conectarse a las condiciones culturales, sociales, económicas y políticas de la sociedad colombiana emergente con la cual se ha encontrado, luego de 30 años de ausencia. Jácome (2006) afirma que la inserción del parlache en el habla cotidiana, y en la narrativa de ficción, simboliza una ruptura irremediable entre el pasado tradicional y un pasado caótico imposible de controlar, aun al nivel de la enunciación misma. (p.66). De este modo, Vallejo al construir la diégesis de la obra representa una sociedad que ha que se debate entre lo marginal y lo moderno, entre la ficción y la realidad.

Vásquez, García, Padrós y Sahagún (2016) exponen que en América Latina se identifican fundamentalmente dos tipos de sicarios. El primero se refiere al sicario inmerso en la estructura del crimen organizado, al servicio de los intereses y órdenes del cartel. El segundo, es el sicario autónomo que, por el contrario, no se encuentra al

servicio de ningún grupo criminal. Es un individuo que se dedica al homicidio por contrato de manera casual, él mismo pacta las condiciones del encargo. (p.99). Es así, como el sicario como actor social alcanza visibilidad para establecer formas de contratación sicarial, guiadas por la remuneración económica. De este modo, la escasa presencia del Estado en determinados espacios del territorio colombiano posibilitó el esparcimiento y proliferación de grupos armados y carteles de la droga. En este sentido Schlender (2012) explica que en el caso de Medellín los carteles de la droga pasaron a ser un Estado menor de un Estado mayor. (p.52). De este modo, los grupos armados se fortalecían mientras que las autoridades gubernamentales y las instituciones del Estado hacían poco a nada para controlar el aumento de deserción escolar, la criminalidad y la impunidad.

Asimismo, los jóvenes delincuentes además de entrenarse en el oficio de asesinar, se sentían parte de una organización que los aceptaba y los acogía. Por tal razón estaban orientados y comprometidos a garantizar la protección del cartel y ejecutar las ordenes que los capos, que oscilaban desde asesinar a importantes personalidades de la vida pública colombiana tales como: ministros, disputados, líderes y dirigentes políticos, militares, encargados de medios de comunicación o cualquier otra persona que denunciara los estragos del narcotráfico o entorpeciera las operaciones.

Los asesinatos encomendados y cumplidos se veían recompensados en ascensos a cargos que le proporcionada poder, aunque conllevaran mayor riesgo y responsabilidad. Particularmente, se estima que con la presencia de Pablo Escobar, conocido capo de la droga, en Medellín, se incrementó significativamente el auge del sicariato y con él, el uso del término “sicario”. Sobre todo, por el aumento de ajuste de cuentas, entre líderes de las bandas de narcotraficantes por el dominio de los mercados o por el auge de sicariato en diversos sectores de la sociedad colombiana.

Se estima que en Colombia la ejecución de “... 623 atentados que dejaron alrededor de 402 muertos y 1710 heridos son adjudicados al Cartel de Medellín que lideró Pablo Escobar, en la época de mayor violencia narco en la historia de Colombia.”

De este modo, los capos de las organizaciones delincuenciales atraían a los casi niños y jóvenes a formar parte de los carteles, seduciéndolos con imaginarios de dinero y poder.

En este sentido, Serrano (1996) agrega que una de las facetas de estas violencias es la reafirmación de la masculinidad del sicario, quien debe obedecer a determinados códigos que abalan y ratifican el poderío: armas, tatuajes, y motos son algunos de los rasgos de virilidad de estos asesinos. Uno de los rasgos fundamentales de los sicarios, lo constituye la masculinidad y la demostración de temple y brío para llevar a cabo sus objetivos como sicario.

La sicaresca, para una definición del género

El término novela “sicaresca” ha propiciado interesantes debates desde la academia por parte de críticos y escritores, al considerar la pertinencia o no de dicha denominación. El-Kadi (2007) afirma que para la literatura de ficción que se ocupa del tema de la violencia asociada al narcotráfico y al sicario han surgido por parte de la crítica las siguientes designaciones: “ a) La sicaresca colombiana (Ernavon der Walde) b) Novela sicarial colombiana (Camila Bonnet) c) La narco- novela (Chole Rutter) d) Narco-narrativa (Fonseca) e) Narco-realismo. “(p.38). El término como resulta evidente no alcanza consenso, sino que se diluye en diferentes visiones y formas de entender la narrativa en torno al sicario. Por lo tanto, no se logra construir unanimidad para el establecimiento de parámetros precisos que incluyan aspectos formales, estéticos y literarios

Ello como consecuencia de la improvisación a la que apeló el escritor y novelista colombiano Abad Faciolince en su artículo, titulado “Estética y narcotráfico” (1995) para referirse a la corriente narrativa en torno al sicario, como figura emergente del contexto colombiano. Osorio (2013) afirma que “Se refiere al termino delimitado por él como una enfermedad que sufre la literatura y al sicario como una peste de la ciudad que él ha padecido, pero a la que no le canta.”(p.5).Desestima su valor literario,

argumentando la excesiva violencia en la temática central, aspecto que rechaza enfáticamente.

Sin embargo, Diaconu (2012) aclara que “la denominación en forma despectiva de “sicaresca” por parte de Abad Faciolince no responde a un criterio consensuado sino a una reflexión espontánea, casual, durante una entrevista.” (p.224). Explica que el espacio para demostrar la definición de un género no puede reducirse al aspecto temático. Según la apreciación del referido autor, Héctor Abad Faciolince, no propone el término “sicaresca” como producto de un análisis, sino que surge de modo improvisado, por objetar las obras narrativas con temas truculentos, pero no asume claramente en una postura literaria al respecto.

Por su parte, Osorio (2013) afirma que en el artículo escrito por Abad Faciolince del cual surge el término “sicaresca” se hace una crítica a la cultura del narcotráfico que, a juicio del autor, ha hecho visible y ha generalizado una estética cuyo “mal gusto es un vicio nacional” y cuyas características centrales en lo literario, el gusto por la truculencia, y en lo pictórico la pasión por el exceso, serían influencias mafiosas. (p.26). Faciolince expresa en forma despectiva estas consideraciones y vincula el término sicaresca con la novela picaresca española, género del Siglo de Oro, en donde el protagonista se caracterizaba por ser un pícaro de muy baja condición social. De este modo, se crea un juego de palabras que transforma de “picaresca” a “sicaresca” y relaciona ambas expresiones desde la perspectiva de jóvenes con condiciones de precariedad económica que incursionan en la realización de acciones fuera de la legalidad, en ambos casos los protagonistas aspiran mejorar sus condiciones de vida incursionando en el mundo del delito, como una forma de sobrevivir en un contexto adverso, con pocas oportunidades.

Jóvenes descendientes de familias ausentes o disfuncionales, de padres marginales o excluidos socialmente. De este modo, el punto de convergencia entre la sicaresca y la picaresca es la recreación de un personaje cuya juventud, inexperiencia, pericia y agilidad para engañar o trasgredir las normas, lo definen y lo convierte en

antihéroe. Lander (2007) considera que “... aunque se trate claramente de productos de violencias históricas distintas, en ambos géneros los personajes adquieren la condición metonímica del sujeto urbano socialmente marginado”. (p.167). En ambas narrativas se observa una responsabilidad implícita o explícita asignada a la sociedad en general y al derrumbe de los valores tradicionales. Los jóvenes delincuentes son vistos con “cierta benevolencia y tolerancia” tanto en una como en la otra tendencia literaria.

La novelística en torno al sicario ha capturado la imaginación literaria para entrar como protagonista en la novela y conformar un género narrativo. Asimismo, mucha de esta narrativa se detiene en describir el contexto de los barrios o comunas colombianas, así como de la ciudad y modelos violentos cuyo poder radica en la fuerza y la superioridad sobre el otro. Asimismo, Rengifo (2008) señala que “los jóvenes sicarios son representado con escolaridad inconclusa o no iniciada, con ideales de tener ropa y zapatos de última moda, deseo de ayudar a su familia, y su sentido de vida se encuentra en el presente”. Igualmente, Jácome (2006) agrega que “Los contenidos temáticos de la novela sicaresca influyen nexos entre los traficantes de droga y los jóvenes asesinos en los cuales el sicario aparece como objeto de culturas heredadas del narcotráfico (p.167). El sicario en la literatura con referente a la realidad generó una serie de imaginarios que tras ser recogidos y reforzados por los medios, migró hacia las ficciones de la literatura colombiana.

Para los efectos de la presente investigación se tomará el término “sicaresca” por considerar que se enmarca dentro de la temática del sicario, sin profundizar en elementos de fondo. En cualquiera de los casos la obra objeto de nuestra investigación *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, publicada en Colombia es estimada altamente por su valor estético literario. Teóricos en la materia del sicario tales como: Jácome, Schlenker, Van Der Linde, Walde y Osorio la consideran como una de las mejores logradadas y todos concuerdan en considerarla como iniciadora del corpus. Es importante acotar que la primera obra literaria considerada dentro del corpus es *El*

sicario de Mario Bahamon Dussan (1988), no obstante, no fue bien acogida por la crítica por su insuficiente valor literario. Jácome (2006) dice que:

La novela de Bahamón Dussán pasó desapercibida para la crítica, no sólo por haber tenido una edición bastante limitada, sino también por su escaso trabajo con el lenguaje, su manejo poco original de la técnica del *flashback*, por ahorrarle trabajo al lector al saturarlo de explicaciones, por los constantes juicios morales del narrador y el tono amedrentador con que apela al narratario. (p.9)

De este modo, la obra de Dussán da inicio a la producción literaria cuya diégesis se centra en la temática del sicario, abonando el camino para nuevas propuestas narrativas colombianas. Dentro de las cuales se podrían mencionar como las más destacadas: *La virgen de los sicarios*. (1994) de Fernando Vallejo, *Morir con papá*. (1997) de Oscar Collazos, *Rosario Tijeras* (1999) Jorge Franco y *Sangre ajena* (2000) Arturo Álape. Obras narrativas que caracterizan su diégesis por los rasgos de violencia y muerte como elementos constitutivos de su cotidianidad y naturaleza. Los jóvenes asesinos viven intensa pero brevemente sus vidas. En general están vinculadas a la redes del narcotráfico, aunque no se alude directamente al tráfico de cocaína.

Las obras enmarcadas en el género sicaresco han sido merecedoras de reconocimientos y galardonadas por la academia, además de ser traducidas a diferentes idiomas y algunas de ellas llevadas al cine.

Jácome (2006) aclara que la novela sicaresca no nace como resultado de una literatura nacional, sino que emerge en una arena sociocultural donde convergen factores regionales, nacionales y globales unidos por el problema de las drogas ilegales. (p.12). Se considera herencia de la época rural colombiana en donde surgen un tipo de delincuente como el “pájaro” el “camaján” y “los pistolocos”.

Podría de este modo pensarse que además de las condiciones particulares del contexto colombiano el fenómeno del sicariato y su derivación literaria está entretejida con las condiciones regionales y globales que exacerbaban la aparición y fortalecimiento del sicario como fenómeno social, en Colombia. Asociado a la consolidación del

negocio de la droga y las condiciones de vulnerabilidad que propició la violencia como resultado de las condiciones sociopolíticas

Es así, como la perpetración de hechos delictivos por parte de jóvenes a bordo de motos, en creciente aumento, enciende las alarmas de la atención social, y alcanzan visibilidad a través de los principales medios de comunicación. Por tal razón, los más destacados estudiosos del sicario como: Schlenker, Jácome, Osorio y Van Der Linde y otros, coinciden en admitir la poderosa influencia que ejerció la noticia periodística, en donde el sicario, como un nuevo actor social, adquiere visibilidad social. De este modo, la práctica delictiva del sicariato rápidamente es conocida en los diversos sectores de la sociedad, produciendo en ellos un profundo temor de convertirse en sus víctimas. Jácome (2006) agrega que el sicariato adquiere gran protagonismo en las páginas de los diarios y de los noticieros en la novela y en otras formas híbridas...

Es solo hasta la aparición de la novela sicaresca en los años noventa cuando el joven sicario entra como protagonista en la literatura. Por su parte Osorio (2009) afirma que la novelística atinente al sicario cobró una dimensión de espanto al final de los ochenta durante la entronización del narcotráfico en la vida de la nación, y muy pronto fue objeto de atención en la literatura colombiana. Así mismo, mucha de esta literatura se detiene en describir el contexto de los barrios o comunas colombianas, así como de la ciudad y de reflejar la transformación social y cultural que este fenómeno produce en la población colombiana.

CAPÍTULO IV

HOMOSEXUALIDAD, LITERATURA Y NOVELA DEL SICARIO

*"El orgullo de Don Andrés,
por ser varón."*

-El gran varón. Willie Colón.

Si lo masculino y lo femenino varia culturalmente, los patrones de la masculinidad se enmarcan directamente en la perspectiva del ser hombre como: fuerte, agresivo, intrépido, seguro y violento; por su parte la feminidad se polariza con la idea de concebir a la mujer como: complaciente, ingenua, delicada y maternal así, los hombres deben formarse fuertes, impetuosos y decididos. Dichas condiciones enfocan el pensamiento del género bajo una orientación restrictiva de la dualidad sexual y ejercen presión social en los individuos para ser aceptados, admitidos y reconocidos en los diversos contextos en los cuales se desenvuelven. Lo que intimida la esencia individual, al cercenar sus verdaderos deseos y formas de sentir. Para García (2005) la división biológica que traemos conlleva diferencias reproductivas pero no diferencias actitudinales, normativas, conductuales o de roles. Todo ello es producto de la asignación social. La identidad de género es... la base de lo que culturalmente se entiende por hombre o mujer. (p.71)

Sin embargo, la noción de género conlleva consigo no solo el cuerpo sino la identificación del individuo con este y la forma como participa en las relaciones sociales y culturales. No obstante, se considera solamente aceptable las relaciones entre personas de sexos contrarios como patrón ordenador de las relaciones afectivas y eróticas entre los individuos, atendiendo prioritariamente a la procreación y

reproducción. Se instaura en forma implícita modelos restrictivos de relaciones entre las categorías de género. Se reprime de este modo otras maneras de relacionarse entre los individuos por temor a exponerse al repudio o exclusión. Por tanto, deciden encubrirse en fachadas heterosexuales que les encajan en los contextos sociales, familiares y laborales.

Por su parte, la filósofa estadounidense Judith Butler, partiendo de postulados teóricos de Michel Foucault, entre otros, germina el camino a lo que se conoce como teoría queer. Dando lugar a interesantes controversias y polémicas al iniciar reflexiones sobre la idea de ser mujer y rechazar toda clasificación sexual. Considera que la organización en las estructuras de las relaciones entre los individuos responde a cánones que se erigen como construcciones sociales dirigidas a ejercer el poder y no surgen exclusivamente desde una perspectiva natural, biológica. Lo que Butler ha señalado como la performatividad de género. Al respecto observa:

Así pues, un discurso restrictivo de género que insta en el binario del hombre y de la mujer como la forma exclusiva para entender el campo del género preforma una operación reguladora del poder que naturaliza el caso hegemónico y reduce la posibilidad de pensar en su alteración. (P.70-71)

De esta forma, la teoría queer enfatiza que el género no es una realidad biológica, no nacemos hombres ni mujeres, irrestrictamente. Asimismo, la escritora plantea que “El género es performativo ya que es el efecto de un régimen que establece las diferencias de género de manera coercitiva. Los tabúes, las amenazas correctivas, las prohibiciones e incluso las reglas sociales, operan a través de la repetición ritualizada de las normas”. Resulta interesante preguntarse, ¿qué ocurre con aquellos individuos que sienten o desean diferente? ¿Por qué se establecen construcciones sociales que buscan implantar regulaciones sobre los cuerpos? Desde la perspectiva de la teoría queer el género se constituye como un concepto sociológico, entendido como una norma coercitiva, que condiciona el posicionamiento social. No obstante, existen

otras realidades que se escapan de la rigidez dual y abre un abanico de formas de sentir.

Bersani (1998) expone, por su parte, que: “Las relaciones entre las personas siempre son construidas, y la pregunta que hay que hacerse no es cuáles son más naturales, sino más bien a qué interés sirve cada construcción.”(p.52). Lo que sugiere que el poder social, estructura y propicia relaciones entre los individuos de acuerdo al tipo de sociedad que desean construir o no.

Las sociedades contemporáneas, sobre todo las pertenecientes a la cultura occidental, se edifican esencialmente en los principios de la heterosexualidad ordenadora. Bajo los lineamientos de la perspectiva falocéntrica, derivada del psicoanálisis freudiano y lacaniano. Es de modo, como el hombre se le ubica como centro del pensamiento social y a la mujer en posición de inferioridad, respecto al hombre. Instaurándose el sometimiento masculino y la consolidación del patriarcado como única estructura social posible

Asimismo, la dinámica social contemporánea promueve avances científicos, tecnológicos y comunicacionales. Que suponen una repercusión directa en los individuos y las formas de pensar y de concebir el mundo. Sin embargo, en la actualidad son numerosas las sociedades Latinoamericanas que no se despegan completamente de los lastres culturales del patriarcado, el machismo y la homofobia. La inferioridad asignada a las categorías de género que no responden al binomio varón/ hembra se colocan a la sombra de estas sociedades en las cuales perpetúan estructuras mentales que sustentan dicha subordinación. La victoria y permanencia de este sistema patriarcal se consolida y fortalece por ser percibido y asimilado como cotidiano y correcto socialmente. No obstante, hay sujetos que rechazan la clasificación en categorías rígidas y universales de género, que conducen a plantearnos si existe realmente una manera única de sentir, reducida para cada sexo, qué sucede cuando los individuos experimentan deseo hacia persona del mismo sexo.

Ocurre que son clasificados como homosexuales. Por su parte, Cornejo (2007) considera que de todas las prácticas erótico-afectivas que ha desplegado la sexualidad humana desde la instalación de cristianismo como religión oficial, el homoerotismo probablemente sea aquella que ha sido objeto de las más duras condenas y desaprobación social generalizada. Por su parte Ned (1990) señala que para su categorización, los términos homosexualidad y heterosexualidad parten principalmente de la consideración del patrón procreador/ reproductor del individuo. Por consiguiente, las relaciones homosexuales son consideradas socialmente antinaturales, al contravenir la ley natural de la reproducción humana. Los homosexuales eran percibidos como individuos patológicos, víctimas de anomalías o de alguna posesión demoniaca.

En este sentido, Butler considera que la sexualidad no es un aspecto natural del ser humano sino que se constituye en un dispositivo sociocultural para controlar el orden social. Mientras Bersani (1998) afirma, que: “Las relaciones entre las personas siempre son construidas, y la pregunta que hay que hacerse no es cuáles son más naturales, sino más bien a qué interés sirve cada construcción.”(p.52). Lo que sugiere que el poder social, estructura y propicia relaciones entre los individuos de acuerdo a la sociedad que se desea construir desde las cúpulas del poder. Por consiguiente la homosexualidad se constituye en una forma de desajuste, de perversión de ese orden social que se aspira alcanzar

Estereotipos y homosexualidad

Los estereotipos son construcciones sociales preconcebidas que se instauran implícitamente para conducir y determinar el proceder de los individuos en función de regular su desenvolvimiento en sociedad. Por consiguiente, encasillan y clasifican a los sujetos partiendo generalmente de rasgos comunes. De tal manera se reducen las virtudes, las conductas, las ideas y las prácticas de grupos por unos cuantos rasgos, y

quedan excluido de esa clasificación elementos que también sustentan la perspectiva de esas identidades.

A menudo, los estereotipos no solo simplifican las características de los sujetos, sino que tienden a falsear la realidad de sus identidades. Porque como ocurre en todo proceso ideológico se tienden a disminuir lo positivo y a maximizar lo negativo.

Otro elemento nocivo en cuanto a la utilización de los estereotipos es que dibujan identidades permanentes o estables. Se asigna caracteres inamovibles de tal manera que, si un grupo racial o étnico o de otra índole se le considera avaro o perezoso, estas características permanecerán durante mucho tiempo. La realidad es que los individuos y los grupos están cambiando constantemente.

Los estereotipos se establecen en forma tácita desde el nacimiento y desde ahí articulan la existencia de los individuos. Abarcan todos los ámbitos donde se desenvuelve el individuo, la familia, la escuela, la iglesia, y el vecindario. Al referirnos al aspecto relativo al género. Colás y Villaciervos (2007) consideran que “Las representaciones culturales de género se expresan y manifiestan a través de los estereotipos... que son generalizaciones preconcebidas sobre los atributos o características de la gente en los diferentes grupos sociales que contribuyen a la identidad del individuo.” (p.38)

Por su parte, Gómez (2010) observa que surgen a partir de las creencias o pensamientos que “etiquetan” las conductas y características asignadas como femeninas y masculinas. (p.46). En el caso de la construcción de las características genéricas los estereotipos se utilizan con mucha frecuencia porque permiten entender, generalizar, esquematizar y comprender las identidades de los sujetos y asignar lugares específicos a estos, dentro de la sociedad. Atendiendo frecuentemente a lo denominado por Althusser (1970) como aparatos ideológicos, que promueven la consolidación de patrones de conductas mediante la socialización y la educación apelando a lo “normal” o “natural.

Los individuos que no se ciñan a los lineamientos establecidos o realicen prácticas o acciones que transgredan lo impuesto serán excluidos, rechazados o sancionados. En función de evitar dichos cuestionamientos se deberán seguir comportamientos, actitudes y hábitos acorde a las expectativas, roles y expresiones consideradas como femeninas o masculinas. Para Gómez (2010)

Al estereotipo masculino se le asocia la fuerza, la inteligencia, el poder y la capacidad decidoría, así como lo productivo, lo político y el ámbito público por ser considerados proveedores. Mientras el estereotipo femenino se asocia a las mujeres como seres débiles, frágiles...y el ámbito privado, esto, por la capacidad reproductiva y la condición maternal. (p.53)

En el caso específico del homosexual masculino, los estereotipos son mecanismos utilizados con sobrada frecuencia y casi siempre representados de manera negativa. Especialmente, por las ideas derivadas de la masculinidad tradicional y hegemónica, asociada implícitamente al conjunto de valores que se asocian a la concepción de ser “hombre” las cuales se caracterizan en especial por la exclusión o negación de aquello que se relaciona con lo femenino y/u homosexual. Se impone de este modo, la fórmula tácita que lo masculino es directamente proporcional a lo heterosexual. Por lo tanto, se establece que la identidad masculina está asociada al hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse, si es necesario, por la fuerza.

En este aspecto, Serrano (1997) afirma que estas concepciones tienen su asidero en “Corrientes constructivista de pensamiento social que han planteado que tanto “homosexualidad” como “heterosexualidad” son categorías hechas histórica y culturalmente”. (p.4). Por lo tanto la homosexualidad implica un rechazo a los roles sexuales tradicionales y tiende a satanizarse en el contexto de las sociedades en especial las latinoamericanas. En torno a eso ideales se erigen discursos que han hecho de la homosexualidad masculina la construcción de imaginarios colectivos cargados de profunda homofobia y rechazo. Asociándose de manera errónea con patologías o desviaciones genéticas. En la medida que se siga definiendo el género en oposición a la

masculinidad, es inevitable que la homofobia tanto como la misoginia, desempeñen un papel importante en el sentimiento de la identidad masculina.

Por consiguiente, los estereotipos asociados con género y sexualidad suelen encontrarse entre los más arraigados dentro del imaginario colectivo. Principalmente, en sociedades machistas y patriarcales que se rigen bajo modelos de heterosexismo normativo, que plantea la correspondencia ineludible entre mujeres roles femeninos y hombres y roles masculinos.

Así, se promulga la heterosexualidad como norma en términos de orientación sexual. En consecuencia, se consolida la resistencia en la forma de percibir a la comunidad homosexual estigmatizándola en sus comportamientos al ser considerados fuera del esquema de la heteronormatividad. Sin embargo, el sujeto no elige la actuación del género libremente, sino que asume la coercitividad de la heterosexualidad obligatoria, bajo la amenaza implícita de sufrir de exclusión, rechazo o discriminación por cruzar la frontera de género. Por su parte, Bersani (1995) afirma que los “hombres gay son un grupo oprimido no solo sexualmente atraído por el mismo sexo que esgrime el poder, sino también, perteneciente a él.” (p.78). Lo que hace que el hombre homosexual se perciba erróneamente como una infracción de la sexualidad dominante.

En este sentido, Cruz (2002) sostiene que la homosexualidad masculina es más castigada, provoca rupturas en el orden social patriarcal, la homosexualidad masculina es más señalada, vigilada y sancionada, se ubica quizá en el lugar más degradante de la escala social, ocupa un lugar más devaluado que las mujeres, representa a los traidores del patriarcado.

Homosexualidad y literatura

La literatura es en un vehículo por excelencia para dar visibilidad a inimaginables formas de sentir y de pensar. Mediante concepciones de vida, patrones ideológicos, sociales, culturales o políticos con miradas inquisidoras o liberadoras. De cualquier modo, abre ventanas para conocer formas de pertenecer al mundo y de transitar por él.

Habría que mencionar que al referirse a “literatura homosexual”, se da lugar a diversas discusiones y cuestionamientos. Debido a que, por un lado, se entiende como literatura homosexual aquella producida por escritores exclusivamente gais y por otro lado como aquella que construye su diégesis relacionada con temáticas y personajes homosexuales. Cualquiera sea el caso, la narrativa homosexual en Latinoamérica ha florecido, bien sea por escritores abiertamente homosexuales como por escritores heterosexuales.

Del mismo modo, el tema resulta polémico dentro de sociedades conservadoras y de fuertes influencias machistas y patriarcales como las latinoamericanas, donde se atacan, censura y condenan comportamientos y/o conductas que se consideran “desviadas.

Desde el ámbito literario, resulta interesante considerar que el género novelesco presenta un infinito espectro a través del cual se obtienen multiplicidad de perspectivas, todas relacionadas con el individuo, su entorno y su realidad. Bajtín (1989) observa que la novela se ha convertido en héroe principal de trama de la evolución literaria en los tiempos modernos, precisamente porque expresa mejor que otros géneros producido por ese mundo nuevo y emparentado. (p.453).

El género novelesco representa una forma de expresar la experiencia humana a través de una multiplicidad de perspectivas, todas relacionadas con el individuo, su entorno y su realidad. Esto implica la constante renovación y nuevas formas de hacer

literatura. La receptividad de la temática homosexual puede convertirse en un tópico polémico y/o controversial también dentro del espacio literario.

Foucault (1996) sostiene que, al incluir la temática de la homosexualidad en la literatura, se da visibilidad a acciones de sujetos que eran socialmente considerados patológicos, oscuros, transgresores de normas, indignos de ser incluidos en espacio narrativos, puesto que se alejaban de la figura del héroe noble y virtuoso, por tanto, deberían permanecer ocultos por trasgredir los sistemas ideológicos del poder.

La novela se convierte en la tribuna más versátil para incorporar la figura del homosexual. Faúndez y Villa (2018) señalan que el sujeto homosexual emerge con intensidad en las ficciones novelescas hispanoamericanas hacia fines del siglo XIX, en un contexto dominado por dispositivos disciplinarios, orientados a castigar, tratar o reorientar lo que se considere alejado de la norma. Lo que dio lugar a que la aceptación y reconocimiento de la literatura homosexual en la Latinoamérica, se haya desarrollado de forma vacilante a diferencia de otras culturas donde no tardó en florecer y obtener rápidamente reconocimiento y aceptación.

Gómez (2018) afirma que, en varias novelas de temática homosexual, encontramos situaciones de condena institucional a la homosexualidad... las cuales provienen del Estado, la Familia o la Iglesia, que cumple un papel fundamental en la difusión y conservación del discurso heterosexista. (p.39). No obstante, paulatinamente, se ha conformado un canon narrativo, entre las cuales descantan: *Pasión y muerte del cura Deusto* (1929) del chileno Augusto D'Halmar, *El lugar sin límites* (1966) del también chileno José Donoso, *Cobra* (1972) del cubano Severo Sarduy, *El beso de la mujer araña* (1976) por el argentino Manuel Puig, *Salón de belleza* (1994) del mexicano Mario Bellatin, *Loco afán : crónica de sidario* (1996) del chileno Pedro Lemebel, entre otras. Muchas de ellas se destacan por su calidad literaria y son merecedoras de dignos reconocimientos por parte de la academia.

De este modo, el sujeto homosexual (masculino, objeto de estudio) en la literatura se ha posesionado como centro de interés en diferentes perspectivas narrativas y diversos contextos culturales. Sin embargo, aún no se alcanza la plena consolidación de un lector y de un crítico literario libre de prejuicio, abierto a lo diverso. Para Faúndez y Villa (2018) el sujeto homosexual oscila incansablemente en un estado de docilidad (sostenido en una autorepresión) y uno de insubordinación (que comienza con el deseo homoerótico) desarrollado bajo la atenta mirada de las instituciones disciplinarias como el ejército, la cárcel, las órdenes religiosas y la familia. De este modo, la irrupción del personaje gay dentro de las sociedades latinas no ha tenido un camino fácil y la literatura ha dado cuenta de ello con la evolución de una literatura que apenas se atrevía a nombrarlo durante el largo siglo XIX... (Villegas 2011:140). Asimismo, Gómez (2018) afirma que

Las novelas latinoamericanas de temática homosexual cumplen una función sociocultural que podría denominarse ideológica, en el sentido de que está más dirigida a la promoción de un conjunto de valores y creencias relacionados con un tipo de identidad sexo-afectiva particular. En otras palabras, al representar las prácticas sexuales entre hombres dentro de un contexto histórico determinado, lo que finalmente se representa son los discursos que reflexionan sobre las prácticas y con ellos, la ideología que las considera inferiores o anormales... (p.39)

Faúndez y Villa (2018) consideran que algunas de las novelas, pioneras de la construcción literaria del sujeto homosexual, suelen ser rechazadas debido a su marcada homofobia, simplificación o conservadurismo. Torres (2015) agrega que abordar la literatura homosexual, entonces, significa hacerse cargo de obras trágicas en las que no existen ventanas utópicas que permitan hablar de un final feliz. (p.89)

En este sentido, Rubio (2012) sostiene que

El gay aparece, por un lado, como un personaje divertido y creativo, que se parece o intenta parecerse a las mujeres y, por otro lado, como un personaje solitario, reprobado por la familia, sin una relación sentimental estable, con una constante relación con la muerte, con una fuerte propensión al llanto y al drama. Este segundo tipo de personaje solo piensa en sexo, drogas, dinero, fama y buena vida. (p.54)

De este modo, los contextos narrativos donde son representados los personajes homosexuales no escapan de los estereotipos, creencias y patrones prejuiciosos, por parte de sociedades falocéntricas y conservadoras. Convirtiéndolos en víctimas de rechazo, motivos de burla debido a la ausencia de empatía, que lo consideran como seres desadaptados “desviados” “monstruosos”, incluso por familiares y amigos.

Torres (2015) sostiene que pareciera ser que la muerte es la única opción y es que, al revisar los cánones de literatura mundial, las ficciones literarias referidas a amores sexuales entre hombres se han caracterizado por los finales infelices... (p.84). Además de sugerir la inexistencia de espacios que le sean propios, de donde formar parte, pertenecer. Asimismo, escarmientos, tal vez divinos o moralizantes, por contravenir lo considerado como “normal”, al experimentar y expresar sentimientos de atracción erótica- afectiva hacia otro hombre. De esta manera, el discurso narrativo refuerza y valida patrones de discriminación y rechazo hacia el sujeto homosexual, ubicándolo en una posición de inferioridad frente al hombre que se dice “heterosexual”.

Asimismo, Gómez (2018) afirma que al final, y en virtud de un mecanismo ideológico muy sutil, la inexistencia o débil resistencia en esas novelas acaba poniéndose al margen de un discurso heterosexista o patriarcal que propicia el abuso y la discriminación de minorías... (p.47). Lo deja en evidencia la repetición de patrones de personajes homosexuales sin un lugar en donde ser aceptados, comprendidos y respetados

No obstante, resulta interesante considerar, que Billard (2006) sostiene que “se han desarticulado los prejuicios hacia personajes homosexuales”. A partir del análisis de la obra literaria del argentino Pablo Pérez denominada *Un año sin amor. Diario del SIDA*. (1966) obra que presenta a un personaje homosexual y además seropositivo. Sin embargo, critica la exclusión social y menosprecio por su condición seropositiva, lo que estigmatiza aún más su homosexualidad. Así el autor expone que el personaje

homosexual es desplazado de la periferia al centro del relato. No obstante, el personaje gay no logra reivindicación alguna, dentro de la concepción narrativa.

Lo anterior pretende contextualizar la construcción del personaje homosexual dentro de la novelística latinoamericana. La obra *La virgen de los sicarios* (1994) no se encuentra enmarcada dentro del canon de la literatura homosexual, ni su autor se encuadra solo dentro de la temática en sus obras (aunque también lo trate en algunas de ellas). Sin embargo, Vallejo aborda el tema de la homosexualidad dentro de los rasgos característicos en la construcción del personaje sicario, abordaje temático que centra el interés del presente estudio. La obra *La virgen de los sicarios* (1994) no representa la excepción, al reforzar estereotipos heterosexistas, donde se justifica la exclusión de prácticas homoeróticas. Ante tal panorama Gómez (2018) afirma que

Queda difícil aceptar la hipótesis de un sentido crítico o de resistencia como característica de la narrativa de temática homosexual. Muy por el contrario, su contenido parece dirigido, no a rescatar del anonimato las prácticas sexuales intermasculinas, ni siquiera a promover los discursos científicos sobre la identidad homosexual, sino a reforzar la idea de la superioridad física y emocional del hombre heterosexual. (p.50)

La literatura latinoamericana con temática homosexual dista mucho de promover miradas libres de prejuicios y discriminación hacia el sujeto homosexual, por el contrario, lo continúa encasillando a través de discursos heterosexuales, en detrimento del personaje homosexual, donde el heterosexual resulta sobrevalorado en concordancia a su orientación sexual y el homosexual sufre discriminaciones, burlas y falta de aceptación. Lo anterior, exagera la caracterización de personajes infelices, angustiados en sociedades donde no encuentran espacios. En este sentido, es posible afirmar que la novela latinoamericana reproduce contenidos heterosexistas en la caracterización de los personajes homosexuales.

La novela pionera del género sicaresco

La virgen de los sicarios (1994), se posesiona dentro del corpus narrativo como la obra pionera de la novelista sicaresca. Alcanza su mayor visibilidad en Colombia cuando es llevada al cine con coproducción de Francia, Colombia y España, dirigida por Barbet Schroeder, participando el propio Vallejo como guionista (2000). Además, obtiene valiosos reconocimientos entre los que destaca el premio Rómulo Gallegos (2003).

La novela sicaresca, término que se asumirá en la presente investigación, tiene sus raíces en el incremento acelerado de la violencia en Medellín, que favoreció la formación del crimen organizado, en grupos armados, narcotráfico y pandillas. La diégesis se centra en la mirada minuciosa de las condiciones sociales y culturales que hacen que los muchachos Alexis, Wilmer, la Plaga y el Difunto sin referentes morales terminen al servicio de la muerte. Los personajes sicarios responden a las condiciones socioculturales propias del género sicaresco, son aplastados por una realidad caótica que no les permite orientarse hacia otra salida.

De entrada ya el título de la obra nos sugiere la realidad colombiana, enmarcada de violencia y religiosidad. La palabra “Virgen” encierra por sí misma una doctrina de fe religiosa católica entre los colombianos por ser la madre de Jesús. Así, se encuentra la Virgen del Carmen, de Guadalupe, María de Nazaret, de Fátima, la Dolorosa, entre muchas otras.

Sin embargo, es María Auxiliadora, la que se posesiona como la predilecta para la devoción de los sicarios, en especial porque Pablo Escobar, capo del Cartel de Medellín, fue uno de sus más fieles seguidores. Al igual que muchos otros narcotraficantes, demostraron una fe incondicional, lo que denota un evidente desconcierto considerando sus historiales delictivos. Asimismo, el título de obra también se compone de la palabra “sicario” una de las representaciones más emblemática de la violencia y el narcotráfico colombiano. De este modo, el título de la obra sugiere una

realidad dual colombiana, violencia y religiosidad, plasmada por Vallejo a través de los personajes. Esto se puede observar en la obra cuando Fernando en compañía de Alexis, ambos personajes principales va a iglesia de Sabaneta y describe la devoción de los feligreses.

En la iglesia de Sabaneta hay en la entrada un Señor Caído; en el altar del centro está Santa Ana con San Joaquín y la Virgen de niña; y en el de la derecha Nuestra Señora del Carmen, la antigua reina de la parroquia. Pero todas las flores, todos los rezos, todas las veladoras, todas las suplicas todas las miradas, todos los corazones están puestos en el altar de la izquierda, el de María Auxiliadora, que la reemplazo. Por obra y gracia suya esta iglesia de Sabaneta antaño apagada hoy está alegre y florecida de flores y milagros. María Auxiliadora, la virgen mía, de mi niñez, la que más quiero lo está haciendo (Vallejo: 1994:16).

Lo anterior pone en evidencia dentro de la diégesis la efervescencia de la fe católica en el contexto colombiano. Sin embargo, en la novela sicaresca también se revela el derrumbe de los valores tradicionales, la religión y las leyes, así como los cambios culturales colombianos. En especial, por la Virgen María Auxiliadora, referida en la obra, asumida como icono de los sicarios. Así, Alexis y Wilmar, acuden a ella en la confianza que los salvará y protegerá de ser ultimado, apoyado en amuletos y rituales que le confieren la seguridad, guía y cuidado que necesitan. Lo que propicia la devoción de los jóvenes sicarios para acudir a las diferentes iglesias de Medellín. En compañía de Fernando como herencia de los nuevos valores sociales y culturales que transformaron la sociedad colombiana y que ahora conoce y vive de cerca a través de las relaciones homoeróticas que sostiene con sus jóvenes amantes. Transformándose de este modo la religiosidad como uno de los elementos claves de la cultura sicarial colombiana y de la cultura sicarial que representa la obra *La virgen de los sicarios*.

Desde esta perspectiva la obra narrativa que analizamos entra en consonancia con el género sicaresco dentro del cual se enmarca. Muestra la realidad decadente y truculenta de Colombia, así como su religiosidad. Configura al sicario desde demostraciones temerarias de coraje, en íntima correspondencia con su referente en la

realidad. En un constante afán por ser respetado y temido, en concordancia a estereotipos de masculinidad como derivación de culturas falocéntricas latinoamericanas. Como grupo subalterno se le da verosimilitud a la obra permitiendo entender su relación con la muerte, la religión, la familia y el lenguaje.

La obra se desarrolla en la ciudad de Medellín, donde el género sicario se consolida, como derivación directa del periodo de la Violencia en la literatura colombiana y la aparición del aspecto urbano. Para Jácome (2006) “el sicario tiene una identidad híbrida con características rurales y urbana” (p.115). La narrativa sicaria se va a caracterizar por el predominio de la ciudad. Para Inzaurre (2017) “La Medellín es el producto de un desarrollo urbano anárquico y desbocado, de la incesante inmigración rural y de la explosión demográfica.”(p.168). Lo que favorece las condiciones para el auge y fortaleciendo del fenómeno de la violencia y la incursión de sicarios adolescentes en el negocio del sicariato.

Fernando luego de su regreso a Medellín, de estar ausente por largo tiempo, encuentra una ciudad diferente a la que vivió. Ahora representada por la herencia de Pablo Escobar, el conocido capo, jefe de del cartel de Medellín. Se tropieza con el avance de las comunas, las barriadas marginales sobre la ciudad. Así, lo describe Fernando “A machete, con los que trajeron del campo cuando llegaron huyendo dizque de “la violencia” y fundaron estas comunas sobre terrenos ajenos, robándoselos, como barrios piratas o de invasión.”(Vallejo: 1994:83)

La cita evidencia, la conexión de lo rural y lo urbano, una, consecuencia de la otra. Hace referencia al entorno urbano desde elementos históricos conocidos, de la historia colombiana. En este sentido, “Años hace que no venía a esta catedral al Oficio de Difuntos, a rezar por Medellín y su muerte, pero ahora Alexis, mi niño, me acompaña”. (Vallejo, 1994:54). Durante el desarrollo argumental también se alude a personalidades del contexto político, religioso y social colombiano

En este sentido, El-Kadi menciona que “En los paseos por la ciudad, Fernando comienza, de la mano de su lazarillo, a penetrar la ciudad posmoderna, a enfrentar el caos y la barbarie que antes observaba desde la distancia” (p.19). Asimismo, Fernando con los jóvenes sicarios, primero con Alexis y luego con Wilmar, transitan por el lugar común de la violencia que vive Colombia. Fernando sube a las comunas de Medellín en una conexión entre la cultura reconocida y el progreso de reconfiguración socio cultural de las zonas periféricas, aquellas que se encuentran alojadas en los cerros, repletas de desplazados que no conocen otro camino que la vida rápida y la muerte temprana.

Vive a través de los sicarios la Colombia que no conocía, producto de lo que denomina la Medellín de arriba. Las problemáticas sociales de las comunas que afectan directamente la suerte de los jóvenes sicarios. En este sentido, Vallejo (1994) expone “Uno en las comunas sube hacia el cielo pero bajando hacia los infiernos. ¿Por qué llamaron comunas al conjunto de los barrios de una montaña? (p.29) .Se observa, de este modo la actitud crítica que caracteriza el estilo literario de Vallejo, Fernando ataca duramente las instituciones del Estado colombiano, la Iglesia y las clases políticas, pero siempre apareciendo él mismo como eje central de la narración.

En la construcción del sicario y la violencia que ellos encarnan se crea a partir de la idea de la ciudad fragmentada en diferentes sectores de la sociedad. Expresada en los discursos que predefinen las condiciones de víctimas a los que pertenecen al área urbana legitimada y la de los victimarios los residentes de las comunas. En voz de Fernando, “Millón y medio en las comunas de Medellín, encaramados en las laderas de las montañas como las cabras reproduciéndose como ratas. Después se vuelcan sobre el centro de la ciudad y Sabaneta...por donde pasan arrasan...” (Vallejo: 1994:52). De este modo se evidencia la división social cargada de estigmas que han favorecido los estereotipos sociales y las condiciones de marginalidad. Afianzando, además valores e ideas en el colectivo imaginario que limita las expectativas de los más jóvenes por no considerarse capaces de romper esquemas familiares o sociales.

Ambos pertenecen a las comunas de Medellín (sectores humildes), provienen de familias disfuncionales (sin presencia paterna), están fuertemente influidos por modelos violentos, cuyo poder radica en la fuerza y la superioridad para el aniquilamiento del otro. Demuestran gran coraje y destrezas en el uso de las armas de fuego, son homosexuales y asesinan con gran destreza. De este modo la idea de asesinar o ser asesinado hace que la alegoría de la muerte esté presente en la narrativa sicarésca. La muerte circula libremente por los espacio de la obra, dialoga con los personajes. Los sicarios ven la muerte, el asesinato como parte de su quehacer diario, una manera de sobrevivir, saben que también corre tras ellos. Fernando se refiere a esta presencia como Muerte, Parca o Señora como una presencia constante. Así la describe "... el taxista se licenció de trabajar, lo licenció la Muerte: la Muerte, la justiciera la mejor persona, lo jubiló."(Vallejo: 1994:48)

Taborda (1998) afirma que en la obra "la oralidad que presenta la estructura narrativa de la novela habilita al narrador para usar el lenguaje callejero sin caer en un falso artificio." Esto se puede observar en la novela cuando Fernando, el gramático expresa "... oigan lo que él me contó y que les quiero contar: que le habían dado un día "una mano de changón "en su barrio. Qué es un changón preguntaran los que no saben como pregunté yo que no sabía."(Vallejo: 1994:.25). Es de este modo como el narrador se dirige al lector de forma espontánea haciendo en muchos casos aclaraciones sobre el léxico utilizado en el discurso narrativo de la obra. Sobre todo en los casos que se introduce el socio dialecto del parlache.

Ferrer (2020) afirma que el parlache se constituye "como habla de los sicarios, para representar la entrada de la violencia en todos los estados de la sociedad, incluso en lengua de un gramático. (p.22) Esto se observa cuando Fernando realiza un análisis discursivo: "El pelao debió de entregarle las llaves a la pinta esa, comento Alexis, mi niño,... Con "el pelao" mi niño significaba muchacho; con "la pinta esa" el atracador; y con "debió de "a secas: tenía que entregarle las llaves". (Vallejo, 1994: 20). Se justifica la intervención de Fernando para entender para interpretar el argot comuneros. Esto

ocurre a lo largo del argumento narrativo. Las formas como el lenguaje se trastocan para interpretar esa nueva forma de entender la realidad colombiana que le expresa Alexis. Fernando, con la presencia constante en el mundo de los sicarios se apropia de su violencia para entenderla, asimilarla y decodificarla desde su tribuna de intelectualidad. Jácome (2006) refiere que las novelas sicarescas se caracterizan por el rechazo del narrador omnisciente y la presencia del narrador letrado que se convierte en el interlocutor. Por su parte, Osorio (2013) afirma que Fernando como narrador no pertenece al entorno marginal en que se inscriben las ficciones sino a una sociedad hegemónica, exhibe esa distancia social y cultural en el mundo de sus protagonistas. (p.28). Debido a que Fernando, se autodenomina “el último gramático” al exhibir su sapiencia frente a unos jóvenes sicarios que apenas sabían leer y escribir con dificultad. De este modo, se observa cierto desprecio por parte del narrador y su intención por desmarcarse de la población de las barriadas colombianas, esto se observa en obras dentro del canon sicaresco como ocurre con la obra *Rosario Tijeras* de Jorge Franco. Vallejo resalta constantemente el uso de la primera persona en sus novelas. Se evidencia como elemento característico de la narrativa sicaresca. Al igual que la marcada voz narrativa acentuada por el distanciamiento.

Esto se observa cuando Fernando explica las razones por las cuales su amante Alexis cuenta con un registro diferente.

No habla español, habla un argot o jerga. En la jerga de las comunas o argot comunero que está formado en esencia en un viejo fondo de idioma local de Antioquia, que el que hablé yo cuando vivo (Cristo el arameo), más una que otra supervivencia del malevo antiguo del barrio de Guayaquil, ya demolido, que hablaron sus cuchilleros, ya muertos; y en fin, de una serie de vocablos y giros nuevos, feos, para designar ciertos conceptos viejos: matar, morir, el muerto, el revólver, la policía... (Vallejo: 1994:23).

La forma como Fernando asume la lengua que se habla en las comunas y la representación de los personajes periféricos en la sociedad antioqueña se convierte en una forma ingeniosa de ubicarse en el canon colombiano, para apoderarse de los códigos

ajenos para establecer una intervención desde su propia figura de académico. Osorio (2006) afirma que “La obra de Vallejo es una novela sicaresca... tributaria de una tradición oral, es decir, un texto que despliega diversos mecanismos de escritura que simulan la escritura de una narrativa oral.”(p.50)

Habría que decir también que Schlenker (2012), afirma que para los sicarios, cumplir con el encargo es acercarse a la muerte, lo que implica convivir con ella de alguna manera. La muerte deja de ser una cosa lejana y temida para convertirse en una realidad cercana. (p.101). Así los jóvenes al entrar en el mundo del sicariato, siempre tendrán la espada de Damocles pendiente sobre sus cabezas. Viven cada día con la amenaza constante de llegar repentinamente a un trágico y fatal desenlace. Por eso, muchos de ellos, al regresar airosos después de cumplir con un encargo, celebran, bailan se embriagan y comparten con amigos y/o conocidos como una forma de celebrar la vida. Vargas Llosa (1999) afirma que suelen morir jóvenes, a veces tiroteados por la policía, pero más a menudo por otros sicarios, debido a disputas territoriales o mandados a liquidar por sus propios empleadores, que le perdieron confianza. Así, Fernando, lo narra de la siguiente manera “Al regresar ahí estaban: bajándose de una moto, el atrio, pensando que estábamos adentro pero no, estábamos afuera, y detrás de ellos...Alexis les hizo lo mismo que otros le habían hecho al Difundo, en el salón de billares: los encendió a bala.”(Vallejo, 1994: 44)

Para Sigmund Freud Eros y Thanatos, representan dos instintos básicos de vida y de muerte que actúan en el hombre, ideas utilizadas también por los dioses de la mitología griega. Eros era el dios del amor y la pasión, Thanatos para los griegos el dios de la muerte. Se trata de un dualismo que se propone como una especie de complementariedad.

La referencia a las redes del narcotráfico como eje central de la historia, se señala solo en dos momentos. Sin embargo, sí se hace alusión en forma sutil a la muerte de Pablo Escobar Gavidia y como ese hecho transformó el negocio de la droga y resquebrajó la estructura organizativa del cartel, a sus líderes y a sus integrantes. Razón

por la cual cuando Fernando conoce a sus jóvenes amantes no formaban parte de ninguna banda ni estaban bajo las órdenes de cartel alguno. Fernando cuenta uno de los momentos que se refiere en la obra de la siguiente manera: “Con la muerte del presunto narcotraficante...aquí prácticamente la profesión de sicario se acabó. Muerto el santo se acabó el milagro. Sin trabajo fijo, se dispersaron por la ciudad y se pusieron a secuestrar, a atracar, a robar.”(Vallejo: 1994:34).

Asimismo Jácome (2006) explica que “En ninguna de las novelas sicaresca se alude directamente a las redes del narcotráfico de la cocaína... ni se ahonda en el proceso por medio del cual el sicario se ha involucrado en el asesinato como profesión,” (p.169). Así, el sicario en la obra se constituye como un producto natural de la violencia, originado no como una situación particular sino como la etiqueta que marca a los jóvenes en el contexto de las comunas de Medellín. Por otra parte, Jácome (2006) dice que “no todos los personajes tienen nombre, lo que los convierte en personajes simbólicos “pintas”-parceros-manes- malparidos o muñecos. (p.67). Vallejo no desarrolla en la obra la psicología de los personajes, simplemente hace un boceto de ellos. Generalizándolos aún más en el anonimato del colectivo, ya que la representación de esos personajes se encuentra en cualquier parte de Colombia, no hace falta diferenciarlos.

Asimismo, Gómez (2011) señala que “Vallejo ha acudido a textos sociológicos acerca del fenómeno del sicario en Colombia con el fin de proporcionar un contexto verosímil sobre los personaje...”(p.6).. La configuración del personaje sicario, durante la trama narrativa no nos remite a rasgos concretos de “su yo interior”. Se presentan como personajes planos, no presentan conflictos psicológicos ni morales. Ellos son presentados en forma superficial sin mayor complejidad, no se conocen rasgos precisos en cuanto a la personalidad de estos, solo se construyen como producto para la violencia. Tampoco dan cuenta de motivaciones específicas para su incursión en el sicariato, ni de conflictos emocionales o familiares. En este sentido, Jácome (2006) señala que “la caracterización de los personajes en la novela sicaresca es superficial. (p.167). Por

consiguiente, es muy poco lo que de ellos se conoce. No obstante, sus sinos están marcados con finales trágicos.

El personaje sicario representa socialmente el poder falocéntrico, en el cual el hombre ejerce el poder, ligado a patrones patriarcales- machistas, propio del género sicario. La construcción patriarcal se continúa con la manera ideológica de las bandas criminales, las cuales siguen aumentando y defendiendo la hombría y otros elementos propios del bandido, del malandro, del malhechor. Los carteles y agrupaciones criminales reciben desde muy tierna edad a los jóvenes y prolongan algunas ideas, prácticas y valores que el joven ha adquirido en la comuna.

Completa así la labor deformadora de su identidad. Ante valores trastocados de la sociedad, el cartel se hace atractivo en cuanto ofrece una vida de riqueza vertiginosa y placeres supuestamente interminables. Asimismo, Salazar afirma que el perfil de sicario se puede describir como “jóvenes entre dieciséis y veinte años, de origen popular, a veces desertores del sistema escolar, casi siempre de familias descuadradas, amantes de la música salsa, las rancheras y la carrillera, ocasionalmente rockeros, católicos declarados, devotos de María Auxiliadora y portadores de símbolos religiosos.”(p.111).

Además, están caracterizados intrínsecamente, por la presencia ineludible de manifestaciones violentas en el quehacer del sicario. Sin embargo, la obra referida, se aleja de esta concepción en su diégesis, al representar personajes sicarios que experimentan atracción erótica por otros hombres. Esto representa una separación significativa del modelo convencional hasta ahora conocido en las novelas del corpus. A excepción de la obra *Rosario Tijeras* (1999) del escritor colombiano Jorge Franco, que se aparta del esquema de sicario masculino, para desempeñarlo un personaje femenino, Rosario.

La inclusión o no de esta obra en el corpus sicarial ha centrado el interés de algunos críticos, debido al señalamiento argumental de la concepción del personaje Rosario Tijeras, como una prostituta, mas no como sicaria. Sin embargo, el mismo

Osorio (2006) aclara que “Rosario es la imagen viva de las comunas con su belleza y su violencia. Está rodeada de sicarios y expresa sus mismos valores, hábitos, ritos y concepción de mundo.” (P.115). Además, se convierte en una mujer peligrosa e inescrupulosa que ejecuta crímenes de manera despiadada. En la que en la mayoría de los casos concede un beso mortal, antes de liquidar a sus víctimas. Accede al bienestar económico y se establece en la ciudad gracias a sus relaciones con la mafia, para la que trabaja. Tanto *Rosario Tijeras* como *La virgen de los sicarios* son consideradas por la crítica como formas de mostrar la violencia como herencia genética de los colombianos, ligada intrínsecamente a ellos. Adicionalmente trasgreden el modelo del sicario presentado en las obras del corpus, hasta ahora conocidas.

En el mundo ficcional, Alexis, Wilmar, el Difunto y la Plaga, todos, sicarios, simbolizan la pobreza, el analfabetismo, el consumismo, la cultura del dinero fácil, la violencia, la desesperanza, la injusticia y la corrupción en Medellín. Además, se convierten en ángeles pasionales para la renovación otoñal de Fernando, aunque éste deja en claro su condición de intelectual, de gramático, en contraste con la ignorancia e ingenuidad de los jóvenes sicarios.

La construcción patriarcal se continúa con la manera ideológica de las bandas criminales, las cuales siguen aumentando y defendiendo la hombría y otros elementos propios del bandido, del malandro, del malhechor. Los carteles y agrupaciones criminales reciben desde muy tierna edad a los jóvenes y prolongan algunas ideas, prácticas y valores que el joven ha adquirido en la comuna. Completa así la labor deformadora de su identidad. Ante valores trastocados de la sociedad, el cartel se hace atractivo en cuanto ofrece una vida de riqueza vertiginosa y placeres supuestamente interminables

Por otra parte, resulta curioso que en la novela no se haga mención detallada de los espacios de formación de los sicarios, solo existen brochazos. La escuela, la otra

institución formadora de identidades genéricas, aparece completamente desdibujada en el mundo del sicario que apenas obtiene alguna elemental educación, la cual abandonan atraídos por la riqueza rápida del narcotraficante del cartel.

La ausencia de escolaridad se pone en claro en las escasas demostraciones de habilidades cognitivas que se precisan. Fernando afirma: “Si por lo menos mi niño leyera...Pero esta criatura en eso era tan drástico como el presidente Reagan, que en su larga vida un solo libro no leyó.” (Vallejo: 1994: 45). “¿Pero sabía acaso firmar el niño? Claro que sí. Tenía la letra más excitante arrevesada que he conocido” (Vallejo: 1994: 44)

El analfabetismo de los jóvenes sicarios, contrasta enormemente con la erudición y valía académica que él mismo se adjudicó al autodenominarse “el último gramático “lo que coloca a los adolescentes en franca subvaloración personal. Se convierte esta condición en otra característica resaltante del canon de las novelas sicaresca, al sicario constituirse como un joven marginado fuera del sistema educativo y formativo por ausencia de figuras significativas que orienten y apoyen los procesos de formación académica que les permita crear las condiciones necesarias para construir desde su tribuna de sujeto marginal, periférico, otra realidad diferente a la que le impone el contexto que conocen.

Igualmente, los sicarios amantes de Fernando tampoco cuentan con un acompañamiento familiar que se sirva de guía positiva .En el caso específico de Alexis sabemos que hay una gran simpatía por su madre. Sin embargo, se va a vivir con Fernando siete meses y durante ese tiempo no se tienen noticias que evidencie la preocupación por su paradero. Del mismo modo, ocurre con Wilmar, a excepción del momento en que desea llevarle a su casa algunos artefactos domésticos que Fernando le regala para su mamá y que va a entregarle antes de partir con Fernando y encuentra la muerte. “Simplemente tenía que ir a su barrio a despedirse de su mamá y a constatar que de veras le hubieran enviado la nevera, (Vallejo: 1994: 116).

Lo mismo ocurre con los personajes de *La Plaga* y *el Difunto*, donde no se advierte acompañamiento familiar, cuando deambulan por las calles de la gran ciudad. Se observa claramente las condiciones del sicario al observar disfuncionalidad familiar, debilidad educativa y moral, descomposición social. Condiciones perfectas que favorecen las relaciones homoeróticas que sostiene Fernando, el gramático, con sus jóvenes amantes.

Los jóvenes sicarios provienen de hogares desmembrados, con ausencia de figuras paternas que llegan a manos de sujetos oportunistas que lo conducen y vinculan a bandas delictivas o carteles, lo entrenan en el oficio de delinquir. Se podría pensar que la representación de los jóvenes asesinos no se alcanza a desarrollar, simulando así la realidad del sicario de vivir poco.

Desde diversas perspectivas la obra sicaresca *La virgen de los sicarios* se constituye como una extraordinaria calidad literaria, dentro del canon de la novela sicarescas, lo confirma Jácome (2006) al expresar que “es la obra que le ha dado el lugar de la novela sicaresca por excelencia.”(p.167). De igual modo, Osorio (2013) afirma que es “...la primera en alcanzar gran difusión y, en cierto sentido establecer ciertos parámetros a nivel narrativo que las obras posteriores tomaran como punto de referencia, bien para repetirlos, expandirlos o subvertirlos.”(p.47)

No obstante, la obra narrativa *La obra narrativa, La virgen de los sicarios*, a pesar de enmarcarse dentro de los parámetros literarios y ser reconocida como exitosa dentro del corpus de la novela sicaresca, subvierte los estereotipos de heterosexualidad del sicario, al ser homosexual. Aspecto que se convierte en el interés fundamental de la presente investigación.

CAPÍTULO V

LA HOMOSEXUALIDAD EN LA VIRGEN DE LOS SICARIOS

*” Basta ya de moraleja, el que esté libre de pecado,
que lance la primera piedra.”*

-El gran varón. Willie Colón

Para Cornejo (2007) el término “homosexualidad” es preferido en español para el discurso profesional, políticas de género y en el habla común, quizá, porque a diferencia del inglés, no ha surgido otro vocablo alternativamente aceptado... (p.30). Dentro de esta perspectiva también se considera el vocablo “gay” que, de acuerdo a González (2001), se usó para borrar el estigma ocasionado por muchas otras palabras y sus connotaciones que aludían a los homosexuales, las cuales premeditaban la interpretación de los sujetos que se orientaban a tener relaciones sexuales con individuos de su mismo sexo.

Para fines del presente análisis se hará uso de las palabras “homosexual” y “gay/gai” para referirse a los personajes de la obra. Esta aclaratoria obedece al número de vocablos, en especial coloquiales que existen para referirse a la sexualidad masculina, en cuanto a la atracción erótica que experimentan un hombre hacia otro hombre. Algunas de estas palabras son: sodomita, maricón, locota, parchita, mariposón, pargoleta, afeminado, etc.

La virgen de los sicarios (1994) comienza cuando Fernando, voz narrativa en primera persona y escritor maduro, llega a su país natal, luego de años de ausencia. A partir de ese momento se relaciona eróticamente con jóvenes sicarios, en forma cíclica con quienes mantiene relaciones inmersas en sensualidad, amor, violencia y complicidad. En voz de Fernando “Alexis era el Ángel Exterminador que había descendido sobre Medellín a acabar con su raza perversa” (Vallejo: 1994: 55) y Wilmar “el enviado de Satanás que había venido a poner orden en este mundo con el Dios no

puede.” (Vallejo: 1994: 99) La duplicación de la historia, primero con Alexis y luego con Wilmar, sugiere la repetición incontable de la realidad colombiana y de la homosexualidad inmersa en ella. Así, Fernando recorre las calles de la gran ciudad con sus amantes, en ocasiones visitando iglesias, abundantes, en Medellín y en otras, con complicidad implícita acompaña a sus ángeles exterminadores a cometer los asesinatos más atroces a transeúntes desprevenidos, a punkero, mujeres, niños, mimos o a cualquiera por “andar existiendo”.

Asimismo, comparte con sus amantes sicarios un apartamento en el último piso de un edificio en el centro de la ciudad, desde donde pueden ver de cerca las montañas que circundan Medellín, la gran metrópolis. Fernando lo describe de la siguiente forma “Este apartamento mío está rodeado de terrazas y balcones. Terrazas y balcones por los cuatro costados... (Vallejo: 1994: 17). “¡Coño!- exclamó Wilmar al conocer mi apartamento. ¡Aquí no hay televisión...! (p.93). Con ambos jóvenes, de manera consecutiva, Fernando, personaje principal, comparte la intimidad de su apartamento que se constituye en el escenario predilecto para el idílico, donde no existen prohibiciones ni restricciones para el amor y la pasión. . Además, alejados de la violenta, única realidad, que los jóvenes sicarios han conocido, hasta ahora. El encuentro homoeróticos de Fernando con los jóvenes sicarios influye preponderantemente en la construcción del personaje por el solo hecho de plantear estas realidades, se advierte subversivo para el género sicario.

Primero Alexis, luego Wilmar, comparten con Fernando aproximadamente 7 meses, entre el bullicio de las calles y la intimidad del apartamento. En otro momento de la novela Fernando así lo cuenta “Amaneció martes y yo vivo y él abrazado a mí y radiante la mañana.” ¿Qué día es? Me preguntó abriendo los ojos el ángel,” (Vallejo: 1994.95)

Fernando, el último gramático, como el mismo se define, llega a Medellín dispuesto a morir, en la tierra que lo vio nacer. Reflexiona, al lado de sus jóvenes sicarios sobre la fugacidad de la vida imprimiendo nostalgia a los recuerdos de una juventud ya consumida por el tiempo, cuando llega a una ciudad que ya no conocía. Así lo expresa el

propio Fernando “... de la que ya estoy cerca: lo cerca que estoy de la muerte y sus gusanos.” (Vallejo, 1994:11). Si bien, existe un gran desfase generacional, con sus amantes, comprende cuando se acerca al mundo sicarial, de la violencia, la fugacidad de la vida y desde la palabra, del idiolecto parlache, lo que representa la realidad en el imaginario del sicario y en su oficio de asesinar.

Las acciones de la historia tienen como marco la ciudad de Medellín en la década de los 90, período de tensión en Colombia debido a los enfrentamientos entre bandas y pandillas que se disputaban territorios y poder. Algunas de ellas estaban bajo el control del jefe del Cartel de Medellín Pablo Escobar Gaviria. Asimismo, en el ámbito de la sexualidad colombiana, apenas comenzaba a deslastrarse de estructuras rígidas y de resistencia a la diversidad sexual debido a una fuerte herencia machista y patriarcal. Donde la homosexualidad masculina (no la femenina) era considerada un comportamiento contrario a las normas sociales, naturales y religiosas, por lo tanto un hecho condenable.

No es sino hasta 1980 con la expedición del Decreto- Ley 100 que es retirada del código penal para su despenalización. Sin embargo, Cotrina (2017) afirma que siguió siendo considerada una enfermedad por la psiquiatría, un pecado por la iglesia católica...una conducta aberrante y censurable por parte de la sociedad colombiana” (p.153). La homosexualidad se despenaliza pero se continúa en la búsqueda de interpretaciones científicas y religiosas para dar explicación a lo que se concibe como anómalo.

Sin embargo, es necesario considerar que en una sociedad pueden cambiar las formas jurídicas, las normas escritas, los marcos de ordenamiento, pero las transformaciones de la mentalidad son a otro ritmo y están condicionados por otras normas. En especial por aquellas que se han consolidado en colectivo social por siglos de tradiciones y de deformación, muchas derivadas de normas jurídicas que intentaban normalizar el comportamiento de los individuos en muchos aspectos de la vida. Por su parte San Vicente (2019) afirma que “...lamentablemente, el rechazo, la discriminación

y la violencia, son aún latentes en la herencia de esta sociedad...Una sociedad estructurada entorno a valores homofóbicos.”(p.8)

Lo anterior, favoreció el establecimiento de la hegemonía patriarcal, lo que Pulido (2010) considera como la reafirmación del esquema masculino heterosexual..., como punto de partida de todos los discursos sobre la sexualidad en Colombia. (p.96).De este modo, la violencia en una sociedad duramente castigada por episodios de enfrentamientos y luchas por el poder, donde es primordialmente ejercida por hombres que se constituyen en los principales perpetradores de violencia en el ámbito público y principales víctimas, donde se articulan en jerarquías de poder.

El contexto histórico y sociocultural funciona en la diégesis de la obra como un telón de fondo que contextualiza la narración no como el polo de un conflicto entre el sistema excluyente y el homosexual, sino como parte de él.

Asimismo, resulta importante para el presente estudio analizar que el personaje sicario- homosexual que construye Vallejo posee muchos atributos de la masculinidad y responde en diversos momentos al estereotipo del sicario violento y peligroso, desde la dimensión conceptual de género a excepción de la escogencia sexual, de los jóvenes sicarios amantes, de Fernando. Lo que se describe de la siguiente forma “Sin muchas averiguaciones, ipso facto, en plena calle, Alexis les hizo lo mismito que otros le habían hecho al Difunto en el salón de billares: los encendió a balas. (Vallejo, 1994:44).En otro momento en voz de Fernando “...sacó el Ángel Exterminador su espada de fuego, su “tote”, su “fierro”, su juguete, y de un relámpago para cada uno en la frente los fulminó.¿ A los tres ? No bobito, a los cuatro.(Vallejo:1994:55)

De este modo, la identidad masculina de los sicarios la manifiestan cuando hacen demostraciones de prácticas, acciones y comportamientos que requieran el uso de la fuerza, cuando demuestran temeridad para enfrentar el peligro, seguridad en sí mismos en sus acciones, así como habilidades y destrezas en el manejo de armas de fuego. Algunos lectores podrían pensar que esta violencia exagerada del asesino puede lindar

con lo caricaturesco. Entiende o así siente que después de los primeros crímenes ya nada parece impresionarle

Cuando ejecutan a víctimas incautas o al defenderse de sus enemigos, se mantienen en constante alerta para la protección de sus propias vidas, ya que ganan enemigos. En este sentido, Alexis, es blanco de atentados y es alertado por otro sicario, el Difunto- Esto se puede observar en la obra “Al regresar ahí estaban: bajándose de una moto, en el atrio, pensando que estábamos adentro pero no, estábamos afuera... Alexis... los encendió a bala.” (Vallejo: 1994:44 .La violencia es la potencia que impulsa las diversas manifestaciones de muerte en la sociedad colombiana.

De este modo, los jóvenes sicarios desde los estereotipos de la masculinidad despliegan acciones contra víctimas desprevenidas que transitan por las calles de Medellín, donde se alinean a los patrones de conducta emparentados con la virilidad, fuerza, potencia, valentía, etc. Imperan en sus acciones, la violencia asociada a su oficio de sicario. Aun cuando los crímenes que ejecutan no obedecen a requerimientos de terceros, sino que seleccionan a las víctimas aleatoriamente y apelan su propio sentido de justicia. Se puede observar cuando Fernando describe “Fue lo último que comentó porque lo oyó el ángel, y de un tiro en la boca lo calló... Alexis y yo seguimos por entre la calle estática”. (Vallejo: 1994:66).

El binomio gay-sicario en la obra *La virgen de los sicarios* va a representar una combinación alejada de la visión latinoamericana del ser “hombre” de raíces profundamente patriarcales y machista, en donde el orden social rechaza a los homosexuales. No obstante, los jóvenes sicarios amantes de Fernando, también responden a algunos de los patrones comportamentales, prácticas y creencias de la cultura sicarial, propia del género sicario.

Fernando, consolida comportamientos asignados a la masculinidad de los jóvenes sicarios ajustados al hombre heterosexual, valiente e intrépido en la formación del espacio público que tiende a lo masculino, cuando los provee de balas para la ejecución de crímenes. Así lo expone Fernando “Las balas para recargar el revólver se las compró este servidor que por él vive.” (p.37). Asimismo, favorece las condiciones para que Alexis cometa los 250 asesinatos, durante su corta vida de adolescente. “Para hablar en cifras redondas, pongámoslo en doscientos cincuenta, que es un punto intermedio.” (p.37).

En este sentido, resulta interesante advertir la perspectiva de Bersani (1998) al considerar que hay una conexión entre la forma en que se obtiene el placer y el modo en que ejercemos el poder. El hombre es considerado socialmente “más capaz” para ejercer el poder por sus cualidades y habilidades ancestrales.

Los jóvenes amantes de Fernando harán una amalgama de los rasgos pertenecientes a uno y otro género para vulnerar las creencias, roles y maneras de conducirse que se imponen como apropiados para hombres y mujeres, lo que pone en juego el establecimiento de lo genérico. Por lo tanto, en el desarrollo de la historia los patrones de comportamientos y la identidad homosexual de los sicarios no responden a los estereotipos de afeminamiento convencional que de la homosexualidad se ha construido en el imaginario latinoamericano falocéntrico, machista y patriarcal. En la novela, la identidad sexual de los jóvenes sicarios, se escapa de los modos literarios tradicionales. Vallejo va hilvanando de manera magistral el componente homosexual sin caer en los estereotipos, sino ofreciendo un amplio registros e identidades.

Los personajes sicarios homosexuales son construidos desde la amalgama de las identidades masculina/ heterosexualidad - / homosexualidad/ afeminamiento en consonancia al ideal normativo que configura las relaciones formuladas socialmente. Calós y Villaciervos (2007) observan que los estereotipos masculinos se establecen en

función de la fortaleza, poder, engrimiento y habilidad para rechazar sus propios sentimientos.

Es así, como se construye el poder y la potencia se mide por el éxito y la competitividad...y la admiración que despierta en los demás. (p.38).” Asimismo, implica carecer de todas aquellas características que el imaginario social le atribuye a la mujer. Al hombre se le enseña a rechazar, a evadir la expresión de sentimientos y emotividad.

Por otra parte, partiendo de las imposiciones socioculturales, se encuentran presente en los sicarios, patrones de conductas homosexuales, al sostener relaciones eróticas con Fernando. En general los estereotipos femeninos se enmarcan, según Colás y Villaciervos (2007) dentro de los parámetros de la belleza, emocionalidad, predisposición para el amor, familiares y asociadas a lo doméstico.

Muy frecuentemente, dentro de los estereotipos manejados con respecto al homosexual están aquellos referidos a supuestas características femeninas. De una manera irracional, y en una conversión fácil, se piensa que el hombre gay es el espejo de lo femenino. Por su parte, San Vicente (2019) afirma que “Así los sujetos gay colombianos se encuentran con el estigma de no cumplir las expectativas heteronormativas de la sociedad. Una situación que los empuja a la demostración de... su masculinidad,” (p.54). Y por eso sus características se trasvasan de un sujeto a otro. El asunto es que también se simplifica la feminidad, la cual queda reducida a características esquemáticas como la delicadeza y suavidad en el trato de la mujer la cual se encamina tanto por el coqueteo como la cortesía. Frente a la intrepidez, valentía y riesgo físico de lo masculino que debe ser exhibido y demostrado en cada momento, a la mujer se le imagina más tímida y a veces temerosa.

En escenas como las que se describen a continuación, se observan comportamientos y actitudes relacionadas con la expresión de afectividad, atracción homoeróticas e intimidad corporal entre hombres. Pero casi siempre ellas son

enunciadas por Fernando y no por los sicarios: Y yo con Alexis, mi amor...Alexis duerme abrazado a mí con su trusa y nada, pero, nada le perturba su sueño”. (Vallejo: 1994:40).” Volví al apartamento y al rato llegó Alexis con un garrafón de aguardiente...abrió la botella, se tomó un trago y me lo dio en la boca. Así, tomando yo en su boca, él en la mía, en el delirio de un amor...” (Vallejo: 1994:28)

Lo que obviamente entra en franca contradicción con la tipificación de los ya señalados estereotipos masculinos. La cuestión sobre los estereotipos no radica en que hombres y mujeres sientan diferente sino a las representaciones culturales que se establecen de las ideas, preceptos y comportamientos, para controlar el desenvolvimiento de los individuos, en función a intereses preconcebidos.

Resulta interesante preguntar ¿Es fácil definir al homosexual porque se tiene una visión estereotipada de él? pero ¿qué pasa cuando sus comportamientos escapan de los estereotipos establecidos? Sin lugar a dudas, la apariencia corpórea y el proceder violento de los sicarios, en su oficio de asesinar, no podrían encuadrarse dentro de los patrones tradicionales de homosexualidad que maneja el colectivo social, en especial en la cultura latinoamericana.

Los jóvenes sicarios amantes de Fernando, deambulan entre la dicotomía de lo heterosexual/ homosexual de unos y otros roles que representan en sus relaciones con Fernando, que Alexis y Wilmar compartirán por mayor tiempo y La Plaga, el Difunto, harán de manera ocasional. Aunque en mayor o menor frecuencia se funden en el contacto corporal, íntimo, sexual con todos ellos. A excepción del Ñato que hará resistencia para mantenerse dentro de los parámetros de la heteronormatividad y por ende los estereotipos de la” masculinidad”. De cualquier modo, la configuración del sicario definida, por Osorio (2010) lo ubica como un sujeto degradado, por sus experiencias vitales de un entorno fundamentalmente agresivo”. Desde esa doble configuración se constituye en un aspecto novedoso configurado en la obra narrativa de Vallejo.

Cuando se subvierte ingeniosamente el personaje tipo sicario y entra en contradicción con uno de los aspectos más determinantes para su consolidación que de acuerdo a lo señalado por Musitano (2015) un sicario es un hombre, en general menor de 25 años, heterosexual.

No esencialismos

Uno de los aciertos de la novela de Fernando Vallejo es que no solo rompe con los estereotipos de la figura del sicario, es decir, con sus elementos o caracterizaciones masculinas y patriarcales, algo que ya hemos mencionado con anterioridad en reiteradas ocasiones. Lo más interesante es que dentro de la conducta o identidad gay u homosexual evita cualquier tipo de esencialismo.

Con frecuencia este tipo de idea se sustenta en razones biológicas donde un discurso supuestamente científico razona los motivos hormonales, psíquicos o en general naturales para explicar conductas o formas típicas de entender la homosexualidad. De este modo, surgen visiones que tratan de indicar lo sano y lo malsano. La medicina, la religión la búsqueda del orden social, trata de legitimar lo establecido como cierto, único y verdadero.

Porque lo interesante aquí es la discusión de cuando un hombre puede entrar en la identidad tan difuminada de la homosexualidad. Si esto eso se realiza en el momento de ser atraído sexualmente por un hombre o se halla en otras prácticas valores e ideas

Para analizar esta presentación múltiple de los personajes homosexuales de la obra nos puede ser de utilidad las tipologías propuestas por Retamal (2016) en cuanto a la representación de personajes homosexuales en obras latinoamericanas. Y esto porque nos permite distinguir los varios registros de esa identidad y además porque nos ofrecen una guía casi pedagógica para entender esas identidades. Retamal no habla específicamente de conductas y prácticas sino más bien sujetos que se observan a sí mismos y como asumen su homosexualidad:

a) Homosexuales que se aceptan y viven su sexualidad en el medio social. (b) Homosexuales en proceso de aceptación, lo asumen o no según se vean aceptados o rechazados. (c) Homosexuales que no se aceptan públicamente, pero lo practican en la clandestinidad por temor a la represalia.

Los sicarios Alexis, Wilmar, la Plaga y el Difunto, aceptan su sexualidad, su atracción por hombre. Aunque este tipo de prácticas la reservan al contexto de lo privado donde se conocen y se reconocen. El apartamento de José Antonio, es lugar privilegiado de esos encuentros homosexuales, por parte de jóvenes delincuentes, en su mayoría sicarios.

Además de Alexis y Wilmar también hay otros personajes homosexuales: la Plaga (Heider Antonio) y el Difunto, ambos sicarios de oficio, con quienes Fernando ocasionalmente sostuvo encuentros sexuales antes de conocer a sus dos definitivos amantes. Si bien, compartieron y se conocieron en el “cuarto de las mariposas”, Fernando no estableció vínculos emocionales con ninguno de los dos jóvenes. En el caso de la Plaga, como lo refiere él mismo “nuestro amor no prosperó” (1994: 35). Heider Antonio, luego de sostener encuentros con Fernando decide, establecerse en una relación de noviazgo con una chica, y oculta así su atracción por otros hombres. “Me dijo que tenía novia y que la pensaba preñar para tener un hijo que lo vengara” Vallejo (1994: 35).

En cuanto al Difunto, en palabras de Fernando “Al Difunto también me lo regalaron, recién salido del ataúd, y no eran sino los restos de lo que fue, el joven fornido y sano... ¡Pero qué, quién se resiste a acostarse con el ahijado de la Muerte! (p.43). El Difunto por su parte, al igual que la Plaga oculta su homosexualidad tras el establecimiento público de relaciones heterosexuales. Se encontraba en la espera de convertirse en padre.

Ambos sicarios, se presentan como hombres que han vivido como heterosexuales, y no aceptan su identidad sexual oculta. De este modo se produce lo que Butler (2006)

denomina heterosexualización del deseo, o sea el temor a ser visto como lo femenino, a no ser ya un hombre, a ser un hombre fallido. La heterosexualidad se cultiva mediante las prohibiciones que afectan a los vínculos homosexuales obligando a su pérdida

Si los jóvenes sicarios transfieren su amor a una mujer, se convierten en hombres heterosexuales. Al trasladar su deseo sexual y procrear hijos se adhieren a la normativa heterosexual y a la aceptación social. Se confina la atracción erótica que les despiertan otros hombres. Estos personajes se ajustan claramente a los parámetros dictados desde el patriarcado y adoptan modelos de masculinidad dominante que les permiten adaptarse a las expectativas sociales, donde los patrones de conductas esperados corresponden a los estereotipos establecidos para ser un “hombre” de verdad. Así, la Plaga y el Difunto, sicarios homosexuales, se ocultan bajo la fachada de la heterosexualidad, para insertarse en el contexto violento en el cual se desenvuelven y diluir los comportamientos estereotipados del homosexual. Esto es una actitud común ya aclarada por Bersani (2005)

El ser gay se torna cada vez más enmarcado en líneas de desviación sexual y anomalías, lo que ocasiona que las personas gay a pesar de querer obtener la aceptación de su condición sexual se muestran escurridizos ante la posibilidad de asumir su posición públicamente por temor a ser rechazados o condenados socialmente. (p.47).

El cuarto de las mariposas

En la novela se alude a un lugar “el cuarto de las mariposas”. Una habitación ubicada en el apartamento de José Antonio, un amigo de Fernando. El apartamento se presenta como un lugar de encuentros entre sicarios jóvenes que acudían a pasar el rato y en donde se propiciaba escaramuzas sexuales. Sin embargo, Fernando aclara “... venían de aburrirse afuera a aburrirse adentro. En ese apartamento nunca se tomaba ni se fumaba: ni marihuana ni basuco ni nada de nada. Era un templo.” (Vallejo: 1994:11). Se podría inferir, entonces, que su dueño, también homosexual, solo contribuía a fomentar

y apoyar el amor libre. Ahí Fernando conoce a dos de sus jóvenes amantes a Alexis y a la Plaga. Fernando comenta- “A La Plaga lo conocí también en el cuarto de las mariposas, pero nuestro amor no prosperó”. (Vallejo: 1994:35).

En el primer encuentro de Fernando y Alexis, el joven sicario, que ha acabado con muchas vidas, audaz, valeroso, se encamina con Fernando, a una habitación que no recibe otro apelativo sino “el cuarto de las mariposas”, pero ¿por qué no el cuarto de las abejas o de los mosquitos? Es evidente que Vallejo contextualiza un encuentro homosexual que el mismo autor lo enmarca en la sexualidad extra normativa. Sobre todo, al manejar el símbolo de la mariposa y relacionarlo con la homosexualidad masculina.

De la tradición homofóbica derivan, precisamente, apelativos descalificativos como “mariposón” al referirse a un hombre afeminado. Se observa, la influencia de una lógica binaria de género, sobre las conductas sexuales que se encuentran fuera de la n En este sentido, el sustantivo *mariposa*, se encuentra en el Diccionario Gay Español con esta acepción:

Curiosamente, la primera referencia escrita en la que se relaciona la mariposa con la homosexualidad masculina es el siglo 16, realizada por Pedro de León, jesuita confesor de la cárcel de Sevilla, en el libro “Apéndice de los Ajusticiados”, en el que comparaba a los hombres que practicaban la sodomía con las “mariposillas” que tentadas por la luz de la llama se acercaban demasiado y acababan quemados en la hoguera.”

El profesor Carrasco en su obra “Inquisición y representación sexual en Valencia” en el apartado, *Historia de los sodomitas*, documentó que el tribunal Inquisitorial condenó a más de 1661 hombres bajo el cargo de sodomía. Refiriéndose especialmente al placer sexual, entre personas del mismo sexo, donde se consumará la penetración anal. Además, este delito se asociaba al gusto de hombres adultos por jóvenes varones.

Resulta interesante la analogía que sugiere el Padre jesuita Pedro de León, con el término “mariposón” ya que cuando las “mariposillas” atraídas por la luminosidad de la llama se acercaban seducidas por su resplandor, terminaban quemando sus alas. Del mismo modo, los hombres atraídos por otros, también llamados sodomitas, dan rienda suelta a sus deseos pasionales y acceden a sostener encuentros homoeróticos. Al igual que a las mariposas, al acercarse a las llamas de la hoguera, así eran castigados por la Inquisición.

El condenado era quemado vivo y sometido a recibir las llamas del fuego hasta su muerte, para así purificar sus cuerpos y almas. Ocurría en lugares públicos para que sirviera de escarmiento a la sociedad. Los hombres, sobre todo en edad madura, eran los castigados de esta manera mientras que los hombres más jóvenes se les sometían a otros tipos de reprimendas. La condena se justificaba en la idea que la relación sexual entre dos hombres era incapaz de engendrar, además ocurría la penetración anal que conllevaba al desperdicio del semen, considerado desde la iglesia como fluido que permitía la procreación y la vida, en consecuencia, la reproducción de la especie humana.

Retomando la idea del término “mariposón” cabe considerar que en el siglo XVI en Sevilla se utilizaba el término “pecado nefando” que hace referencia según la RAE a “dicho de una cosa: Que causa repugnancia u horror hablar de ella” para referirse a la atracción erótica entre personas del mismo sexo, **p**or considerarse este acto, abominable contra la moral

Del mismo modo Foucault afirma que la visibilidad gay y lesbiana tienen como efecto transformar la sociedad en su conjunto, ya que ha modificado profundamente lo que se puede ver y, por consiguiente, pensar. Por tanto, la salida a la luz del día sin duda representa uno de las mayores controversias en el orden sexual y social establecido.

Otro significado de “mariposa” lo podríamos relacionar desde la perspectiva de su metamorfosis: oruga- crisálida- mariposa, diferentes momentos de una vida. Como si los

jóvenes sicarios amantes de Fernando transitaran diferentes facetas al mostrarse como asesinos, sicarios dentro de la heteronormatividad en el espacio público y amantes eróticos, en lo privado, durante los encuentros sexuales que sostenían con él, ahí en el “cuarto de las mariposas”.

Retomando la idea del término “mariposón” cabe considerar que en el siglo XVI en Sevilla se utilizaba el término “pecado nefando” que hace referencia según la RAE a “dicho de una cosa: Que causa repugnancia u horror hablar de ella” para referirse a la atracción erótica entre personas del mismo sexo, **p**or considerarse este acto, abominable contra la moral

Del mismo modo Foucault afirma que la visibilidad gay y lesbiana tienen como efecto transformar la sociedad en su conjunto, ya que ha modificado profundamente lo que se puede ver y, por consiguiente, pensar. Por tanto, la salida a la luz del día sin duda representa uno de las mayores controversias en el orden sexual y social establecido.

Otro significado de “mariposa” lo podríamos relacionar desde la perspectiva de su metamorfosis: oruga- crisálida- mariposa, diferentes momentos de una vida. Como si los jóvenes sicarios amantes de Fernando transitaran diferentes facetas al mostrarse como asesinos, sicarios dentro de la heteronormatividad en el espacio público y amantes eróticos, en lo privado, durante los encuentros sexuales que sostenían con él, ahí en el “cuarto de las mariposas”. Esto se observa en la novela cuando Fernando describe “¿Entonces desde la primera noche que pasaste conmigo en mi apartamento me habrías podido matar? Se rió y me dijo que si a alguien él no mataría en este mundo era a mí.” (Vallejo: 1994:115). Es clara la representación de los personajes sicarios amantes de Fernando en la dicotomía genérica del binomio masculino/femenino en el rol sicario/homosexual donde se amalgaman los estereotipos.

Vallejo, alude al discurso hegemónico de la sexualidad, al referirse a “el cuarto de las mariposas”. Los jóvenes sicarios entraban en el fuego de la lujuria y la aventura

con Fernando un hombre maduro, perteneciente a un mundo muy distinto al que ellos conocían. Como hombre adulto, Fernando demuestra especial atracción por los jóvenes, sicarios que no alcanzaban a cumplir la mayoría de edad. Sin embargo, la disfuncionalidad familiar, aunado a la difícil situación económica de los jóvenes sicarios, facilita que esto pase desapercibidos tanto familiar como socialmente.

No deja de sorprender que en la referida habitación no se hallaran mariposas. Como lo refiere Fernando- “Lo que sí no han visto esas cuatro paredes son las mariposas porque en el cuarto así llamado no las hay.” (Vallejo: 1994:12). Se pretende desdibujar, con la no existencia de las mariposas las implicaciones de las acciones que ejecuta dentro de esa habitación que convierten a Fernando y Alexis en “mariposas” en forma figurativa, a partir del uso que hace de su cuerpo en intimidad con otro hombre y a la analogía referida para ello. De este modo, el género deja de convertirse en un ordenador simbólico normativo, donde desaparece el binomio hombre/ mujer. Vallejo hace alusión la norma sexual para luego apartarse de ella.

Es interesante considerar que, en la habitación, en lugar de las mariposas se encontraba múltiples relojes detenidos en diferentes horas. Lo que Fernando mismo señala como “... corazones muertos” (Vall 103 34:53). Ellos representan a cada uno de los jóvenes, en su mayoría sicarios, que compartían con otros hombres en esa habitación y que no regresaban jamás, inmersos en el juego macabro de la “muerte por encargo” de las mafias y el narcotráfico.

Cada reloj detenido e inerte simboliza el tiempo congelado que cobraba vida ante la energía vital de cada muchacho que ingresaba a la habitación. Fernando lo refiere de la siguiente manera- “...por ese apartamento de José Antonio, por entre sus relojes detenidos como fechas en lapidas de los cementerios, pasaban infinidad de muchachos vivos. O sea, quiero decir, vivos hoy y mañana muertos que es la ley del mundo, pero asesinados: jóvenes asesinos asesinados... (Vallejo: 1994:11). El apartamento de José Antonio se caracterizaba entonces por la fugacidad, del acto sexual y la fugacidad de la vida de los jóvenes sicarios- homosexuales, doblemente marginados.

Pedofilia y amor gay

Desde la sociedad griega se despenden prácticas relacionadas con la idea de homoerotismo masculino. Una de ellas es la conocida como tutelaje o pederastia. Para los griegos tenía un carácter obligatorio como práctica formativa entre los jóvenes. La finalidad fundamental era la de establecer una relación de tutelaje entre un hombre en edad adulta y un joven pueril. Más allá del contacto sexual la relación se establecía para que el adulto, mediante un rol de mentor o tutor, velara por el desarrollo de las capacidades y potencialidades tanto físicas como intelectuales y artísticas de su joven discípulo. Los hombres no eran considerados ni legal ni socialmente como adultos hasta que no alcanzara la edad de contraer matrimonio.

Las normas que regían este tipo de relaciones se fundamentaban en el estatus social y la edad, puesto que se consideraban ciertas condiciones para ejercer el rol activo o pasivo. Al que le estaba permitido desempeñar el rol activo denominado también “erastés” (amante) era el hombre adulto que debía encargarse de la formación integral y de los cuidados del joven y además hacerlo sentir amado, y era quien podía penetrar durante la relación sexual, ya que poseía la edad, prestigio social y económico para hacerlo.

Por otra se encuentra el hombre joven o “arómenos” (amado) quien debía desempeñar el rol pasivo y acceder a la penetración, a pesar de la connotación social que eso implicaba para los griegos, ya que estaba relacionada con la postura de inferioridad y se relacionaba con la condición de receptora y penetrada de la mujer. Además, el joven debía retribuir los cuidados a su mentor permitiéndole disfrutar de los privilegios de su belleza fresca y dispensándole su agradecimiento. En consecuencia, en la antigua Grecia se consideraba bochornoso y criticable aquel que se dejaba sodomizar y no al que lo hacía porque se ubicaba en el rol del activo.

En este sentido, según la revista *Histórica crítica* (2015) la homosexualidad, se calificaba como sodomía, a partir de la idea de la penetración, particularmente, la anal. La representación de la fornicación por el orificio más sucio escandalizó rápidamente y desencadenó una profunda reacción hacia la lujuria y el goce. Asimismo, cualquier tipo de actividad sexual no reproductiva durante la Edad Media era juzgada como pecado por la iglesia y como delito por parte del sistema jurídico, penal. En este sentido, Borja (2004) agrega que, de cualquier modo, invariablemente acarrearán la muerte para el acusado, donde los tipos de castigo iban desde la hoguera hasta la castración, la cárcel y el destierro. (p.103)

Por su parte Foucault (1996) afirma que la transformación de penalidad no forma pues simplemente parte de una historia del cuerpo, sino, para ser más exactos, de una historia de las relaciones entre el poder político y los cuerpos. (p.31). Así, la homosexualidad se consideró como una forma de desestabilización de las estructuras de poder y del orden dentro de la sociedad, en especial la homosexualidad en el hombre. Por tal razón era castigada con mayor rigidez y severidad que la femenina, por parte del clérigo y de las leyes.

Borja (2004) afirma que se insistía que era un acto contra del orden natural, y que por tal razón debía ser castigado, pero se insistía que se debía extirpar, para lo cual se aconsejaba que el criminal fuese quemado en llamas de fuego... (p. 104). Mientras que en la homosexualidad femenina la Iglesia era con más tolerancia, al considerar que había ausencia de penetración y no se incurría en el desperdicio de semen, fundamental para la procreación y reproducción de la humanidad. Además, se estaba atentando contra la manifestación natural de Dios, en el hombre, para la preservación de la especie humana.

Asimismo, Foucault (2007) sostiene que durante los siglos XVII – XIX el gusto por el mismo sexo era percibido como una monstruosidad, una desviación, una anomalía, que requería de tratamientos, lo que promovió, más tarde una serie de

mecanismo de vigilancia y de distribución del orden. “El homosexual era visto como un monstruo social que rompe la norma por medio de la revuelta.” (p.99).

De este modo, los sujetos gais eran catalogados como promotores de la desestabilización del orden social, y la hegemonía del poder. Asimismo, se les consideraba como enemigos públicos y trasgresores: “El criminal es definido, como el enemigo de la sociedad, al romper el pacto social, es su enemigo interior. El castigo no deriva de la falta en sí misma sino del perjuicio causado a la sociedad o el daño que le inflige...” (p.26). Para su corrección eran enjuiciados por entes punitivos que ejercían sus métodos correccionales a través de médicos, jueces o brujos, en busca de lograr la normalización de todo aquel individuo que se hallaban fuera de la norma.

Desde esta perspectiva, en la obra *La virgen de los sicarios*, Fernando disfruta del encanto juvenil y de los cuerpos de sus jóvenes amantes. Alexis y Wilmar contaban ambos con tan solo diecisiete años cada uno. La Plaga contaba con la corta edad de quince años y el Difunto no se revela su edad, pero es contemporáneo con el resto de coetáneos. En este sentido Fernando, el hombre adulto, sin hacer reparo de su edad que ronda por los cincuenta años, se relaciona con los jóvenes.

Se observa un desfase generacional, que se observa cuando Fernando, el gramático, de 50 años no comparte los intereses juveniles de sus amantes sicarios, como los géneros musicales, la afición a la música, la visión y la cilindrada de una motocicleta. Fernando es maduro e intelectual y los jóvenes, ruidosos, con la jerga del parlache comunero. No obstante, Fernando está fascinado por sus encantos juveniles y acepta el reto del amor para correr tras él.

En cuanto a la atracción por lo jóvenes, Fernando reflexiona así: - “Los muchachos no son de nadie”-...- son de quien los necesite... (p.12). Desde esta perspectiva, Fernando disfruta del encanto juvenil de los amantes juveniles y la intensidad con la que han vivido. Se establece así una relación de pederastia, al Alexis,

Wilmar, el Difunto y la Plaga sostener encuentros sexuales con un hombre de mayor edad y este consentirlo, sin mayores miramientos.

Fernando refiere- “Tiene quince añitos con pelusita que desarma el corazón. Creo que se llama Heider Antonio, un nombre bello.” (Vallejo: 1994:35)-“Al Difunto me lo regalaron, recién saliendo del ataúd...pero quien se resiste a acostarse con el ahijado de la Muerte.”(Vallejo: 1994:43).

Como bien se mencionó anteriormente, Fernando, la voz narrativa describe en forma emotiva lo que el contacto con los jóvenes sicarios le inspira: erotismo, amor, cariño. Resulta clara la conexión de Fernando, el gramático maduro, con sus jóvenes amantes Alexis y Wilmar. No solo existe atracción sexual, sino que además se manifiesta demostraciones del amor eros y ágape. Fernando se esfuerza por proporcionarle atenciones y gustos juveniles.

En el transcurso de las relaciones primero con Alexis, luego con Wilmar, Fernando expresa una profunda admiración y atracción por sus jóvenes amantes: “Aquí guardo una foto suya dedicada a mí por el reverso. Me dice simplemente así: “Tuyo, para toda la vida”, y basta. ¿Para qué querría más? Mi vida entera se agota en eso”. (p.45).

Sin embargo, no se puntualizan los detalles de los encuentros sexuales ni las descripciones exhaustivas en cuanto a las posiciones que asumen durante el acto carnal. Serrano (1997) afirma que del hombre *marica* se espera un comportamiento amanerado, que quiera ser mujer o por lo menos parecerse a ella y que guste de ocupar un papel “pasivo” en las relaciones.

No obstante, curiosamente, no se observa, ninguna muestra de amaneramiento en los sicarios, al contrario, se regodean con el estereotipo masculino. Asimismo, las palabras “marica” y “cacorro” tomadas del contexto colombiano según Serrano, nacen de la imposición de la lógica binaria del género dentro de una realidad homosexual. Donde se contraponen las categorías dicotómicas del cacorro hombre que penetra y

marica el penetrado, diferenciándose los roles del penetrado que pierde su condición masculina y el que penetra se feminiza y lo hace homosexual. No obstante, Fernando, el gramático, no especifica su rol ni el de sus jóvenes amantes durante el encuentro sexual. Desde la perspectiva propuesta por Judith Butler se deconstruye el funcionamiento del binario de género y el sistema de poder que el dispositivo de sexualidad ejerce sobre los cuerpos.

Fernando lo describe de la siguiente manera “Alexis empezó a desvestirse y yo a él...Les evito toda descripción pornográfica” (Vallejo: 1994:12)-“Le quité la camisa, se quitó los zapatos, le quité lo pantalones... (Vallejo: 1994:16). Se podría suponer que desde la experiencia de Fernando, el hombre adulto, con los jóvenes cándidos, que es él quien toma el rol dominador, activo, penetrador. No obstante, los sicarios no demuestran ingenuidad antes las propuestas eróticas que les hace Fernando, por el contrario, le corresponden y parecen disfrutarlas.

Fernando en otro momento relata: “Volví al apartamento y al rato llegó Alexis, con un garrafón... se tomó un trago y me lo dio en la boca” (Vallejo; 1994:18). Cuestión que nos permite afirmar que los jóvenes también correspondían a sus deseos carnales. A pesar de su candidez como por ejemplo la Plaga que solo contaba con 15 años. Sin embargo, no se deja claro si ya estaban iniciados en experiencias sexuales anteriores de las experimentadas con Fernando.

De este modo, resulta evidente que la relación pederasta no es idéntica a la concepción griega ya que se desconoce los roles activo o pasivos que comparte con sus jóvenes amantes. Lo semejante es el hecho de una relación con sujetos de cortas edades también del estatus social y económico que exhibe (aristocracia) Fernando.

Él pertenece a un estatus social antagónico al de sus jóvenes amantes, simboliza la intelectualidad, la opulencia y la superioridad de clase social. Lo que permite ofrecerles condiciones privilegiadas que probablemente ellos por sus condiciones de pobreza y abandono familiar no pueden acceder. Alexis y Wilmar reciben obsequios por parte de

Fernando, sin embargo, no se establece una relación meramente de provecho material, aunque resultan complacidos en muchos de sus caprichos juveniles.

Fernando refiere” Con la ropa nueva de Wilmar mis tres míseros closets vacíos quedaron atestados”. (Vallejo: 1994:98) “Así que el día siguiente le compré otra casetera y aguanté otra hora de estrépito... (Vallejo: 1994:18). Se evidencia un tipo de relación no solo sostenida por los obsequios sino también por la afectividad y el amor.

Asimismo, resulta importante recalcar que, en relación a la sociedad de la antigua Grecia, que se está en presencia de varios arómenos (amados) y un erastés (amante). Como se comentó, se desconocen descripciones sexuales. Entre los griegos la pederastia era considerada como una práctica común y socialmente aceptada y ella “supuestamente” contribuía a la formación e integración del joven para convertirlo en un buen ciudadano. Hoy, la pederastia resulta censurada y rechazada legalmente, por considerarse abusiva y violatoria de la integridad física y moral de los jóvenes. No obstante, la descomposición familiar y del Estado, aunado a las condiciones de marginalidad y pobreza le han dado paso.

Cuerpo y erotismo

El aspecto corporal determina en gran medida la forma como los individuos se perciben a sí mismos y se relacionan con los demás. El imaginario social se encarga de construir una definición de los cuerpos, concebido desde la determinante cultural. Alemany y Velasco (2008) afirman que “Todas las culturas construyen sus significados corporales desde sus propios lenguajes y cosmovisiones.” Para Pastor (2004) El cuerpo forma parte del proceso de la construcción de la identidad de un individuo... donde se construye la inscripción de la sexualidad. (p.217). De este modo, de manera implícita se establece parámetros que se consolidan como normativas que rigen las formas de vestir, de andar y de comportarse, para ser reconocido. La interacción que genere el individuo

con su propio cuerpo va a determinar en gran medida la forma en cómo va a interactuar con los otros.

Se podría entonces afirmar que el cuerpo se constituye en un referente sobre el cual se asignan cualidades simbólicas identificadoras, atribuidas a la imagen del cuerpo del hombre o de la mujer. Enmarcado dentro de las ideas, prejuicios, valores, interpretaciones y prohibiciones sobre la vida de los individuos. Por supuesto que también se produce el rechazo o la censura social cuando los comportamientos y conductas no se manifiestan en los límites de lo deseable y/o esperado.

Durante el desarrollo narrativo de la obra *La virgen de los sicarios*, no se detalla con exactitud por parte de la voz narrativa de Fernando los cuerpos de sus amantes sicarios. Lo que sí resulta claro es que se enmarcan dentro de los prototipos y de las formas de vestir y de calzar de los estándares de sus edades en el contexto social colombiano. Esto se puede observar en la novela "... le compré a Wilmar los famosos tenis y la dotación completa de símbolos sexuales: jeans, camisas, camisetas, cachuchas, calcetines, trusas y hasta suéteres y chaquetas para los fríos glaciales del trópico." (Vallejo: 1994:98). No se hace referencia al uso de prendas de vestir o accesorios femeninos, que se relacionen con prácticas travestis, en ningún episodio de la historia. Por el contrario, los jóvenes sicarios Alexis, Wilmar, el Difunto, la Plaga y el Ñato se ajustan a los estereotipos de masculinidad con referencia a la sociedad colombiana. Fundamentada en las construcciones simbólicas del imaginario colectivo que reafirma el patriarcado al construir imágenes que determinen las formas vestir y de calzar desde la virilidad que incluye colores y estilo de ropa.

Se observa el sentido social de los modos de vestir según los patrones de género impuesto desde las pautas socioculturales. Se enmarcan en las identidades de género binaria y jerarquía impuesta desde el orden social. De este modo, los cuerpos de los jóvenes amantes de Fernando quedan disciplinados a los estereotipos de ser viriles, hombres, masculinos. Entonces vestir el cuerpo constituye una práctica corporal contextualizada que expresa la relación entre -el cuerpo-la cultura- el género. Además

implica cumplir las expectativas exigidas al cuerpo, dado a que cuando son desafiadas, se exponen a la condena social, que los sicarios evitan a toda costa en el espacio público. Entonces, el género es una de las categorías sociales que lo reglamenta. Como lo señala Lamas (1995) el género se refiere a aquellas áreas- tanto estructurales como ideológicas- que comprenden relaciones entre los sexos.

De igual modo, Fernando, recalca las habilidades y destrezas corporales al momento de atacar a sus víctimas como al momento de huir. Algunas de ellas las ponen en evidencia cuando recorren con Fernando las calles de Medellín. En especial están aquellas relacionadas con las destrezas en el manejo de armas y la rapidez en la huida, requeridas en el oficio de la muerte por encargo. Así, lo describe Fernando “Más les valía no haber nacido. ¡Tas! ¡Tas! ¡Tas! Tres tiros en las puras frentes y tres soldados caídos, tiesos. ¿Cuándo sacó Alexis el revólver? Ni alcancé a ver” (Vallejo: 1994:37). Los estereotipos de la masculinidad y virilidad, que despliegan sus procederes, parecen despertar en Fernando admiración y deseo, a pesar que en algún momento le produjo remordimientos “

Bersani (1998) sostiene que “En sus deseos, el varón gay siempre se aventura a identificarse con imágenes culturalmente dominantes de la masculinidad misógina”. Se toman como modelos prototipos de hombres que representan fuerza física, temeridad en sus acciones y autoridad como militares, policías, guardaespaldas, aviadores, partidistas, etc.

Los encuentros sexuales son relatados entre el erotismo y la admiración de Fernando hacia los atributos físicos de sus sicarios, inspirado por su gran belleza. En voz de Fernando” Abre las ventanas mi niño- le pedía- para que entre la brisa”. Y mi niño se levantaba desnudo como un espejismo de las Mil y una noches y su imaginación desaforada, con sus escapularios, y abría el balcón. (Vallejo: 1994: 24) “Como Alexis, mi amor: tenía los ojos verdes, hondos, puros, de un verde que valía por todos lo de la sabana...” (Vallejo: 1994:9) “Que su desnuda belleza se realizaba por el escapulario de la

Virgen que le colgaba en el pecho.”. (Vallejo: 1994: 94). De este modo, Fernando observaba con detenimiento y deseo erótico los cuerpos de sus amantes y se deleitaba con ellos. Los amantes no expresaban vergüenza al exhibir sus cuerpos y se cobijaban en la confianza. Los cuerpos de los jóvenes amantes se describen desde los estereotipos de la virilidad masculina, y los simbolismos que representan la cultura sicarial, los escapularios, los amuletos protectores. De este modo, el cuerpo de su amante conjuga la sexualidad entre los tintes de la masculinidad y la sensualidad afeminada.

Sin lugar a dudas, la apariencia corpórea y el proceder violento de los sicarios, en su oficio de asesinar, no podrían encuadrarse dentro de los patrones tradicionales de los estereotipos homosexuales, que maneja el imaginario social, del cuerpo del personaje gay, en especial en la cultura latinoamericana. No se establece, pues, una relación compatible entre el patrón de comportamiento homosexual, y el cuerpo de sicario, en relación al género y el valor que implica asesinar sin ser asesinado, donde demuestra el poder que ostenta con su arma de fuego, temido y respetado por sus coetáneos.

De esta manera, los cuerpos de los sicarios se constituyen desde la dicotomía heterosexual/ homosexual. Se contraviene la imagen corpórea del sujeto homosexual al escapar de imágenes que durante tanto tiempo han ridiculizado y creado modelos caricaturescos o imágenes negativas.

De este modo, se reconduce la representación y percepción del cuerpo del personaje homosexual donde se ejerce un modo de violencia simbólica. Este aspecto representa sumo interés para la presente investigación, al desmarcarse el personaje sicario de marcas absolutas de heterosexual en su construcción ficcional y se aporta una nueva perspectiva para el entendimiento de la producción cultural tendente a reafirmar la primacía de la heterosexualidad.

Homosexualidad y ciudad

"La calle es una selva de cemento."

Juanito Alimaña. Héctor Lavoe y-Willie Colón.

Con la misma vehemencia con la que mantienen encuentros sexuales los personajes transitan por la ciudad, como escenario central de la acción.

En este sentido, Didier (1999) explica que los homosexuales están condenados a la ciudad y lo están asimismo a toda forma de violencia (P.64). El ambiente urbano, las grandes metrópolis, se convierten en espacios donde la homosexualidad está menos estigmatizada comparada con los asentamientos rurales. Esto se debe en gran parte por la diversidad de personas que allí habitan, al sincretismo cultural y generacional que en ellas convergen.

Para Foster (1997) la cultura homoerótica necesariamente pasa por los espacios urbanos. Aunque es lógico que haya homoerotismo en todo espacio vivencial, la identidad de algo como una "cultura gay" y el desarrollo de una ideología, están íntimamente vinculados al entorno metropolitano. (p.91). Además, se propicia en el colectivo social nuevas tendencias socio-culturales que se manifiestan en la constante renovación del individuo para captar y representar su realidad. Dentro de un ambiente diverso, cambiante que entiende y acepta con mayor flexibilidad la libertad individual y las muchas formas de vivir.

Foster (1997) sostiene que la ciudad proporciona varias oportunidades para el refugio o el resguardo, comenzando por el hecho de que las grandes concentraciones demográficas son más difíciles de vigilar y así, el ciudadano prevenido puede ejercer más libertad que en otros lugares. (P.91).

En compañía del gramático, Los jóvenes sicarios despliegan una estela amorosa por un lado y por otro lado de acciones violentas. Durante los recorridos Fernando emite un sinnúmero de críticas contra la ciudad, contra Colombia, sus instituciones y su gente. De esta manera, se pone de manifiesto la oralidad de Fernando, la voz narrativa que se confunde con la experiencia personal y la vida de la ciudad. De este modo se describe en la obra "La noche de alma negra, delincuente, tomaba posesión de Medellín, capital del odio, corazón de los vastos reinos de Satanás. Algún carro desperdigado me alumbraba por un instante la calle, iluminando con sus faros hasta cuatro palmas el porvenir. (Vallejo, 1994:81).

Medellín se convierte así en una ciudad en donde emerge la violencia callejera en la figura del sicario y a la vez el escenario para las relaciones homoeróticas con los jóvenes. Ellos representan la decadencia y la crisis socio-política de la Colombia del siglo XX. Esto se puede observar cuando se describe "Y así voy por estas calles de Medellín alias Medallo viendo y oyendo cosas. Desquitándole a la muerte... (Vallejo: 1994:33). En este sentido, Fernando en sus recorridos se conecta a la extraña modernidad y a esa nueva realidad que se presenta ante sus ojos, pobreza, marginalidad y hacinamiento, termina acompañando de cerca la cultura sicarial con sus jóvenes amantes y la experimenta en función de la ciudad que va recorrer hasta perderlos, prematuramente, como parte de la nueva Medellín que quizás no hubiese percibido nunca desde su postura de académica e intelectual.

Resulta interesante observar que la metrópolis se convierte en escenario perfecto para los jóvenes sicarios homosexuales y Fernando. Sin embargo, no se establece públicamente, en las anchas y concurridas calles de Medellín, ninguna conducta notoria que exponga el idilio existente entre ellos. La homosexualidad de los sicarios, permanece por lo tanto oculta en el espacio privado.

Cabe resaltar que la homofobia y la misoginia de los mismos homosexuales se manifiesta no solo en el rechazo de la feminidad y afeminamiento de los varones sino a

través de comportamientos que violenten y discriminen a los que comenten excesos de feminidad en sus comportamientos.

Bersani (1998) explica que “En sus deseos, el varón gay siempre se aventura a identificarse con imágenes culturalmente dominantes de la masculinidad misógina”. De este modo especialmente en los países occidentales, se tomó la actitud del macho: motociclista, soldados, trabajadores de la construcción que paulatinamente, ha transformado el símbolo de la masculinidad. Es de este modo como la ciudad se convierte en el escenario perfecto para el sicario como personaje doblemente marginado y periférico.

Fernando, el amante maduro

Fernando, el escritor, regresa a su ciudad natal Medellín, luego de permanecer largo tiempo fuera. Llega a una ciudad desconocida y sometida a la violencia y a la proliferación de bandas delictivas y del narcotráfico. Conoce a Alexis, un joven sicario. En el apartamento de un amigo, José Antonio, (también homosexual) y entre ellos se propician encuentros eróticos. En voz de José Antonio:

Aquí te regalo a esta belleza - me dijo José Antonio cuando me presentó a Alexis- que ya lleva como diez muertos”. Alexis se rió y yo también y por supuesto no le creí, o mejor dicho sí. Después le dijo al muchacho: “Vaya lleve a éste a conocer el cuarto de las mariposas” (Vallejo, 1994:10).

La invitación que hace el amigo a Fernando revela claramente el ofrecimiento del muchacho. En este acto se manifiesta el rompimiento de la lógica binaria del género, impuesta sobre los cuerpos de Fernando y Alexis, al ofrecer sexualmente un hombre, otro hombre.

En el ofrecimiento que se hace del sicario, se recalcan los estereotipos de hombría “lleva diez muertos” es decir, es valiente y audaz. Se desdibuja así cualquier rasgo de feminización, destacando los estereotipos de masculinidad.

Serrano (1997) expone que del hombre *marica* se espera que se comporte amanerado, que quiera ser mujer o por lo menos parecerse a ella y que guste de ocupar un papel “pasivo” en las relaciones (p.14). Sin embargo, curiosamente, no se observa, ninguna muestra de amaneramiento en Alexis o Wilmar, al contrario, se regodean con el estereotipo masculino. Esta exacerbación de la masculinidad está relacionada con una visión de la identidad homosexual, que lejos de exhibir afeminamiento, extiende los límites a una exaltada virilidad.

Alexis deja claro desde el inicio que su elección es exclusivamente homosexual, ya que las mujeres no despiertan en él deseo sexual alguno. Esto se puede observar cuando, Fernando refiere.

Después, sabiendo que me iba contestar que sí, le devolví la pregunta si a él le gustaban las mujeres. “No”, contestó, con un “no” tan rotundo, tan inesperado que me dejó perplejo. Y es “no” para siempre: para el presente, para el pasado, para el futuro y para toda la eternidad de Dios: ni se había acostado con ninguna ni se pensaba acostar. (1994:18-19)

Durante el tiempo que dura la relación de Alexis con Fernando, conviven en el apartamento de este último, donde se establece entre ellos, un fuerte vínculo afectivo y pasional. Se describen los encuentros eróticos no solo impregnados de pasión sino también de amor, confianza y lealtad. De esta forma se muestra.”...y dejé también de paso mi billetera en mi saco y el saco en la cama para que se llevara lo que quisiera...Entonces entendí que Alexis no respondía a las leyes de este mundo... (Vallejo, 1994:17). Fernando exalta como un hallazgo la honradez que descubre en Alexis, como una acción que contradice lo que se espera de “un delincuente común”.

Alexis, un gay radical

La postura de Alexis hacia la homosexualidad es radical, aunque no marca un rechazo hacia el individuo heterosexual propiamente dicho, sino hacia el estado inter-genérico. En la obra se sugiere la misoginia de este, al mostrar rechazo hacia la mujer, y

negar rotundamente cualquier atracción erótica posible. De este modo, desconoce el esquema heterosexual y por consiguiente rechaza la variante reproductiva. Su postura frente a la heterosexualidad es intolerante y radicalizada. El personaje muestra una visión excluyente y sesgada al referirse a la heterosexualidad de la misma forma que el discurso imperante en la cultura patriarcal hacia la homosexualidad.

A lo largo de la novela, se van desplegando acciones que envuelven la representación ficcional de Alexis, en medio de la dicotomía de la demostración de estereotipos de virilidad, en la ejecución de acciones violentas propias del oficio de sicario y la atracción erótica que vive y comparte con Fernando. Al momento de conocerlo Fernando, no formaba parte de ningún cartel, debido a la muerte del patrón Pablo Escobar Gavidia, que propició pugnas organizativas y disgregaciones de sus miembros.

Aunque en la obra no se desarrolla el tema a profundidad de la articulación entre las bandas y los carteles de la droga, se advierte que los sicarios estaban agrupados en organizaciones que eran controladas por los narcotraficantes para el comercio de la droga y ajustes de cuentas. Igualmente, ninguno de los jóvenes sicarios amantes de Fernando se vincula directamente con el consumo o venta de sustancias ilícitas.

Fernando y Alexis recorren las calles de Medellín, durante siete meses. En ese tiempo, Alexis asume comportamientos violentos en sus recorridos por la ciudad. Última a numerosas personas, bajo la complicidad tácita de Fernando se observa ensañamiento contra todo aquello que simboliza la heterosexualidad reproductiva, al asesinar gozosamente a mujeres embarazadas y a niños. Se observa en la historia cuando “

. El elemento corporal de virilidad y los estereotipos heterosexuales en Alexis, como sicario se ponen de manifiesto en su comportamiento al reafirmar socialmente la hombría que exige el oficio de asesinar. Así responde a patrones de la masculinidad, en una ciudad anárquica, deforme y violenta que lo consume y lo aprisiona. La performidad genérica cobra entonces una importancia vital, porque a través de ella se manipulan las

estrategias de representación de virilidad para saltar a la disidencia de la hegemonía sexual.

No transcurre mucho tiempo para que el sino del sicario se cumpla. Alexis resulta asesinado durante una de sus salidas. En muestra de solidaridad, Fernando visita a su madre en las comunas, la madre de Alexis simboliza la sexualidad reproductiva, uno de los pocos personajes femeninos, representados en la obra, muestra la relación hombre-mujer, la heteronormatividad fallida. Dejando en evidencia la familia disfuncional, de los jóvenes sicarios de las comunas. Asombrado ante la pobreza del hogar donde vivía Alexis junto a sus hermanos de diferentes padres. La mamá se convierte ineludiblemente en símbolo de marginalidad y pobreza, como representación de las comunas, recibe a Fernando resignadamente, sin preguntar las razones de la visita y menos aún su relación con Alexis, solo sabe que lo ajustició la Laguna azul. No se especifica si conocía o no la homosexualidad de su finado hijo. Esto se puede observar en la obra cuando “Llamé. Me abrió ella, con un niño en los brazos. Y me hizo pasar. Otros dos niños de pocos años se arrastraban, semidesnudos, por esta vida y el piso de tierra.”(Vallejo: 1994:86)

Wilmar el amante secundario

La segunda parte se inicia cuando Fernando conoce a Wilmar Beltrán, conocido como “La Laguna azul” otro sicario juvenil, de 17 años proveniente del barrio La Francia, enemigos de Alexis. El encuentro entre Fernando y Wilmar, va a ocurrir días después del asesinato de su “Niño, Alexis, el único. En esta oportunidad, el encuentro no tendrá lugar en el apartamento de José Antonio, ni en el “cuarto de las mariposas”. Ocurre de manera fortuita, del flirteo, cuando ambos deambulaban por las calles de Medellín. Desde ese momento se duplican los recorridos realizados con Alexis. Al igual que Alexis, al momento de conocerse no estaba al servicio de ningún cartel. Se prosiguen los rituales de la cultura sicarial. Ambos visitan templos. El lleva consigo los escapularios de la protección, realizan la ejecución de víctimas desprevenidas. Llevan

así, la espada de Damocles colgando sobre su cabeza. Todo enmarcado dentro de los patrones de comportamiento propios de la heterosexualidad normativa, donde se ponderan los atributos masculinos hasta que se llega a la atracción homosexual.

Wilmar, accede ante la amabilidad e invitaciones de Fernando sin ofrecer resistencia, sorpresa o rechazo. Por el contrario, acepta y corresponde al coqueteo homosexual. Se propician sucesivos encuentros. Exacerbándose los estereotipos de hombría fuerza y arrojo, ante la posible mirada inquisidora de una sociedad heterosexual.

Fernando, con Wilmar del mismo modo, que, con su amante anterior, después de compartir en restaurantes e iglesias, se refugian en la intimidad de su apartamento, donde el gramático se recrea y disfruta de la belleza juvenil, de su nuevo amante, de ojos verdes de su “Ángel exterminador”, como también le llamaba a Alexis. El narrador encuentra en Wilmar los encantos de un Adonis, griego que representa la muerte y la hermosura masculina...su desnuda belleza se realizaba por el escapulario de La Virgen que se colgaba en el pecho. Al desvestirse se le cayó un revolver.” ¿Y ese revólver para qué? le pregunté yo de ingenuo” (Vallejo: 1994:94). Wilmar a diferencia de Alexis, no ofrece ninguna información sobre sus preferencias sexuales anteriores, las vive. No obstante, ataca la procreación y la heterosexualidad coercitiva al proseguir en el exterminio de mujeres. Es curioso como esto además de los prolongados discursos contrarios al alumbramiento realizado por Fernando se concrete en una acción más terrible por parte del sicario al asesinar mujeres embarazadas y niños.

No se establece, pues, una relación compatible entre el patrón de comportamiento homosexual, y el cuerpo del sicario, en relación al género y al valor que implica asesinar sin ser asesinado donde demuestran el poder que ostentan con sus armas de fuego, temido y respetado por sus coetáneos. Las relaciones con ambos sicarios trascurren de manera casi duplicada. Son muchas coincidencias entre uno y otro. En especial las condiciones de abandono familiar, pobreza y la atracción homoerótica que demuestran

por Fernando. En forma casual se tropiezan con el Difunto un joven sicario, ex amante de Fernando, le pregunta a Fernando qué por estaba con el asesino de Wilmar y este al enterarse planea asesinarlo, pero no se atreve. Y el asesinado resulta siendo, Wilmar.

El Ñato y la homofobia

De la misma manera, y paradójicamente, encontramos a otro personaje apodado el Ñato, un sicario que había querido matar a Fernando años atrás. Era un homofóbico, que se dedica al exterminio de homosexuales. Uno podría preguntarse qué impulso más silencioso conducía esa actitud. Es muy común pensar que en el fondo es una manera de atacar actitudes propias. Como lo expresa Borillo (2001) la violencia contra los homosexuales no es sino la manifestación del odio hacia uno mismo o, mejor dicho, contra la parte homosexual de uno mismo que quiere desaparecer. (p.103).

Resulta evidente que este personaje representa la negación de su propia identidad homosexual, lo cual no concibe, ni acepta, como propia, y ante ella se mantiene en férrea resistencia. Por eso, se propone exterminar en otros homosexuales, lo que no concibe en sí mismo, impulsado por la angustiante preocupación que le produce aceptar su propia sexualidad. Ese rechazo se relaciona con lo que Gómez (2018) define como homofobia interiorizada u homosexualidad egodistónica, caracterizada por la culpa, el autorrechazo y diversos conflictos emocionales como producto de una aceptación problemática de la condición homosexual. (p.42). El personaje Ñato no solo valida el discurso hegemónico de la heterosexualidad, sino que pretende castigar en forma categórica a quien no la acata.

Es interesante observar cómo la homofobia no es exclusiva de los “heterosexuales”, también se encuentra en los mismos homosexuales. Lo que Cornejo (2007) define como “homonormatividad” no es otra cosa que el esfuerzo denodado de muchos homosexuales por parecer “normales” y ser aceptados en términos sociales. (p.106). Así se termina favoreciendo la confirmación de los estereotipos socioculturales

con los cuales el discurso heterosexista justifica la exclusión de las prácticas intermasculinas. Ñato, el sicario homofóbico, posteriormente resulta asesinado en manos de otros sicarios y queda al descubierto su homosexualidad rechazada

Bersani (2005) sostiene que los hombres gays son un grupo oprimido y no solo sexualmente atraído por el sexo que esgrime el poder, sino también, perteneciente a él. (p.78) Esto pone de manifiesto ideologías patriarcales heterosexista sobre todo en sociedades latinoamericanas que promueven la no aceptación, de su propia identidad sexual por temor al rechazo o a la burla. “¡Pobre Ñato! Haber nacido marica y vivido y muerto sin serlo... A pocos les ha ido tan mal en este paseo”. (Vallejo, 1994:109). El “paseo” de sentirse atraído por otros hombres y no aceptar su deseo sexual por temor al repudio social, critica el poco valor de Ñato al no asumirla. Sin embargo, tampoco exhibe la suya en el espacio público, o no la reivindica.

Lagarde (1996) explica que “Contrariamente a lo que podría considerarse, los homosexuales resultan más despreciados y desvalorizados por parte de otros homosexuales, que por heterosexuales”.

Cruz (2002) sostiene que la homofobia etimológicamente hace referencia a un miedo irracional y a la evasión de los homosexuales y de la homosexualidad (p.11). También agrega que el estudio de la homofobia ha surgido desde diversos campos del conocimiento, aproximaciones teóricas y disciplinarias, por lo que su concepto aún no está ampliamente desarrollado ni acabado. Lo que si resulta claro es que se constituye como un rechazo a la existencia de identidades sexuales y un apego irrestricto hacia la heterosexualidad, en menoscabo de otras.

Por temor a la exclusión, el Ñato no acepta su identidad sexual y vive oculto para evitar ser víctima de una cultura machista y patriarcal. En la novela es mostrado como un personaje angustiado e incomprendido. La homofobia se muestra como una hostilidad explícita contra las prácticas homosexuales. Esa homofobia se reproduce o legitima en la medida que ni el narrador, ni los personajes la cuestionan o la ponen

directamente en entredicho, lo que favorece la validación de discursos excluyentes y discriminativos, con énfasis en cualquier comportamiento que se considere femenino en los hombres.

Para Didier (1999) la experiencia de la agresión física o la percepción de su amenaza obsesiva están presentes en la vida de los gays. Esto lo hallamos en casi todos los relatos autobiográficos y en numerosas novelas cuyos personajes son gays. (p.32)

Mujer, reproducción y homosexualidad

"Ella va triste y vacía."

- Triste y vacía. Héctor Lavoe.

Se podría afirmar que, en *La virgen de los sicarios* las acciones descritas vinculadas con personajes femeninos muestran una marcada misoginia. Esta perspectiva ideológica del narrador se evidencia en la posición de inferioridad donde se coloca al personaje femenino y la poca posibilidad de poder otorgada a la mujer.

Durante el desarrollo del hilo argumental, Fernando y sus jóvenes amantes recorren la ciudad de Medellín. A pesar que es escasa la presencia de personajes femeninos en el desarrollo de la trama, tropiezan con algunas mujeres a quienes califican como "putas perras paridoras" o de "perras humanas embarazadas". Alexis y Wilmar ejecutan a muchas de ellas sin existir un motivo claro. Ellas se constituyen como personajes incidentales o episódicos, ya que no tienen una presencia permanente durante el hilo narrativo ni son determinantes en el desenlace argumental. La cuestión se agrava aún más cuando las mujeres tienen hijos o están embarazadas.

Fernando (1994) refiere que “Por aquí la crapulosa está derrotando a la muerte y surgen niños de todas partes, de cualquier hueco o vagina como las ratas de las alcantarillas cuando están muy atascadas y ya no caben.” (p.71). La alegoría de imaginar a las mujeres como ratas, seres despreciables, evidencia la manera de percibir, valorar y subestimarlas, lo que demuestra adicionalmente un ataque a la función reproductiva. En este sentido, Gómez (2018) considera que en el relato de Vallejo las mujeres procreadoras, son catalogadas como seres realmente indeseables. (p.46).

Gómez (2018) considera a la misoginia como una manifestación sexista equivalente a la homofobia heterosexista... (p.48). Por eso, es curiosa la frecuencia con que se ofrece un discurso contra la mujer. Esto es alentado sobre todo por Fernando, pero también es asumido por los jóvenes sicarios

La capacidad reproductiva que es una de la justificación primordial para avalar la sexualidad heterosexual se convierte en una de las críticas más férreas contra la mujer en la obra. Tal vez no sea un discurso impolutamente asumido y expresada por el narrador, pero que podríamos establecer esos vínculos. Aquello que no puede hacer un homosexual que es reproducir la especie es lo que la mujer hace.

Igualmente, resulta interesante advertir que durante el todo el desarrollo argumental de la obra no se hace referencia a la heterosexualidad en ninguna de sus formas a través de los personajes, puesto que no se presentan, parejas que las representen. Por lo tanto, observamos a mujeres solas o con hijos, hombres solos o grupo de ellos. Ni siquiera como personajes de relleno. De eso, se observa una negación rotunda hacia todo aquello que la representa o simboliza. Ninguno de los sicarios cuenta con padre en unión establecida ni con parejas ocasionales.

Así se consolidan los perjuicios y discriminaciones hacia la mujer aun cuando ellos mismo sufren tal discriminación, lo que refuerza todavía más la supuesta superioridad del hombre para dictar las pautas de la convivencia social y cultural.

Durante el desarrollo argumental se legitima aún más el dominio masculino y la inferioridad femenina con el uso de la fuerza, la violencia. La visión androcéntrica que despliega el personaje sicario le atribuye desde el estereotipo masculino la anuencia de ejecutar el mando hegemónico con la excusa de una diferencia anatómica que le concede una posición cultural de superioridad. Se espera de las mujeres que se comporten de manera sumisa, temerosa, dependiente, tímida e insegura y que además tengan como prioridad en sus vidas el bienestar de quienes les rodean. De esta manera se modela la figura femenina como un ser desprovisto de valor y en posición de subordinación.

Asimismo, en la novela se embiste contra la normativa sexual a través de la mujer y su función procreadora y de la dicotomía sexual y la posición binaria de género que representa, manifestada en los cuerpos sexuados que reduce el sexo a la función reproductiva biológica.

¿Y la mamá? Ella en la luna, como si nada, poniendo cara de Mona Lisa la delincuente, la desgraciada, convencida de que la maternidad es sagrada, en vez de aterrizar a meter en cintura a los engendros. (...) Y que saca el Santo Rey Herodes. Y que saca el Santo Rey el trote y trueno tres veces. ¡Tas! ¡Tas! ¡Tas! Una para la mamá, y dos para sus dos redrojos. Una pepita para la mamá en su corazón de madre, y dos para sus angelitos en sus corazoncitos tiernos (p.100-101)

Resulta interesante observar como los jóvenes sicarios a lo largo de la historia se dedican a ejecutar en forma violenta a mujeres en estado de gravidez o no y a niños. Se deprecia así la capacidad de procreación de la mujer, bajo el argumento de contribuir a perpetuar los males y descomposición de la sociedad colombiana. Uno de los comportamientos que reafirman la masculinidad, quizás la más cuestionada, es embarazar a una mujer como muestra indiscutible de su hombría. Resulta evidente como este aspecto procreador se constituye claramente como un constructo social a la cual los jóvenes sicarios no podrán dar cumplimiento, desde su rol homosexual, porque requiere de una postura heterosexualidad, de la cual no participan.

De este modo, se contravine las expectativas de un imaginario social y cultural sustentado en la oposición de las mujeres y de lo que se espera de los hombres. Tanto para Alexis como para Wilmar la mujer, la procreación y los niños forman parte de un constructo social del cual no se sienten parte. Así, la pureza que encierra la homosexualidad de sus amantes radica en el desconocimiento de la mujer, de la negación al esquema heterosexual, al sexo con finalidad reproductiva. Sin embargo, no renuncian a sus caracteres masculinos, por lo menos, en el espacio público, y de esta forma siguen ostentando el poder social que le adjudica la masculinidad.

Calvo (2014) observa que: "... dentro el sistema patriarcal que domina a Occidente el ideal masculino se construye desde el poder y de allí se va sub dividiendo en categorías de hombres o masculinidades deseables y aceptadas, hasta llegar a las no deseables y no aceptadas, ser varón es importante, Dios Padre, Jesucristo, el Papa, Alejandro Magno." (p.9). Así se constituye el hombre como modelo de poder con la fuerza e importancia de cambiar y/o transformar el mundo.

Hay una serie de valores y creencias manifestadas en un trato y una valoración diferente para los hombres y las mujeres. Para Fonseca (2005) esto se evidencia "en un predominio masculino en el ámbito público y productivo, mientras que a la mujer se le sitúa en un mundo privado y reproductivo." (p.136). A pesar de los cambios de la modernidad, son muchos los estereotipos que mantienen su arraigo en el colectivo social y condicionan el comportamiento de hombres y mujeres.

Se pone en evidencia la postura de Alexis: las mujeres no despertaban él interés ni atracción sexual alguna. En este sentido, Gómez (2018) sostiene que la mujer como personaje, aparece caracterizada como abusadora, carente y/o frívola, lo que, sumado a la caracterización del homosexual como persona infeliz, acaba reforzando la idea de superioridad masculina. (p.46). Arraigado en las estructuras mentales que sustentan dicha inferioridad dentro de la sociedad.

Espacios públicos y espacios privados: crimen y eros

Una de las frases más típicas referidas al mundo homosexual es aquella referida a estar escondido en el closet. Esto durante mucho tiempo fue un imaginario asociado a esta comunidad. El closet es un espacio suficientemente trabajado y representado de la cultura. No solo se refiere a la contención de conductas y prácticas de los sujetos ni tampoco a la residencia permanente en el hogar si no que se amplía a diferentes lugares no visibles de la comunidad que se extienden por diferentes territorios de la urbe.

Obligados a esconderse, los homosexuales vivieron una doble vida y también dos lugares: el público y visible propio de la masculinidad y donde transcurre la mayor parte de sus vidas y el más privado e íntimo no para ejercer un ejercicio doméstico sino para darle rienda suelta a sus prácticas y conductas sancionadas.

La ciudad tiene así incontables espacios para la diversión y para la expresión de la comunidad gay. Nos parecería interesante notar como esto se construye en una novela con unos personajes bandidos y cuya actividad es fundamentalmente la práctica de la muerte.

Si las prácticas amorosas del homosexual fueron sancionadas en algún momento de manera legal, en la actualidad en muchos países solamente son censuradas sin llegar a ser castigadas.

Estos homosexuales sicarios no manifiestan en los espacios públicos ningún gesto de cariño hacia su pareja, en este caso Fernando, no porque teman infringir las leyes sino porque para el sicario este tipo de prácticas está excluida y no entran en la definición de una identidad osada y estentórea para la violencia, pero parca para otro tipo de sentimentalidad

Contrario a esto, lo que sí hacen los sicarios con frecuencia es infringir todas las demás leyes. Como homicidas recorren la ciudad y en la novela esta es su práctica más llamativa de su vida pública. Lo curioso es que no la escondan, sino que la exhiban de una manera tan rotunda y estentórea. Como si en un mundo de valores o jera jerarquía de

valores la violencia y su demostración formaran parte de la cúspide mientras que la intimidad y la vida privada o la subjetividad fueren menos valoradas. Si este tipo de afectos queda opacado en las acciones, parece recurrirse a lo mínimo y celebrarse solo en la intimidad más silenciosa.

En el espacio público la masculinidad adquiere un rol protagónico. Fernando comenta: “Al oírse llamar como dije el carretillero sacando la cabeza...le quedó en posición perfecta para Alexis, quien con un tiro en la frente me le remarcó lo dicho...”. (Vallejo: 1994:75). La performatividad genérica de la masculinidad cobra una importancia vital porque a través de ella se conducen las estrategias de representación de una virilidad que se constituye como la consolidación de la hombría, entendida como poder, para saltar a la disidencia a la heteronormatividad.

Así el homoerotismo en el espacio público queda subordinado a la rigidez que impone la heteronormatividad social y se constituye para los jóvenes amates de Fernando en una amalgama entre la heterosexualidad/ homosexualidad.

De este modo, los personajes sicarios en el espacio público se ajustan a los patrones viriles, enmascarados en el patrón popular del delincuente, que asesina de manera impune y atrevida. Además, exhiben prendas de vestir y calzados varoniles acordes a las pautas socioculturales que se imponen en las comunas. Sus comportamientos y proceder se ajustan a las del sicario, así poseen amplios portuarios. Sus comportamientos y proceder se ajustan a las del sicario, así poseen amplios portuarios para hacer gala de su desempeño sicarial.

Los personajes expresan sus deseos sexuales libremente en la intimidad del apartamento de Fernando, en la mayoría de las oportunidades y otras en hoteles. El ambiente del apartamento del gramático, se establece como el escenario predilecto para compartir del goce sexual: “Desde las terrazas de mi apartamento, con el cielo arriba y Medellín en torno, empezamos a contar (a descontar) las estrellas. “Si es verdad que

cada hombre tiene una estrella- le decía- a Alexis- ¿Cuántas has apagado? (Vallejo: 1994:67)

Ellos no cuestionan su sexualidad, pero se abstienen de mostrarla al mundo. Del mismo modo, se observa que la homosexualidad genera rechazo en el espacio. Fernando se refiere de la siguiente manera; “Un cardenal afeminado no es un príncipe de la iglesia, es un travesti, y su sotana una bata... (Vallejo: 1994:69). De igual forma, durante el discurso narrativo, se encuentran expresiones relacionadas con la estigmatización negativa de la homosexualidad. “¡Apaga a ese bobo marica ¡” le dije a Alexis -, que pa maricas los de aquí adentro!”. (Vallejo, 1994:34). No es la palabra en sí es su carga de odio.”. (Vallejo, 1994:42). Un “tombo” es un policía, ¿pero “enamorado”? ¿Es que es marica? No, es que lo quiere matar. (Vallejo, 1994:56).

En una sociedad marcada por la matriz patriarcal-machista, como las latinoamericanas, el sujeto inclinado al homoerotismo, parece estar constantemente expuesto a los dictados del heterosexismo dominante. Al no enmarcarse en la “norma”, se produce una valoración negativa de los personajes en función de su sexualidad. El deseo sexual masculino, se concibe de manera despectiva. La categorización de esa identidad como una anomalía acaba validando estereotipos heterosexistas y, en consecuencia, la homofobia.

Lo anterior pone de manifiesto la subestimación de lo afeminado y la sobrevaloración de lo masculino. La homofobia y misoginia de los mismos homosexuales se manifiesta en el rechazo a la feminidad y afeminamiento de los varones mediante comportamientos que violentan y discriminan a los que comentan excesos de feminidad en sus comportamientos. Bersani (1998) sostiene que “En sus deseos, el varón gay siempre se aventura a identificarse con imágenes culturalmente dominantes de la masculinidad misógina

El deseo sexual masculino se concibe de manera despectiva, ofensiva sobre todo excluyente. El caso del personaje El Ñato se evidencia el rechazo a presentarla en el

espacio público. Así se puede observar que luego de tratar de ocultar su homosexualidad, queda al descubierto causando asombro y crítica social. —“...nunca se le conoció mujer al difunto. Ni hijos, ni por tanto nietos...” (Vallejo: 1994:109). La categorización de esa identidad como una anormalidad acaba validando estereotipos heterosexistas y en consecuencia, la homofobia. En el lugar del velorio, unos loros- “le gritaban-¡Malparido! ¡Marica!... y un rosario de insultos...”.

Cuando la homosexualidad se construye en la obra resulta en la burla en el rechazo social. Dos señoras hermanas del muerto, como su única familia, debieron cerrar el ataúd para evitar la vergüenza que la situación le producía. La homosexualidad se representa en la obra como una preferencia sexual bochornosa que inspira descalificación e insultos hasta por parte de los loritos. Pero, irónicamente, el Ñato se convierte en blanco de insulto y descalificación. Lo anterior pone de manifiesto la subestimación de lo afeminado y la sobrevaloración al hombre masculino. La homofobia y misoginia de los mismos homosexuales se manifiesta en el rechazo a la feminidad y afeminamiento de los varones mediante comportamientos que violentan y discriminan a los que comentan excesos de feminidad en sus comportamientos.

CONCLUSIONES

A pesar de la receptividad obtenida, la narrativa Latinoamérica actual que aborda la temática de la homosexualidad masculina aún se mantiene en resistencia, en sociedades de raíces machistas y patriarcales. En consecuencia, el corpus narrativo latinoamericano que incluye el deseo intermasculino , ya sea como centro del argumento o como temas colaterales se caracteriza por reproducir a través de discursos narrativos, estereotipos y patrones fundamentados en el heterosexismo. En busca de una supuesta “reivindicación”, el personaje homosexual es presentado en la ficción como anómalo, tanto física como psicológicamente.

Por consiguiente, las referencias sexuales propias de las prácticas intermasculinas a la que aluden las narraciones, se constituyen en motivo de burla y juego de palabras orientadas hacia la descalificación y la desestimación del sujeto gay. Por lo tanto, el personaje homosexual se ve sumergido, generalmente, en contextos donde no es admitido, por el contrario, es rechazado y descalificado, lo que se traduce en la representación de personajes deprimidos por la culpa o por la no aceptación de su propia sexualidad hacia desenlaces trágicos aislamiento, exilio o muerte. En consecuencia, los argumentos narrativos, a pesar de exhibir la discriminación y la subvaloración de los personajes homosexuales no los cuestionan, por el contrario, lo consolidan validando los prejuicios y estereotipos socioculturales con los cuales el discurso de la heteronormatividad otorga superioridad al hombre heterosexual para justificar la exclusión y censura de las prácticas intermasculinas.

Después del análisis de la obra, *La virgen de los sicarios*, se puede establecer que la homosexualidad en los personajes sicarios, amantes de Fernando, se construye desde algunas perspectivas de la masculinidad, definida por los elementos corporales y comportamentales, atendiendo a los estereotipos del hombre heterosexual y a la figura violenta del sicario colombiano.

Vallejo toma la figura del sicario colombiano como una de las máximas representaciones de la “masculinidad” para construir la virilidad ligada a patrones machistas y patriarcales propio de sociedades latinoamericanas. Los personajes sicarios homosexuales no responden a patrones socio-culturales de formas afeminadas y paradójicamente se alejan de estos. Se desenvuelven en consonancia a los estereotipos masculinos enmarcados en los patrones sociales relacionados con la norma y los valores impuestos. Sin embargo, se contraponen los modelos y estereotipos de la masculinidad propio de la construcción ficcional del género sicario, mediante un discurso dicotómico, cuando se establecen relaciones homoeróticas con Fernando, amante maduro e intelectual.

Los personajes homosexuales sicarios que se representan durante el argumento narrativo son Alexis, Wilmar, la Plaga, el Difunto y Ñato. Ellos se caracterizan por desenvolverse en un entorno apegado a los modelos de la normatividad heterosexual donde se desenvuelven como matones y dentro de una sociedad que discrimina a los homosexuales.

Alexis uno de los jóvenes amantes de Fernando, asume su homosexualidad con una postura radicalizada, al rechazar la lógica binaria de género y la determinante reproductiva. Rechaza así el sexo heterosexual como sistema único de comportamiento social. Por su parte, Wilmar no toma posturas claras frente a su deseo sexual por Fernando.

Por su parte, los personajes, La Plaga y el Difunto exploran su sexualidad sin adecuarse a ninguna norma genérica asumen actitudes convencionales y establecen relaciones con mujeres y procrear hijos, para evitar así la discriminación. Ambos sicarios sostienen encuentros fortuitos con Fernando, transfieren su deseo sexual y se presentan como hombres heterosexuales socialmente y no aceptan su identidad sexual. Lo que Butler señala como la heterosexualización del deseo que le impone una discreta línea de separación entre lo masculino y lo femenino.

El Ñato es un sicario que manifiesta homofobia internalizada. Intentó matar a Fernando, atormentado por la negación que se impone de su propia sexualidad. Esto lo conduce a eliminar en otros homosexuales y a rechazarse a sí mismo. No acepta su identidad sexual y vive oculto para evitar ser víctima de una cultura machista y patriarcal. Este personaje no solo valida el discurso hegemónico de la sexualidad, sino que condena, castiga, a quien no la acata como valedera. Se pone de manifiesto que la homofobia no es exclusiva de los “heterosexuales”, también es asumida controversialmente en los mismos homosexuales.

El carácter subvertido de la presencia y actuación del personaje sicario en la novela del género está precisamente dado por el hecho que se opone a la categorización de los estereotipos y patrones de conducta establecidos como exclusivo para personajes configurados como heterosexuales. Donde estos últimos dentro de su orientación sexual homoeróticas no los menoscaba, por el contrario, los exagera en la demostración de actos violentos alejados de modelos de la feminidad con la que se asocia la homosexualidad.

La construcción del personaje sicario- homosexual, propicia una ruptura particular en la configuración del personaje, al deslindarse de los patrones propios de la conducta masculina- viril, como modelo de hombría en su referente en la realidad. Por consiguiente, se quebrantan las fronteras del género. Asimismo, en la obra se desconstruye los estereotipos del género sicario desde el discurso narrativo, al desmarcarse de modelos rígidos y absolutos, encasillados en las categorías sexuales predeterminadas socialmente, en especial la del homosexual.

Los contactos sexuales o cualquier comportamiento enmarcado en la relación erotismo- afectiva entre Fernando y sus jóvenes amantes, están reservados al ocultamiento y a la clandestinidad. Resulta interesante advertir que Vallejo muestra los rasgos de la masculinidad exacerbada en el espacio público urbano, al exhibirse en compañía de sus amantes en las calles de Medellín, atendiendo así a la estética

sicaresca. Esto hace suponer que en el marco de la novela la práctica homosexual es socialmente discriminada al considerarse como una condición sexual extranormativa. Por tal razón, los encuentros sexuales ocurren en la intimidad, del “cuarto de las mariposas” donde Fernando conoce a Alexis y al Difunto, en la habitación de su apartamento, donde sostiene el primer encuentro erótico con la Plaga o en un cuarto de hotel con Wilmar.

De este modo, la voz narrativa construye la homosexualidad de los personajes sicarios desde la dicotomía del espacio público y el espacio privado. Se evidencia la sobrevaloración, de los personajes masculinos en los espacios públicos orientados por modelos y estereotipos heterosexuales en detrimento del personaje homosexual, sometido a presiones externas. Durante el desarrollo argumentativo de la obra, el personaje homosexual mantiene relaciones afectivas eróticas que no muestra, legitimándose de este modo formas de exclusión. Asimismo, no se promueve un discurso reflexivo ni inclusivo de la homosexualidad.

Referencias

- Alemaný,M y Velasco,J. (2008). Género, imagen y representación del cuerpo. *Revista ScieElo* [Revistas en línea], 17,. Disponible: <http://www.scielo.conecyt.cl/pdf/udecada/v15n271/art07>. [Consulta: 2019, enero 12]
- Althusser, L. (1970). *Ideología y aparatos ideológicos del estado. Freud y Lacan*: Nueva Visión: Buenos Aires.
- Bajtín, M. (1989). *Teoría y crítica literaria*: Madrid: Taurus
- Basiles, T. (coord.) (2015). Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente. [libro en línea] Centro de Estudios de Teoría y crítica Literaria. Disponible: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>. [Consulta: 2019, diciembre 12]
- Bello. C (2008).La violencia en Colombia: Análisis histórico del homicidio en la segunda mitad del siglo XX. *Revista Criminalidad*, 73-84.
- Bersani, L. (1995). *Homos*: Buenos Aires: Manantial.
- Billard, H. (2006). La desarticulación del perjuicio del personaje seropositivo en la narrativa de la generación McOndo. En: teoría hablamos de Literatura. Actas del III Congreso Internacional de Aleph. Granada: Universidad de Granada.
- Bodemer, K. (2003). Las ciudades Latinoamericana a comienzo del siglo XXI. Dossier.
- Borillo, D. (2001). *Homofobia*: Barcelona: Bellaterra.
- Borja, J. (2004). Tendencias y herencia de homosexualidad *Universitas humanística*., 101-113.
- Briceño, R. (2005). *Violencia, sociedad y justicia en América*: Buenos Aires: Colección de CLACSO.
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*: Barcelona: Paidós.
- _____. (2007). *El género en disputa*:. Barcelona: Paidós.
- Cabral, E. (2013). *Sexo, poder y género. Tomo II*. Caracas: Fundación editorial el perro y la rana.

- Calvo, M. (2014). El péndulo oscila hacia ambos lados: género, patriarcado y equidad. *Revista Estudios*, 1-17.
- Cantos, I. (2009). Vírgenes y sicarios: los cultos religiosos vinculados al narcotráfico. *El Imparcial de Occidente*. [Periódico en línea], Disponible: [m.elimparcial.es >noticia>américa.-/2009/04/09/.] [Consulta: 2019, diciembre 15]
- Colás, P y, Villaciervos. (2007). Interiorización de los estereotipos de género en jóvenes y adolescentes. *Revista de investigación educativa*.25 (1), 35-38.
- Cornejo. (2007). La homosexualidad como una construcción ideológica. *Limite*, 83-108.
- Cosoy, N. (2016) ¿Por qué empezó y qué pasó en la guerra de más de 50 años que desangró a Colombia? *BBC Mundo* [Periódico en línea], Disponible: [<http://www.bc.com.BBC> News.Mundo2016/08/16.] [Consulta: 2019, diciembre 15]
- Cruz, S. (2002). Homofobia y masculinidad. *El cotidiano*. [Periódico en línea], Disponible: [[http://www.redalyc.org/articulo.a?id=32511302.-/2002/06/09/.](http://www.redalyc.org/articulo.a?id=32511302.-/2002/06/09/)] [Consulta: 2019, diciembre 02]
- Chica, A. (2018). Los peores y más recordados atentados ordenados por Pablo Escobar. *Infobae*. [Periódico en línea], Disponible: [[infobae.com/america/historia-america-/2018/12/09/los-peores-y-mas-recordados-atentados-ordenados-por-pablo-escobar/.](http://infobae.com/america/historia-america-/2018/12/09/los-peores-y-mas-recordados-atentados-ordenados-por-pablo-escobar/)] [Consulta: 2019, diciembre 19]
- Diaconu, D. (2012). *El pacto autoficcional en la obra de Fernando Vallejo: rasgos estéticos y coordenadas axiológicas de un género narrativo*. Trabajo de Doctorado no publicado, Universidad Autónoma de Madrid, España.
- Didier, E. (1999). *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Anagrama S.A.
- Díaz. (2007). Fernando Vallejo la estirpe inagotable del escritor maldito. *Cahiers du monde hispanique et luso-bresilien.*, 89,231-248.
- Duque, C. (2010). Judith Butler y la teoría de la performatividad de género. *Revista de Educación y Pensamiento*, 85-95.
- El – Kadi, A. (2007). La virgen de los sicarios y una gramática de caos. *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid [Revista en línea], 35. Disponible: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero35/vsicario.htm> [Consulta: 2017, noviembre 29]

- Eastman, A. (2000). *Violencia urbana en América Latina y el Caribe: Dimensiones, explicaciones, acciones*. Caracas: Nueva sociedad.
- Ferrer. (2020). *La intervención de la violencia en los códigos de identidad en El desbarrancadero de Fernando Vallejo*.. Trabajo de grado para optar al título de licenciado en letras. no publicado, Universidad Católica Andrés Bello, Venezuela.
- Fonseca, M. (2009). La teoría Queer: la de- construcción de las sexualidades periféricas. *Sociología*. 24, 43-60.
- Foster, D. (2008). El estudio de los temas gay en América latina. *Revista Iberoamericana*, 923-941.
- _____. (2009). *Ensayos sobre culturas homoeróticas latinoamericanas*. México: Serie Crítica.
- Foucault, M. (1998). *La vida de los hombres infames*. Argentina: Altamira.
- _____. (2013). *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*: Madrid: Siglo veintiuno editores.
- Franco, J. (1999). *Rosario Tijeras*: Bogotá: Norma.
- García, D. (2015). Movimientos guerrilleros en América Latina. Academia. Sistemas políticos comparados. [Revista en línea]. Disponible: <http://www.academia.edu/movimientosguerrilleroseneamericalatina.com/> [Consulta: 2017, noviembre 29]
- Giraldo, L. (2006). Fernando Vallejo: piensa mal y acertarás. *Cuadernos de Literatura*, 21,115-130.
- Gispert, C. (s/f). *Diccionario de medicina* Océano Mosby: España: Grupo Océano .
- Goldmann, L. (1975). *Para una sociología de la novela*. Madrid: Ayuso.
- Gómez, D. (2018). Heterosexismo y homofobia en la novela latinoamericana de tema homosexual. *Folios*, 47,37-50.

- Gómez, L. (2010). *Lentes de género: Lecturas para desarmar el patriarcado*. Caracas: Fundación editorial el perro y la rana.
- González, C. (2001). La identidad gay: Una identidad en tensión. Una forma de para comprender el mundo de los homosexuales. *Desacatos, Saberes y Razones*, 6, 97-110.
- Hernández. (2010). *Metodología de la investigación. Quinta edición: México: McGraw-Hill*.
- Hylton, F. (2008). *La mala hora en Colombia: Una perspectiva histórica del conflicto*. Caracas: imprenta nacional Gaceta Oficial
- Inzaurrealde, G. (2017). *La ciudad violenta y su memoria: Novelas de violencia en el fin de siglo*. Trabajo de Doctorado no publicado, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Jácome, M. (2006). *La novela sicarésca: exploraciones ficcionales de la criminalidad juvenil del narcotráfico*. Trabajo de grado de maestría no publicado, The University of Iowa, Estados Unidos de América.
- Lagarde, M. (1996). “El género” La perspectiva de género: Desarrollo humano y democracia, En: Horas y horas, pp. 13-38.
- Lukács, G. (2010). *Teoría de la novela: Un ensayo histórico-filosófico sobre las formas de las formas de la gran literatura épica*. Argentina: Godot.
- Márquez, G. (1959). Dos o tres cosas sobre “La novela de la violencia”. La calle. (No.103) [Revista en línea]. Disponible: <http://wwwrevistaarcadia.com/agenda/articulo/dos-tres-cosas-sobre-la-novela-de-la-violencia/36321>. [Consulta 2018, abril 16]
- Medina, C. (2009). Intrahistoria, cotidianidad y localidad. Atenea (No 500). [Revista en línea]. Disponible: <http://dx.doi.org/10.4067/s0718-046220090002000009>. [Consulta 2019, septiembre 23]

- Musitano, J. (2015). La figura reproductiva de la madre patria: Una imagen de Colombia por Fernando Vallejo. En T. Basile (coord.), *Literatura y violencia. En la narrativa Latinoamericana reciente*. (pp.153-170). Argentina: Colectivo crítico.
- Ned, J. (1990). *La invención de la heterosexualidad*. México: Ta Erotiká.
- Nieves, L. (2014). *Novela de la violencia: una herramienta para la construcción de la memoria histórica de Colombia, 1946-1959*. Universidad Nuestra Señora del Rosario. Bogotá .
- Organización Panamericana de la Salud .Organización Mundial de la Salud. (2002). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Washington, D.C.: Autor.
- Osorio, O. (2006). Siete estudios sobre la novela de Violencia en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva. *Polígama*, 85-108.
- _____. (2008). El sicario en la novela colombiana. *Polígamas* [Revista en línea]. Disponible: http://www.academia.edu/4349923/el_sicario_en_la_novela_colombiana. [Consulta 2018, abril 16] (P.62-81)
- _____. (2013). *La Virgen de los sicarios y la novela del sicario colombiana*. Ensayo. Colombia: Colección Autores Vallecaucanos.
- Pastor, R. (2004). Cuerpo y género: Representación e imagen corporal. En: E.Barbera e Martínez. (coord.), *Psicología y Género*. (pp.217-234). Madrid: Pearson Educación.
- Pollak, M. (1987). *La homosexualidad masculina o: ¿La felicidad en el Ghetto?* En *Sexualidades Occidentales*. Argentina: Paidós.
- Posada, L. (2014). Teoría queer en el contexto español. *Daimon*. [Revista en línea]. Disponible: <http://www.doi.org/10.6018/daimon/19004>. [Consulta 2018, abril 16] (P.147-158)
- Pulido, D. (2010). *Subversión discursiva y sexual en La virgen de los sicarios de Fernando Vallejo*. Trabajo de maestría no publicado, Universidad de Montreal, Canadá.
- Rengifo, A. (2008). El sicario en la literatura colombiana: Aproximación desde algunas novelas. *Escuela de estudios literarios*. [Revista en línea].

Disponible:http://www.academia.edu/20235755/El_sicario_en_la_literatura_colombiana_aproximacion_desde_algunas_novelas. [Consulta: 2017, enero 16]

- Retamal. (2016). *Tipología homosexual: Un análisis de tres obras latinoamericanas*. Trabajo final de seminario para optar al grado de Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica. Universidad de Chile, Santiago.
- Robledo, A, Osorio, B y Jaramillo, M. (1995). *Narrativa Colombiana del siglo XX*. Colección becas de excelencia, Ministerio de Cultura: Bogotá.
- Rodríguez, M. (2018). *Los “pájaros” y la violencia en Colombia: Un análisis desde la historia y la literatura*. Trabajo monográfico no publicado. Universidad de Antioquia, Medellín.
- Rubio, L. (2012). *El personaje gay en la literatura colombiana*. Trabajo de grado de maestría no publicado, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Sánchez, A. (2013). El mundo alterno y conflictivo en La virgen de los sicarios, de Fernando Vallejo. *Revista Letralia Tierra de Letras*. [Revistas en línea], XVIII (285). Disponible: <http://www.letralia.com/285/ensayo02.htm>. [Consulta: 2017, enero 16]
- Schlenker, A. (2012). *Se busca. Indagaciones sobre la figura del sicario*: Ecuador: Corporación editora nacional
- Serrano .J (1997). Entre negación y reconocimiento: Estudios sobre “homosexualidad” en Colombia. *Nómadas*, Universidad Central de Bogotá: Colombia.
- Serrano, P. (1996). Sicarios en Medellín. *Conviviendo con la muerte*. *Rebelión*, 4-5.
- Taborda, J. (1998). Oralidad y escritura en La virgen de los sicarios. *Estudios de literatura colombiana*. [Revista en línea]. Disponible: <http://aprendeonline.udea.edu.com>. [Consulta 2018, abril 16]
- Terao, R. (2005). *La novelística de la violencia en América Latina*: Universidad de los Andes: Mérida. Venezuela. (P.331-338)
- Torres, P. (2015). *Escamoteando la vigilancia del discurso: transgresión y homosexualidad en el Fuego secreto de Fernando Vallejo y Loco afán. Crónicas de sidario de Pedro Lemebel*. Trabajo de grado de maestría no publicado, Universidad de Concepción, Chile.

- Troncoso, M. (2004). La violencia en Colombia: Análisis histórico del homicidio en la segunda mitad del siglo XX. Pontificia Universidad Javeriana, 73-84.
- Universidad Pedagógica Experimental Libertador, (2014). *Manual de Trabajos de Grado de Especialización y Maestría y Tesis Doctorales*. (4ª ed.). Caracas: FEDUPEL
- Van Der Linde, C. (2016). Historia literaria de las representaciones del sicario a partir de seis novelas colombianas contemporáneas (1988-2012). Trabajo de grado de maestría no publicado, Universidad de Colorado at Boulder, Estados Unidos.
- Valenzuela, I. (s.f) .Escala de Kinsey, homosexualidad y heterosexualidad. Revista VIX. [Revista en línea] Disponible: <http://www.vix.com/es/btg/curiosidades/4903.escala-de-kinsey-homosexualidad-y-heterosexualidad/> [Consulta: 2018, agosto 29]
- Vallejo, F. (1998). *La virgen de los sicarios*: Colombia: Alfaguara
- Vásquez, A, García, Padrós, F y Sahagún, A. (2016). El sicariato: una perspectiva psicosocial del asesinato por encargo. (Comp.) *Revista Electrónica de psicología Iztacala*. [Revistas en línea], 19, (3). Disponible: <http://www.iztacala.unam.mx./carreras/psicología/psiclin>. [Consulta: 2019, enero 12]
- Vargas Llosa, M. (1999). Los sicarios. El país. [Diario en línea]. Disponible: http://www.elpais.com/diario/1999/10/04/opinion/938988004_850215/.htm. [Consulta: 2017, enero 12] 131
- Villegas, V. (2011). *El personaje gay en seis cuentos mexicanos : Un acercamiento crítico desde la perspectiva de género, los estudios gay y la teoría queer*. Trabajo de grado no publicado, Universidad Veracruzana, Instituto de Investigaciones Lingüística-Literarias, México.
- Walde, V. (2000). La sicaresca Colombiana. Narrar desde la violencia en América Latina. Nueva sociedad. [Revista en línea], 170. Disponible: <http://www.insumisos.com>. [Consulta: 2018, agosto 29]
- _____. (2001). La novela del sicario y la violencia en Colombia. *Iberoamericana*, 27-40.
- Zizek Slavoj. (2009). *Sobre la Violencia. Sus reflexiones marginales*. Ediciones Paidós Ibérica: Buenos Aires.